

R. ORTEGA Y. FRÍAS



LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NÚMERO 314

TOMO TERCERO
35 CÉNTIMOS —

104/9

104/9



Las justicias de Felipe II

CAPITULO LVIII

SIGUE PONIÉNDOSE EN CLARO EL MISTERIO

No se apresuró mucho Olivares para cumplir las órdenes del rey, pues al alcázar llegó para descansar en su habitación y tomar algún alimento.

Como no hablaba, no sabemos lo que pensaba sobre aquel asunto.

En Madrid acababa de entrar don Pedro cuando el doctor salió del alcázar real y se encaminó a la morada de don Luis.

No hay que decir que se conocían y que eran amigos, puesto que el padre de doña Luz representaba gran papel en la corte.

—Vos en mi casal—exclamó el caballero al ver á Olivares.

—Por desgracia—respondió éste—, pues hoy no me hubiera tomado el trabajo de haceros esta visita si no fuese por el suceso bien triste en que habéis tenido que tomar parte muy activa.

—¿Es decir, que sabéis?...

—Todo lo sé, don Luis, porque ayer estuvo don Diego en el Escorial y llevó al rey la noticia del crimen.

—Ha hecho muy bien.

—Y su majestad, interesándose por la vida del herido y por la justicia, me ha mandado venir.

—Esta desgracia me tiene trastornado, doctor.

—Y vuestra hija, que es tan sensible...

—Temo que su salud se quebrante.

—Procuraremos evitarlo.

—Tres días hace que apenas toma alimento, y después de la conmoción...

—Tranquilizáos, don Luis, que nada de eso tiene consecuencias de importancia, á menos

que, si estaba dormida y despertó sobresaltada...

—Sí.

—La veré; pero antes...

—El herido, doctor.

—Vamos á verlo.

El estado del señor Antonio era el mismo.

El doctor Olivares lo examinó con atención profunda.

Luego pidió las recetas que había puesto el otro médico.

Hizo muchas preguntas sobre los síntomas que se habían observado.

Meditó mientras su mirada estaba fija en el enfermo.

—Me permitiréis—dijo al fin—que me siente y aguarde por si empieza el delirio.

—Estáis en vuestra casa, mi querido doctor.

—Pronto recibiréis otra visita.

—¿Quién ha de venir?

—Don Pedro de Carvajal por orden del rey para ver si conoce al herido.

—¿Don Pedro!—murmuró don Luis.

No hablaron entonces más.

—El señor Antonio continuaba bajo la influencia del febril letargo.

Media hora pasó.

Presentóse un criado, diciéndole á don Luis:

—Acaba de llegar un caballero que asegura venir de parte de nuestro rey y señor.

—Que entre.

Y á los pocos momentos se presentó el señor de Carvajal.

—No me sorprende vuestra visita—le dijo don Luis.

—Veo aquí al doctor, y supongo...

—Acercáos, don Pedro.

—¿Tampoco vos—le preguntó el señor de Carvajal á Olivares—conocéis al herido?

1-2601/9

—Tampoco.

—Pues empiezo á temer que me suceda lo mismo.

En aquel asunto nada tenía que temer don Pedro, y por consiguiente estaba tranquilo.

¿Qué le importaba lo que pudiera suceder á don Juan.

Acércose al lecho, se inclinó, fijó la mirada en el rostro lívido del enfermo, y exclamó:

—¡Ahl...

—¿Lo conocéis?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un hidalgo de muy noble cuna y muy rico, que vive en Castilla la Vieja, donde tiene su patrimonio, y no viene á Madrid sino para algún asunto de mucho interés; de manera que no es extraño que aquí nadie lo conozca.

—Su nombre, don Pedro, su nombre.

—Antonio de Quirós.

El doctor, como si hablase para sí, repitió el nombre del hidalgo, inclinó la cabeza y quedó pensativo.

Don Luis de Guzmán guardó silencio.

El señor de Carvajal, que conocía el secreto de aquella desgracia, podía calcular que más ó menos tarde el señor de Guevara había de verse muy comprometido.

Algunos minutos pasaron.

Por fin el doctor levantó la cabeza y dijo:

—Empieza á ponerse en claro el misterio, pero aun falta mucho para averiguar lo que más interesa. Yo haría que hablase este hombre con su razón cabal; pero se arriesgaría mucho, porque después la reacción produciría una crisis que podría costarle la vida.

—Pero teneis alguna esperanza, y por consiguiente...

—Sí, alguna esperanza tengo; pero muy poca y todo depende de una circunstancia cualquiera. Antes de irme hablaré con el médico que lo asiste y nos pondremos de acuerdo.

—Si os quedáis...

—Me aguarda el rey.

Estas palabras pusieron fin á toda discusión y á toda duda.

Suspendieron la conversación, porque el señor Antonio estremeciése, abrió los ojos y murmuró:

—El tiempo os convencerá... Ha desaparecido; pero la encontraré... ¡Pobre Rosalía! Si des del cielo me bendices, me consideraré feliz...

¿No viste en el rostro de ese hombre su alma ruin?... Yo salvaré á tu hija, la salvaré... ¿Habéis visto á Consuelo?... ¡Tampoco!... ¡Cobardel... ¿Qué puede esperarse de un traidor?... Guardaos... Lo conocéis demasiado tarde... Yo no afirmaré... Mirad, tres asesinos... ¡Atrás, villanos, atrás, miserables!...

Y al decir esto quiso incorporarse; pero exhaló un gemido y quedó inmóvil.

Cerráronse otra vez sus ojos.

Densa palidez había cubierto el rostro del señor de Carvajal.

Comprendía perfectamente lo que había querido decir el señor Antonio, y empezó á temer que hablase más claramente durante aquellos períodos de delirio.

Lo peor del caso, lo que más temor le infundía á don Pedro, era que allí se encontraba el astuto doctor.

Para éste era ya indudable que el herido conocía el secreto de una conspiración favorable á los rebeldes flamencos; y como el día anterior había pronunciado los nombres de don Pedro y de don Juan, estaba claro que se refería al grave negocio en que tan imprudentemente se habían metido el señor de Carvajal y el conde de Norringens.

Sin embargo, el doctor, como hábil cortesano, hizo un gesto de indiferencia, y dijo:

—A dos mujeres ha nombrado, y la una se llama Rosalía, y la otra Consuelo. Debe haber muerto la primera... ¿Qué podemos deducir de esto?... Nada. Además, otras palabras ha dicho, que si algo revelan, es que hay una intriga de amores en que otra persona representa el principal papel; pero lo que nos interesa es el criminal, y sobre este punto guarda silencio.

Olivares se puso en pie.

En aquellos momentos el herido exclamó:

—¡Luz!

—¿Qué dice?—murmuró el señor de Carvajal?

—Pues está bien claro—repuso el médico—: no ve, y pide luz, así como con frecuencia debe pedir agua, porque habrá momentos en que la sed lo devore.

—No os equivocais—dijo don Luis.

—Es menester que hayamos estado privados de la luz para que sepamos la falta que nos hace. Luz pedirá este infeliz á todas horas, aunque lo pongais bajo los abrasadores rayos del sol.

Todo esto lo decía Olivares con sencillez y

como si no comprendiese el inmenso valor de las palabras que acababa de oír.

También lo comprendía don Pedro de Carvajal, puesto que conocía el secreto de los amores del señor Antonio.

—¿Qué hemos de hacer?—preguntó don Luis.

—Si bien os parece veremos á vuestra hija,

—Venid.

Y á la cámara de doña Luz fueron.

Encontrábase ésta peor que los días anteriores, pues le habían privado del consuelo de ver al hombre á quien amaba.

El doctor y don Pedro la saludaron, y el primero, mientras hablaba, observaba con atención profunda á la joven.

Algo anhelante era la respiración de ésta.

De vez en cuanto, y como contra su voluntad, exhalaba penosos suspiros.

Dolorosa tristeza revelaban sus ojos.

Con frecuencia desplegaba sonrisas amargas, y de repente veíase que sus ojos se humedecían por el llanto.

—Mucho habéis sufrido—le dijo el doctor.

—El suceso es demasiado horrible—respondió doña Luz, que hacía grandes esfuerzos para dominarse y ocultar lo que sentía.

—Y además la sorpresa...

—Sí.

—Tal vez estabais dormida y despertasteis sobresaltada.

—No os equivocais, doctor.

—¿Y nada habeis hecho para restablecer las funciones de vuestra organización, y proporcionar así tranquilidad á vuestro espíritu?

—¿Y qué he de hacer?

—Os habeis cuidado más de los males ajenos.

—Mi deber...

—Dormís poco, muy poco, doña Luz.

—Casi nada, porque á ninguna hora tengo sueño.

—Ni tampoco apetito.

—Ninguno.

—Y tan pronto os agobia una tristeza profunda y brota el llanto de vuestros ojos, como os reís sin ningún motivo.

—Es verdad—respondió doña Luz mirando con asombro á Olivares, porque éste adivinaba todo lo que ella sentía.

No hay que decir que aquel hombre valía mucho, muchísimo, pues si no fuese así, no hubiera depositado en él su confianza Felipe II.

—Permitidme—dijo el médico.

Y tomó el pulso á la joven, murmurando luego:

—Yo juraría...

Se interrumpió, miró á don Luis, y le dijo después de algunos momentos:

—Os daré explicaciones sobre el estado de vuestra hija.

—Pero...

—No hay peligro, gracias á Dios; pero es preciso combatir este estado, que puede producir alguna alteración en la salud.

—El médico que asiste al herido...

—Se ha ocupado de lo más urgente; pero yo, como soy además vuestro amigo y profesó grande estimación á doña Luz, y como no he venido más que para observar, voy á hacer lo que otros no harían. Además, es preciso que sepáis que el rey se interesa mucho por vosotros, y me dijo: "Fijad también la atención en la hija de don Luis, porque las conmociones que ha experimentado pueden quebrantar su salud."

—Su majestad es excesivamente bondadoso.

—Puesto que mi compañero no se ocupa de vuestra hija, yo recetaré para ella.

—Sí, hacedlo.

—En vuestra cámara, don Luis, me daréis pluma y papel.

—Venid.

—Y yo—dijo don Pedro de Carvajal—, como ya he cumplido las órdenes del rey...

—¿Os vais?

—Sí, y muy pronto estaré camino del Escorial.

—Que Dios os acompañe, don Pedro.

—Y á vos os devuelva la tranquilidad.

—Falta me hace.

—Hasta luego, doctor, puesto que esta noche nos veremos.

Salió el señor de Carvajal muy preocupado y nada tranquilo.

Cuando solos estuvieron don Luis y Olivares, el primero exclamó:

—¡Ahl... Explicaos... Mi hija...

—Yo—dijo con su calma inalterable—, juraría que doña Luz vive contrariada horriblemente.

—¡Contrariada!...

—Me concreto á repetir lo que me dicen los síntomas.

—Vos examináis el cuerpo...

—Y el alma también, don Luis.

—Pero...

—Y las contrariedades pueden costarle la vida.

—¡Doctor!—exclamó don Luis con acento de terror profundo.

—Hay una entraña que se llama corazón, y á esa entraña van á reflejarse todas las agitaciones del espíritu. Yo os explicaría hasta donde la explicación es posible, cómo lo puramente moral influye en las funciones de nuestra organización; pero no es menester, puesto que no vamos á discutir y á mí me basta cumplir mis deberes, tranquilizando así mi conciencia.

—Me hacéis temblar.

—Afortunadamente no se ha declarado una de esas afecciones graves contra las que es impotente la ciencia; pero estamos en camino, don Luis, y si al remedio no se acude pronto, será tarde dentro de algunos días.

—Sí, pongamos el remedio.

—Si queréis...

—Disponed, que se hará cuanto os parezca conveniente.

—Entonces...

—Voy á daros papel y pluma...

—Poco han de servir mis recetas...

—Pues si vuestras recetas no sirven...

—El remedio está en vuestra mano.

Medio aturdido se sintió el señor de Guzmán. No acertó á responder.

Olivares añadió:

—Os he dicho que vuestra hija vive contrariada.

—No sé...

—Yo tampoco sé en qué consisten las contrariedades; pero sí aseguro que le costarán la vida.

Frió sudor corrió por la frente de don Luis.

Era padre, y en aquellos momentos terribles todo lo hubiera sacrificado por su hija.

Sufrió el infeliz caballero lo que no puede explicarse ni podría comprenderse.

—La única contrariedad que hacia sufrir á doña Luz era la de su amor combatido por su padre.

Podía éste ser muy severo; pero echar sobre sí la responsabilidad tremenda de la muerte de su hija, no lo haría jamás.

Viendo estaba que el doctor no se había equivocado, y que lo único que le faltaba conocer era la contrariedad que doña Luz sufría.

Pocas veces un hombre se encuentra en la situación en que Olivares acababa de colocar á don Luis.

—Recetaré—dijo el médico—; pero no olvidéis que mis recetas no son las que han de curar

á vuestra hija. Algo tiene en el alma que puede aniquilar su cuerpo, y ese algo es el que habéis de conocer. El día que ataqueis la causa, haciéndola desaparecer, desaparecerán también los efectos.

—Entiendo.

Yo no puedo ni debo meterme en el sagrado de la vida privada de nadie; no debo cometer el abuso de averiguar secretos que cuidadosamente se guardan; pero vos sois padre, don Luis, y tenéis derecho á saberlo todo, así como también obligación de hacerlo todo por vuestra hija.

—Es verdad.

—Aquí está la pluma y el papel—dijo el doctor

Y acercándose á una mesa escribió el rúbrica que para nada debía servir.

Luego dijo:

—Una cucharada de esto cada tres horas.

—Así se hará.

—Y en cuanto al herido, guardad en la memoria todas sus palabras y... Nada más, porque...

Parecía que el doctor dudaba.

—Acabad—dijo don Luis.

—Os conviene ser muy reservado.

—Lo he comprendido, y para evitar indiscreciones he prohibido que hasta mi hija entre en el aposento donde el herido se encuentra.

—Vuestra hija puede saberlo todo, y casi conviene que lo sepa, porque os ayudará.

—Sin embargo...

—Dejadla á menos que...

—Me ha parecido que una joven recatada y pudorosa...

—La enfermera no es la mujer.

—Ciertamente; pero...

—Haced lo que mejor os parezca.

Nada más quiso decir el doctor, porque se hubiera comprometido.

Sus advertencias, aunque las hizo con tanta sencillez y con tanto disimulo, eran elocuentes en demasía.

Despidióse y salió.

Perplejo como nunca estaba don Luis.

Discurrió, buscó toda clase de razonamientos, y dijo al fin:

—Con su amor contrariado ha vivido mi hija y ha gozado de perfecta salud, y no se encontraría como se encuentra si Quirós no estuviese al borde del sepulcro. La contrariedad que le hace daño, es por consiguiente la de haberle privado que ella cuide al hombre á quien ama. Le daré

licencia para que haga lo que el primer día. Si el herido muere, todo concluirá, y no será mía la culpa del trastorno que mi hija pueda sufrir; si se salva, quedaremos en la misma situación que antes, sin que sea menester que yo apruebe un amor que me parece una gran desdicha. Noble es Quirós, y tan rico como yo y aún tal vez más; pero al fin es un hidalgo que vive oscurecido y que oscurecido morirá, pues si las ideas de su padre tiene, no es posible que jamás llegue a representar en la corte ningún papel. Sálvese si así lo quiere Dios, y luego mi hija recobrará la tranquilidad y la salud, porque desaparecerán sus temores, y yo haré lo que deba. De don Juan de Guevara no ha de ser esposa, porque don Juan es un traidor y un asesino cobarde; pero caballeros sobran que su nombre y su corazón ofrecerán a mi hija, que es de hermosura un prodigio, y de virtudes un tesoro.

Adoptada esta resolución, y llevando en la mano la receta, fué don Luis a la cámara de su hija, diciéndole:

—De esto habéis de tomar cada tres horas una cucharada.

La joven se encogió de hombros.

—Por lo demás, si ese hombre se salva, como a Dios le pido que suceda, no abriguéis esperanza de que yo consienta que vuestro esposo sea.

—Ya os he dicho que a un convento me iré.

—Pero como una cosa es la severidad y otra la crueldad, y teniendo en cuenta que el noble Quirós está más cerca de la muerte que de la vida, os concedo permiso para que en su aposento entréis.

—¡Ah!—exclamó doña Luz, cuyos magníficos ojos se llenaron de lágrimas.

—Y no esperéis más.

—¡Gracias, padre mío!

—Nada tenéis que agradecerme; que lo que hago no es precisamente para complaceros, ni mucho menos para fomentar vuestro desdichado amor, sino para cumplir un deber, porque se trata de un moribundo.

Doña Luisa tenía que violentarse mucho para hacer lo que hacía, y puso fin a la conversación, saliendo de la cámara.

Sobrada inteligencia tenía doña Luz para comprender aquel cambio, y cuando estuvo sola exclamó:

—¡Bendito sea el doctor Olivares!

A éste le debía la infeliz el único consuelo que tenía en aquellos instantes de mortal angustia.

Dejó la receta, de la que muy pronto había de olvidarse, y aprovechando el permiso que se le concedía, corrió al aposento donde su amante se encontraba.

Allí no había entonces nadie más que la dueña.

La joven se acercó al lecho, se inclinó, besó la frente pálida y abrasadora del moribundo, y lo contempló con ansiedad indescriptible.

—¡Luz!—murmuró el señor Antonio.

—La Luz de tu alma la tienes muy cerca—dijo la joven con febril exaltación.

Y reinó en la estancia el silencio interrumpido solamente por la respiración precipitada y trabajosa del señor Antonio.

Entretanto don Luis, más preocupado cada momento, paseaba en su cámara.

¿Cómo terminaría aquella situación.

No es fácil adivinarlo.

Veamos ahora cómo el buen alcalde cumplió las órdenes que del monarca había recibido, pues de su acierto dependía que la verdad se pudiese en claro y que pudiera hacerse justicia.

CAPITULO LIX

CÓMO CUMPLIÓ EL ALCALDE LAS ÓRDENES DEL REY

Apenas llegó a Madrid el alcalde tomó algún alimento, y sin permitirse un instante de reposo encaminóse a la cárcel.

En el calabozo donde se encontraba *Langosta* entró don Diego.

El criminal, que aquellos lugares conocía muy bien, que no se impresionaba fácilmente, y que por tropiezos como aquellos no se inquietaba, procurándose la comodidad posible en su situación, había se recostado en el montón de paja que le servía de lecho.

Las condiciones del calabozo eran como las de todos los encierros de esta clase en aquella época; pero los robustos pulmones de *Langosta* respiraban perfectamente la atmósfera corrompida de aquel lóbrego recinto.

Se levantó al presentarse el juez.

Mandó éste que le llevaran una silla, porque estaba muy fatigado, y quería descansar y hablar con algún sosiego.

Luego dispuso que nadie se acercase a la puerta del calabozo, y adoptadas estas precauciones le dijo al criminal:

—Ya sabes que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—Demasiado bien lo sé—respondió el bandido—, y tampoco se me oculta que es muy posible que me encuentre cerca de pagar todo lo que debo.

—No te equivocas.

—Ya sé que tarde ó temprano he de bailar en la horca... ¡Rayos!... Pero no es eso lo que me acobarda ni lo que me hace sufrir.

—¿Pues qué?

—Que precisamente voy á pagar lo que debo cuando ningún delito he cometido.

—Mal camino tomas.

—Que Satanás me confunda si la otra noche saqué la espada; ni siquiera llegué frente á Santo Domingo el Real.

—Todo es posible; pero...

—Señor alcalde, ya sé que no ha de tener su señoría miramientos conmigo, y lo que me sorprende es que ya no me hayan descoyuntado en el potro.

—Muy pronto sucederá, y ruya será la culpa.

—De vuestra señoría que lo mande; pero tendré paciencia.

—Viendo estás que he venido solo.

—Sí, es cosa extraña.

—Porque lo que hemos de hablar no ha de escribirse, ni nadie puede oírlo.

De soslayo y con desconfianza miró el criminal al alcalde.

Este añadió:

—Vas á escoger; á pronunciar tu sentencia.

—Pues si yo he de pronunciarla...

—Me conoces muy bien.

—Creo que sí.

—Sabes que puedo mandar que te ahorquen; pero que no te engañaré, y que cuando prometo una cosa la cumplo.

—Eso es verdad.

—Pues bien, escúchame, reflexiona y contesta luego; en la inteligencia de que de tu respuesta depende la salvación de tu vida.

—Veremos.

—Tal vez no haya bastantes pruebas para condenarte por lo que la otra noche sucedió.

—No las hay ni puede haberlas.

—Pero has cometido otros muchos delitos.

—Demasiado bien lo sabe vuestra señoría.

—Y alguno de gravedad.

—Tal vez.

—Y si revuelvo los papeles y saco á relucir

cosas olvidadas, han de resultar motivos más que suficientes para enviarte á la horca.

—¡Truenos!...

—Ya ves que te hablo con franqueza, y te advierto que ahora no soy el juez y que, por consiguiente, hasta me olvidaré de lo que digas. Así te lo prometo por mi honor.

Una mirada de asombro fijó el criminal en el alcalde, y replicó:

—Acabará vuestra señoría por aturdirme.

—Te has metido en un negocio cuya importancia no conoces.

—La pícara necesidad.

—Y, sin embargo, debes dar gracias á la fortuna porque te se presenta la ocasión de hacer en gran negocio.

—¡Gran negocio!...

—Por razones que no es menester que conozcas se necesita á toda costa averiguar quién es el hombre herido la otra noche frente á la casa de don Luis y quién es el verdadero autor del crimen, es decir, el que os pagó para que el crimen consumáseis.

Langosta, para no comprometerse, guardó silencio.

—Y tanto importa averiguar eso, que, á trueque de conseguirlo, en vez de castigarte te se daría una recompensa, devolviéndote inmediatamente la libertad.

—¡Por el infierno!...

—Te sorprende lo que oyes...

—¡Tripas de Lucifer!... Perdone vuestra señoría; pero...

—Voy á concluir.

—De tal manera habéis empezado...

—Si das á conocer al que os pagaba, te entregaré cien ducados y mandaré que en libertad te pongan por no resultar nada contra ti.

Todo podía esperar lo el criminal, menos lo que sucediendo estaba.

En vez del castigo, le ofrecían dinero, y la libertad, y hasta protección, y el alcalde le hablaba como no habló nunca á los criminales de su estofa.

¿Le tendían un lazo?

Era posible; pero ¿y la promesa que por su honor había hecho el alcalde?

Muy bien conocía *Langosta* á don Diego y sabía que éste consentiría morir antes que dejar de cumplir lo que prometía.

Mucho dudó el criminal, mucho vaciló; pero

al fin, arriesgándose á jugar el todo por el todo, exclamó:

—¡Que el infierno me trague!... De todas maneras he de morir ahorcado.

—¿Ya has decidido?

—Sí.

—Pues te escucho.

—Con una condición.

—¿En qué consiste?

—No me obligaréis á decir el nombre de los que me acompañaban cuando el golpe se dió.

—Es que para ellos tendré la misma misericordia que para ti.

—Y os advierto, además, que no puedo decirlos todo lo que deseáis, porque lo ignoro; pero si digo todo lo que sé, no será justo pedirme más.

—Si la verdad dices, he de conocerlo bien pronto.

—No sé quién es la persona que nos pagaba para que se matase al otro.

—¿Y el nombre del herido?

—Por casualidad lo dijeron mis compañeros en mi presencia.

—Repítelo.

—Antonio de Quirós.

—¿Antonio de Quirós!... No lo conozco.

—Según he podido entender, no tiene amigos en la corte, pues á Madrid no venía sino para algunos asuntos, y además porque aquí vive la mujer á quien ama.

Las revelaciones de *Langosta* empezaban á ser interesantes.

—Continúa diciendo la verdad, que no has de arrepentirte—dijo el alcalde.

—Ya he principiado y concluiré, y si vuestra señoría manda que me ahorquen, tendré paciencia, y me consolaré con que soy más noble que todos los caballeros del mundo, porque cumplo lealmente lo que prometo.

—¡Por Dios vivo!—exclamó el alcalde.—

¿Crees que he de dejar que á nobleza me gane un desalmado como tú? Lo que te he prometido lo cumpliré, y si dices cuanto sabes y me ayudas lealmente á poner en claro el misterio te entregaré los cien ducados y te abriré las puertas de este calabozo. No he sido honrado toda mi vida para cometer un abuso en la vejez.

—¡Rayos del infierno!—exclamó *Langosta*, entusiasmado.—Así me gustan los hombres, con mucho corazón y con mucha lealtad. Lo demás no me importa, y estoy dispuesto á morir por vuestra señoría. ¡Cuernos de Lucifer! Si salgo de

aquí y alguien se atreve á ofender al alcalde don Diego... ¡Fuego de Satanás!...

—Nos entenderemos muy bien.

—Soy un desalmado, es verdad; pero en cuanto á corazón... ¡Cien mil legiones de condenados!...

—Continúa, buen *Langosta*, que hoy haces un negocio como en toda tu vida no lo has hecho.

—Pues bien; sepa vuestra señoría que uno de mis compañeros me buscó, y además á otros dos para que diésemos el golpe; pero como el que pagaba no había entregado más que la mitad del dinero, se convino en que nos acompañase y desde cierta distancia mirase lo que se hacía, dando otros cien ducados al concluir. No lo conocíamos, desconfiábamos, y para que no nos engañase yo me quedé á su lado, mientras los demás acometían al caballero.

—Empiezo á comprender.

—Así se hizo todo, y vuestra señoría llegó con la ronda tan á tiempo, que no pude pedir los cien ducados al que nos mandaba trabajar, pues tuvimos que huir, tomando cada cual por su lado. Lo que ha sucedido después lo ignoro.

—Quiero más detalles, más pormenores—dijo el alcalde.

—El caballero que debía morir tiene su posada en la hostería de maese Bonifacio, y en las Platerías esperamos hasta que salió, y lo seguimos hasta la Cuesta de Santo Domingo.

—Dices que en Madrid está la mujer á quien ama.

—Sí.

—¿Quién es?

—La hija de don Luis de Guzmán.

—¡Vive el cielo!

—Eso nos dijo el otro.

—Sí; debe ser verdad... ¡La hija de don Luis! Guardó silencio el alcalde, y muy pensativo quedó.

El asunto se complicaba demasiado.

Empezaba á convencerse de que el criminal era don Juan de Guevara.

Sin embargo, necesitaba alguna prueba.

Langosta había dicho cuanto podía decir, sin callar más que los nombres de sus compañeros.

Después de reflexionar muy detenidamente, don Diego, dijo:

—¿Podrás darme las señas del que os pagaba?

—Flaco, con cara de lechuza, los ojos pequeños y hundidos.

—¿Es un caballero?

—Así parece.

—¿Dónde se trató el negocio?

—En la taberna de Pepón.

—Hartas muy mal en declarar á medias, porque yo me quedaría á obscuras y nada conseguiríamos.

—He dicho cuanto sé.

—Necesito hablar con alguno de tus compañeros por si han conseguido averiguar quién es el hombre que os pagaba.

—¡Mis compañeros!...

—No vas á delatarlos para que les hagan daño alguno, pues con ellos haré lo mismo que contigo, y puesto que en mis promesas confías...

—Señor alcalde...

—Es preciso.

—¡Rayos!

—Tienes mi palabra de honor.

Dudó *Langosta*; pero al fin se decidió, y dijo:

—El que arregló este negocio fué *Medio-Beso*.

—Tranquilo puedes estar.

—Ahora...

—Voy á mandar que el verdugo que se retire, porque ya no te aplicaré el tormento, y si las declaraciones de *Medio-Beso* están conformes con las tuyas, te entregaré los cien ducados y te verás libre, si bien á condición de que cuando yo os necesite para que me deis alguna explicación acudiréis inmediatamente.

—Es nuestra obligación.

—Pues hasta luego, que no tardaré en venir.

—Y si *Medio-Beso* niega, traedlo, que en mi presencia hablará.

El buen alcalde salió del calabozo.

Estaba medio aturdido, porque nunca se le había presentado negocio que se le pareciese.

Antes de hacer otra cosa, fué á visitar á don Luis, con la esperanza de que el herido hubiese recobrado la razón, ó de que lo hubiese conocido don Pedro de Carvajal.

—Os he esperado con mucha impaciencia—dijo don Luis al alcalde.

—Mi buen amigo, este desagradable asunto se complica demasiado, y todos tenemos que proceder con mucho tino, con mucha previsión, pues de otro modo nos comprometeríamos gravemente. El rey verá este negocio con un interés particular, y dice que todo lo que aquí sucede debe considerarse como secreto de Estado. ¿Entendéis, don Luis?

—Demasiado bien por mi desgracia. El doctor Olivares ha venido.

—Así lo dispuso su majestad.

—Y don Pedro de Carvajal también. Y conoce al herido.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Antonio de Quirós.

—¡No mentía!...

—¿Quién?

—La persona que ha declarado; pero esta declaración... En fin, señor de Guzmán, pensemos que se trata de un secreto de Estado—dijo el alcalde con cuanta gravedad le fué posible.—El criminal que está en un calabozo me ha dado cuantas explicaciones podía: eran cuatro, que obedecían al enemigo de Quirós.

—¿Y el autor del crimen?...

—Sospecho quién es; pero me faltan pruebas, y después...

Se interrumpió el alcalde, miró á todos lados, acercóse más á don Luis y le dijo á media voz:

—Después me faltará la licencia del rey para que esas declaraciones se escriban.

—Cosa extraña.

—Cuidado, don Luis, mucho cuidado.

—¡Oh!...

—A vos puedo hablaros sin reserva; pero...

—Callad—interrumpió el padre de doña Luz—, callad, porque los secretos son carga muy pesada.

—Pues de carga tan pesada no podéis libraros.

—Dejad que me concrete á cumplir mi deber, haciendo cuanto me sea posible para que se salve la vida de ese hombre, lo cual me interesa doblemente, porque hay la circunstancia de que es hijo del que fué uno de mis amigos mejores.

—Otra complicación—murmuró el alcalde.

—Y para que nada le falte á mi desgracia, con estos disgustos, esta constante agitación y temores, se ha quebrantado la salud de mi hija.

—No me sorprende, porque al fin, como hay la doble circunstancia de que el infeliz Quirós... No acierto á explicarme—añadió don Diego, que empezó á comprender que estaba cometiendo una torpeza.—He querido decir que eso de ver á un hombre moribundo y ensangrentado y... ¡Oh!... Es demasiado horroroso para una mujer.

Don Luis fijó una mirada escudriñadora en el alcalde; pero éste sacó el pañuelo y se limpió el sudor que su rostro inundaba.

—Estoy sofocado—dijo.
 —Y yo desesperado.
 —Y ninguna responsabilidad tenéis.
 —Pero la salud de mi hija...
 —Es verdad.
 —¿Y puedo saber de quién sospecháis?
 —Todavía no, mi buen amigo.
 —Yo también sospecho.
 —¿De quién?
 —Tampoco me atrevo á decirlo.
 —No podéis comprender lo que he sufrido en el Escorial. ¡Oh!... Felipe II no se parece á ningún hombre, y me espanta la sola idea de lo que puede suceder.
 —Con tal de que se haga justicia...
 —Se hará, no lo dudéis.
 —Dios lo quiera.
 —Veamos al enfermo.
 —Ha vuelto á pronunciar palabras semejantes á las que oísteis.
 —Y que me parece que tienen mucho valor.
 —Creo que sí.
 —Vamos, vamos.
 Y fueron á la habitación donde el herido estaba, encontrando á doña Luz junto al lecho.
 La miró el alcalde con más atención que nunca y mientras la saludaba muy cortésmente, diciendo luego:
 —Exageráis al hacer esta obra de caridad, cuidando al herido; pero debéis pensar también que si vuestra salud se quebranta...
 —Cuando hay que cumplir un deber no se piensa en otra cosa.
 —Luz—murmuró el señor Antonio.
 —El doctor Olivares—dijo don Luis—, asegura que este desgraciado no ve, y que por eso pide luz.
 —También es posible que dé las gracias á vuestra hija pronunciando su nombre.
 —Ni la conoce, ni sabe dónde se encuentra.
 —En punto á delirios de enfermos se ven cosas muy raras.
 —Ya sabemos quién es este hombre, y voy á seguir trabajando para ver si con la ayuda de Dios consigo averiguar también quién es el autor del crimen. Mucha atención en las palabras que pronuncie, y bueno sería que las escribiéseis para no olvidarlas.
 —Descuidad.
 —Volveré más tarde si me es posible.
 —Que el cielo os guarde, don Diego.
 Salió el alcalde.

Don Luis fijó una mirada profunda en su hija y le dijo:

—Temo que este hombre conozca el secreto de vuestro amor desdichado.

—¿Qué importa, si he de acabar mi vida en una celda?

—El escándalo, la murmuración...

—No es una deshonra para ninguna mujer el amar á tan noble caballero; la deshonra sería corresponder al amor de un asesino.

—No abriguéis esperanzas, doña Luz.

—Ya sabéis que no abrigo más esperanza que la de morir para descansar eternamente en la sepultura.

El caballero salió del aposento sin decir una palabra más, porque aquella conversación no había de producir ningún buen resultado.

A su morada se fué el alcalde, y sin perder un minuto puso en movimiento á muchos corchetes, ordenándoles que á toda costa se apoderasen de Medio Beso y que se lo llevasen.

Seguro el criminal de que *Langosta* no lo delataría, á lo menos por entonces, no se cuidaba ya de ocultarse, y como tenía dinero en abundancia, pasaba gran parte del día y de la noche en la taberna de Pepón.

Antes que á ninguna otra parte, dirigieron allí dos de los corchetes, y comiendo y bebiendo encontraron á Medio-Beso.

—¡Por Satanás!—exclamó éste apenas vió á los dos alguaciles.

Y sus temores se realizaron muy pronto, porque aquellos dos hombres se acercaron al criminal, y uno de ellos le dijo:

—Lo sentimos mucho, Medio Beso; pero tienes que interrumpir la comida y acompañarnos.

—¡Rayos del infierno!...

—No te enfades, porque será peor.

—¿Por qué me lleváis preso?

—Tranquilízate, que por de pronto no irás á la cárcel, lo cual prueba que no debe ser de importancia el asunto.

—Que no irá á la cárcel...

—Bien mereces un calabozo y algo más; pero...

—Explicaos, y como no sois mis enemigos, porque hacéis lo que os mandan, sentaos, comed una magra, bebed y...

—Gracias; pero no nos atrevemos.

—¿Y por qué?

—Porque es mucha la prisa que por hablar contigo ha mostrado el señor alcalde; y si el

tiempo lo empleamos en beber, puede sucedernos una desgracia.

—Pero dejadme concluir.

—Luego comerás.

—Y si resisto...

—Ya sabemos que te costaría poco trabajo; pero por lo mismo nos aguardan junto á la puerta otros compañeros, y guardada también ha quedado la que da á la otra calle; de manera que nada conseguirías.

—¡Mil rayos!

—Te aconsejamos que obedezcas.

—Pero debírais decirme...

—Nada podemos decir, porque nada sabemos.

—¿Cómo os ha dado la orden su señoría?

—Con estas palabras: "Necesito hacer algunas preguntas á Medio-Beso; buscadlo y traedlo al instante, y si así no lo hiciérais, mandaré que os den doscientos azotes."

—No lo entiendo.

—Nosotros tampoco.

—Paciencia.

—Vamos, pues.

—Dejadme apurar este vino... Por vuestra salud... Aún queda: bebed.

—Tanto te empeñas...

—Nada he de pedir, porque estoy dispuesto á obedecer.

Los corchetes bebieron.

Pocos momentos después salían de la taberna, y pronto Medio-Beso se encontraba en presencia del alcalde.

Este, sin andar en rodeos, dijo:

—Lo sé todo, absolutamente todo, y para que *Langosta* quede libre y reciba la recompensa que le he prometido, no falta más sino que tú declares y yo me convenza de que él ha dicho la verdad.

Todo menos esto lo esperaba el bandido.

No acertó á responder.

Quedó inmóvil y con la mirada fija en don Diego.

—¿Me has entendido?—preguntó éste después de algunos minutos.

—No, señor.

—Peor para ti, porque irás á un calabozo, y antes de una hora te aplicaré el tormento en vez de dejarte libre, echar tierra al asunto y entregarte como recompensa veinte ducados.

—Pues ahora entiendo menos.

—¡Por Dios vivol... ¿Crees que soy un bribón como tú?

—Señor alcalde...

—Lo que yo prometo lo cumplo, y aunque otros motivos no hubiese, he de mandar que te ahorquen por haberme ofendido, poniendo en duda mi buena fe.

—Pues bien, que me ahorquen; pero no entiendo á vuestra señoría.

—Eres muy torpe, y va á costarte muy cara la torpeza.

—¿Qué tengo yo que ver con las declaraciones de *Langosta*?

—Has debido suponer que esas declaraciones se refieren á lo que sucedió la otra noche en la Cuesta de Santo Domingo.

—No sé...

—Basta... ¡Oh!... Tu compañero ha fiado en mi palabra, y no se arrepentirá, porque ahora mismo saldrá de su calabozo, y en su lugar quedarás tú, y cuando salgas será para que te ahorquen. Repito que lo sé todo, y lo único que me falta averiguar es el nombre del que os pagó para que cometierais el crimen.

Medio-Beso empezó á convencerse de que su compañero había declarado; pero no entendía el por qué se le ofrecían veinte ducados y la libertad.

Perplejo estaba sin acertar á decidirse.

—Piénsalo bien—le dijo el alcalde—: ó la horca, ó veinte ducados y la libertad.

—¡Que el infierno me trague!

—Ya sé que el herido se llama Antonio de Quirós y que habitaba en la hostería de maese Bonifacio.

—Y si á mí me ahorcan, ¿por qué ha de quedar libre *Langosta*?

—Porque me ha dicho la verdad, que es lo que me interesa, y porque no me importa que en libertad quedéis todos hasta que cometáis otro desliz.

—Si *Langosta* ha soltado la lengua...

—Tienes mucho que agradecerle.

—Pues que el diablo nos lleve á todos.

—¿Declararás?... Te advierto que ahora no soy el alcalde, sino el caballero, y te prometo además que no ha de perjudicarte lo que me digas.

—¡Mil truenos!... En fin, á Roma por todo... El caballero que nos pagaba, aunque tiene casa en Madrid, habitaba estos días pasados en la hostería de Bonifacio.

—Es decir, que se encontraba muy cerca de su víctima.

—Pude averiguar quién era, y ayer fui á reclamarle los cien ducados que me debía, y le dije que el otro había muerto, aunque sé que todavía vive y está en casa de don Luis.

—El nombre del caballero.

—Don Juan de Guevara.

—¡Ah!...

—Es mil veces más ruin que yo, y si hay justicia en la tierra...

—Te convencerás muy pronto de que yo sé hacer justicia.

—Pues ahora...

—Toma.

El alcalde abrió un cajón, sacó los veinte ducados y se los entregó á Medio-Beso, diciéndole:

—Estás libre.

—¡Tripas de Lucifer!...

—Nadie más que *Langosta* puede saber lo que ha sucedido entre nosotros.

—Nadie lo sabrá.

—El mover la lengua puede costarte más caro que haber movido la espada la otra noche.

—Entendido.

—Vuelve á la taberna y espera á tu amigo *Langosta*, que muy pronto irá para emborracharse contigo.

—No lo entiendo.

—Ni es menester.

—¡Oh!...

—Déjame ya.

Dudó el bandido si estaba soñando.

Guardó las monedas.

Salió de la casa y se aturdió más al ver que los corchetes lo dejaban irse.

—¡Que Satanás me confunda!—exclamó.—¿Qué significa esto?... No lo sé; pero es la verdad que pocos negocios haré como éste en mi vida.

A la taberna se volvió.

No habían pasado diez minutos cuando se le presentó *Langosta*, exclamando:

—¡A comer y beber!.. Hoy pago, porque es mi gusto, y convidaré á cuantos amigos me feliciten.

Entretanto don Diego fué á la hostería y le dijo á maese Bonifacio:

—Hemos de hablar reservadamente.

—¡Tanta honra!... Señor alcalde, entre vuestra señoría... Por aquí...

—Disponed que nadie nos interrumpa.

—No hay cuidado.

Entraron en una habitación del piso principal,

cerró la puerta el hostelero, y quedó en actitud respetuosa frente al buen alcalde, que se había sentado.

—Maese Bonifacio, decidme ante todo cuántas personas se hospedan en vuestra casa.

—Dos, y ninguna, señor alcalde.

—Eso es incomprensible.

—Digo que dos, porque son dos los que tenían tomado aposento en mi casa; pero ausentes se encuentran.

—¿Sabéis adónde han ido?

—Una de esas personas salió hace tres noches y no ha vuelto. Su tardanza me sorprende, aunque otras veces ha sucedido que pase toda la noche fuera de casa; pero tres seguidas...

—¿Y la otra?

—Ayer se fué al Escorial.

—Decid sus nombres.

—Llámanse don Antonio de Quirós el que ha desaparecido, y el otro es don Juan de Guevara, á quien muchas personas conocen.

—¿Habéis observado algo que os llame la atención en el señor de Guevara?

—En mi casa ha estado pocos días, y no he podido hacer observaciones.

—¿No vino ayer nadie á visitarlo?

—Un hombre.

—¿Sabéis quién era?

—Lo ignoro.

—Sus señas.

—Mala traza y partido el labio superior.

—¿Habló mucho con don Juan?

—Buen rato.

—Decid todo lo demás que sepáis.

—Nada más, absolutamente nada.

—Pues escuchadme ahora.

—Con el respeto que merece vuestra señoría.

—El señor Antonio de Quirós está gravemente herido.

—¡Misericordia divina!...

—No hay esperanza de que se salve; y como la fiebre le hace delirar, no ha sido posible que diga su nombre.

—Un caballero tan noble, tan generoso...

—Es una gran desgracia.

—Y yo con tanta tranquilidad.

—Iréis á verlo para que no os quede duda de que es el mismo que tiene aposento en vuestra casa.

—Ahora mismo, señor... ¡Ah!... ¡Esto es horrible!...

—Se encuentra en la casa de don Luis de Guzmán, que generosamente lo socorrió.

—¡Dios bendiga á don Luis!

—Y le diréis que yo os he mandado ir.

—Así lo haré.

—Pero tendréis cuidado de no nombrar al señor de Guevara, y si cometiérais la indiscreción de decir á alguien que conmigo habéis hablado de este asunto, os comprometeréis.

—Descuide vuestra señoría.

—Os hago esta advertencia, porque me dolería mucho que sufriérais una desgracia. Sois un hombre honrado y os deseo felicidad.

—Gracias, señor, gracias... ¡Virgen Santísima!... ¡Herido, casi muerto el señor de Quirós!... ¿Y no se sabe quién es el asesino?

—En camino de encontrarlo está la justicia.

—Quiera Dios que quede castigado.

—Espero que así sucederá.

—No tengo que decir que á disposición de vuestra señoría está el aposento del señor de Quirós.

—Guardad la llave y á nadie la entreguéis sin orden mía.

—Lo más conveniente será que la llave...

—Me la llevaré.

—Y así estaré yo más tranquilo.

—Tenéis razón.

Al aposento del señor Antonio fueron.

Nada de particular vió allí el alcalde, que entonces no quiso registrar.

Cerraron.

Don Diego guardó la llave y salió de la hostería después de recomendar nuevamente el silencio á maese Bonifacio.

Mucho había hecho en pocas horas el buen alcalde, y estaba tan fatigado de cuerpo como de espíritu.

Necesitaba descansar para recuperar las fuerzas y desaturdirse, y determinó esperar á la mañana siguiente para ir al Escorial á dar parte al rey de cuanto había sucedido.

El misterio estaba ya puesto en claro.

No era ya posible la duda en cuanto á la criminalidad del señor de Guevara; pero se guardó muy bien el alcalde de escribir sobre este punto ni una sola letra.

CAPITULO LX

OTRO DESCUBRIMIENTO

Los viajes al Escorial le desagradaban mucho al buen alcalde; pero tenía que hacerlos y con bastante prisa, pues de otra manera hubiese incurrido en el desagrado de Felipe II, que era lo peor que pudiera suceder.

No había dormido con mucho sosiego la noche anterior, porque sobre ser aquel asunto muy grave y mucha su responsabilidad, cavilaba, empuñándose en adivinar qué era lo que el rey se proponía, y cómo sabía con tanta certeza quién era el asesino.

Inútilmente se molestaba el alcalde, pues era imposible penetrar los pensamientos de aquel gran tirano, cuya alma tenebrosa fué siempre un misterio, lo es y lo será.

Mucho se había sorprendido cuando en el Escorial estuvo dos días antes; pero más debía sorprenderse.

Aunque había cumplido con muy escrupulosa exactitud las órdenes del monarca, no estaba completamente tranquilo don Diego, y deseaba tanto como temía que concluyese aquel enredo.

Medio ahogado por el calor llegó á las doce á la naciente población, y sin detenerse en la posada más que para tomar algún alimento, fué á ver al rey.

Apenas se presentó en la morada real le salió al encuentro Ruy Gómez de Silva, diciéndole:

—Don Diego, llegáis muy oportunamente, porque su majestad ha preguntado hace pocos minutos si habíais venido.

—Pues me felicito por la oportunidad.

—¿Y habéis terminado vuestra comisión como deseábais?—preguntó indiferentemente el cortesano.

El alcalde miró de pies á cabeza á don Ruy, y respondió después de algunos momentos:

—¿Y de dónde habéis sacado la idea de que yo tenía que desempeñar una comisión?

—Sé que habéis venido para un asunto de importancia, y como ese asunto...

—¿Lo conocéis?

—Sí.

El alcalde, que sobre ser astuto era desconfiado, desplegó una leve sonrisa, y repuso:

—Puesto que lo conocéis, no tengo que molestarme en daros ninguna explicación.

—Pero el resultado...

—A medida del deseo de su majestad y del mío.

Mordióse el labio inferior Ruy Gómez de Silva.

—Os ruego, si á vos os toca—añadió don Diego—, que aviséis á su majestad.

—No es menester... Entrad, porque así lo ha mandado.

En la cá nara real entró el buen alcalde.

Felipe II, que estaba sentado junto á una mesa y ocupado en revisar unos papeles, levantó la cabeza, miró á don Diego y volvió á leer.

Quedó éste inmóvil y en actitud respetuosa.

Cinco minutos pasaron, que le parecieron cinco siglos.

Por fin el monarca dejó los papeles, fijó su mirada penetrante en don Diego, y le dijo:

—Acercáos más.

Obedeció el juez, colocándose al otro lado de la mesa.

—¿Qué habéis conseguido?—le preguntó Felipe II.

—Todo lo que me proponía y algo más, y tal vez algo de importancia queda por descubrir.

—¿Me había equivocado en cuanto al asesino?

—No, señor.

—Referidme con brevedad lo que habéis hecho.

—Ante todo, fui á la cárcel, y prometiendo al preso cien ducados y la libertad, supe quién era el herido. En seguida fui á visitar á don Luís.

—¿Y entonces hicisteis el otro descubrimiento?

—Algo me había dicho ya el criminal.

—¿Y lo habéis visto confirmado?

—Sí, por una sola palabra que pronunció la víctima.

—El nombre de doña Luz, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Aún os falta saber que don Juan de Guevara ama á la hija de don Juan.

—Entonces queda explicado su odio, y claro está que los celos fueron el motivo del crimen.

—Así parece.

—Veo que vuestra majestad sabe más que yo, y por consiguiente...

—No importa, proseguid.

—Mandé buscar y traer á mi presencia al criminal que había tratado con don Juan de Guevara, y así pude saber, costándome veinte ducados, quién era el autor del crimen, y que éste, aunque tiene en Madrid su casa, se aposentaba entonces en la hostería de maese Bonifacio, que

está en las Platerías, y adonde también habitaba el desgraciado Quirós.

—¿Habéis visto al hostelero?

—Me pareció muy conveniente hacerlo así, y entonces supe que Quirós no había vuelto á la hostería desde la noche en que se cometió el crimen.

—¿Nada más habéis hecho?

El alcalde sacó la llave del aposento del amante de doña Luz, y respondió:

—Señor, me ha parecido conveniente cerrar la habitación donde el noble hidalgo habitaba, porque tal vez entre sus papeles encontremos alguno interesante.

—¿Por qué suponéis eso?

—Porque no olvido las palabras que el herido pronunció hablando de un don Pedro, de un don Juan, de otras personas y de una traición.

—Os felicito por vuestra previsión.

—Gracias, señor, por las bondades con que me honra vuestra majestad.

—Soy justo.

—Aquí está la llave...

—Guadadla, y cuando volváis á Madrid registraréis el aposento de Quirós, sin respetar cerraduras; y si algo encontrais que os parezca tener alguna importancia, me lo traeréis.

—Y sellaré la puerta y...

—Devolveréis la llave al hostelero.

—Levantaré acta del registro...

—No ha de escribirse nada, y sólo ireis para cumplir esta orden.

—Comprendo.

—Si nada encontráis, no es menester que os molestéis en venir.

—Pero...

—Ni siquiera me enviaréis ningún aviso.

—Ahora me falta saber...

—Lo que habéis de hacer es figuraros que no han herido al señor Antonio de Quirós, y que si lo han herido no lo sabéis.

Con profunda sorpresa miró el alcalde al monarca.

Este, siempre con tanta frialdad como si se tratase de un asunto que ninguna importancia tuviese, repuso:

—Tranquilizaos, que se hará justicia.

—Siempre lo he creído así, señor, porque vuestra majestad es justiciero.

—Estaréis á la mira de lo que le sucede á Quirós, y tendréis ciega confianza en el doctor

Olivares para hablarle de este asunto, si es que os hace alguna pregunta.

—Una duda me ocurre, señor.

—¿Cuál?

—Son ya muchas las personas que en Madrid tienen noticia del desgraciado asunto.

—Eso no importa.

—La curiosidad es mayor, por lo mismo que nadie conocía al caballero herido, y cuando me pregunten...

—Responderás que nada ha declarado el que estaba preso, á pesar de haberle atormentado, y que no resultan pruebas contra él.

—Y en cuanto al herido...

—No hay ningún inconveniente en que todo el mundo sepa su nombre. Me parece que no será la primera vez que sucede la desgracia de no descubrir á los que han cometido un crimen.

—Ciertamente.

—Para don Luis seréis reservado en cuanto á los amores de su hija y en lo demás que habéis descubierto. El tiempo pasará, se cometerán otros crímenes, y de éste se olvidará todo el mundo, con tanto más motivo cuanto que á Quirós nadie lo conoce en la corte.

Aún no adivinaba el alcalde lo que Felipe II se proponía.

—Si vuestra majestad no tiene que darme otras órdenes...

—Esperad.

El monarca volvió á inclinar la cabeza y quedó pensativo.

—He cambiado de opinión sobre un detalle—dijo después de algunos momentos.

—Escucho, señor.

—A todo el mundo diréis que no ha podido averiguarse el nombre del herido.

—Pero como don Pedro de Carvajal...

■ —Le haré las advertencias convenientes, y vos haréis lo mismo con don Luis.

—¿Y si me pregunta don Juan de Guevara?

—Le diréis lo mismo que á todos, que el misterio no se ha podido poner en claro.

—Si el herido llegase á curar...

—Entonces podrá decir lo que bien le parezca.

—Entiendo.

—Nada más por hoy... Volveos á Madrid apenas descanséis.

—Que el cielo guarde á vuestra majestad.

—Os recompensaré por vuestra lealtad y acierto.

—Señor...

—Que Dios os acompañe.

Y otra vez Felipe II empezó á hojear los papeles que antes leía.

Salió de la cámara el alcalde, volviendo á encontrar á Ruy Gómez de Silva; pero éste no se atrevió entonces á hacer nuevas preguntas.

A la posada volvió don Diego, y dos horas después, y á pesar de que el calor era sofocante, tomó el camino de Madrid, adonde llegó á las ocho de la noche.

Tampoco entonces se permitió descansar.

Fué á ver á don Luis para hacerle las advertencias convenientes, y preguntar si algo más había dicho Quirós.

En seguida, y aunque apenas podía sostenerse, fué á la hostería.

—¡Ah!—exclamó maese Bonifacio.—Venga vuestra señoría...

—Ya sé que habéis cumplido mis órdenes.

—Y he sufrido mucho al ver al noble caballero, porque me parece que no se salva.

—Desgraciadamente.

—Ahora si vuestra señoría tiene que mandarme algo más...

—Sí.

—Pues escucho con la debida atención y respeto.

—Primeramente no habéis de decir á nadie que habéis visto al herido, y que ni sabéis quién es, ni siquiera que tenéis noticias de que se haya cometido semejante crimen.

—Libreme Dios de decir una palabra de semejante asunto.

—Y con don Juan de Guevara habéis de ser doblemente reservado.

—Siempre lo he sido.

—Traed una luz, que vamos á la habitación del señor Antonio.

—Al momento.

Y á la habitación fueron. El registro empezó.

Muy pocos fueron los papeles que encontraron en una maleta que no se había cuidado de cerrar Quirós.

Con atención profunda leyó el alcalde, y á los pocos momentos exclamó:

—¡Ah!

Brillaron sus ojos.

Maese Bonifacio arrugó el entrecejo.

Temía que el señor Antonio quedase comprometido, y esto le desagradaba mucho.

La causa de la alegría del alcalde fué haber encontrado una carta dirigida por el conde de Noringens á Quirós.

No parecía que tuviese importancia semejante documento; pero al fin se trataba de uno de los flamencos á quienes se señalaba como sospechoso.

Guardó muy cuidadosamente en uno de sus bolsillos don Diego el papel, y le dijo al hostelero:

—Nadie ha de saber lo que aquí ha sucedido esta noche.

—Pero si el señor de Quirós recobra la salud, echará de menos ese papel.

—A él solamente podréis decirle lo que ha sucedido.

—Me tranquilizáis.

—Y si duda, que me pregunte.

—Eso no es cuenta mía.

—No.

—¿Ha de llevarse otra vez la llave vuestra señoría?

—Para nada la necesito... Tomad.

—Yo tampoco, porque nadie entrará en esta habitación.

—Podéis hacer lo que mejor os parezca, siempre que seáis reservado.

—En cuanto á eso...

—Estoy tranquilo.

—Soy el servidor más leal de vuestra señoría.

—Recibiréis la recompensa que habéis merecido.

—Tengo bastante con la tranquilidad de mi conciencia.

—Que Dios os guarde, maese Bonifacio.

—Y á vuestra señoría le dé mucha salud.

Salíó el alcalde para ir á su casa.

—¡Vive el cielo!—exclamaba.—¡Otra vez al Escorial!... Y estoy quebrantado, molido... ¿No ha pensado el rey que á mi edad no hay fuerzas bastantes para estas idas y venidas? Ya he cumplido sesenta años y necesito algún repeso, pues aunque conservo algún vigor, no es tanto como para esto se necesita. Una carta del conde de Noringens... ¡Oh!... Nada tiene de particular; pero prueba que el señor Antonio de Quirós está en íntimas relaciones con los flamencos; y si se tiene en cuenta lo de las traiciones, y aquello de la firma y otras circunstancias, podrá deducirse algo muy grave. Mucho temo que el infeliz Quirós salvo ahora la vida para morir á manos del verdago, y entonces doña Luz... ¡Pobre mujer!

Apenas llegó á su casa el alcalde, cenó y se acostó, dando las órdenes oportunas para el viaje que había de hacer á la siguiente mañana.

CAPÍTULO LXI

LOS CORTESANOS DON JUAN, DON PEDRO, DOÑA LUZ Y OLIVARES

El suceso que en tan grave peligro había puesto la vida del señor Antonio, tenía para el público doble interés, no por la persona de quien se trataba, ni por las circunstancias del crimen, circunstancias que nada tenían de particular, sino porque se habían encontrado inconvenientes para averiguar quién era el herido; es decir, que el suceso empezaba á tener algo de misterioso, y no hay nada que excite la curiosidad como el misterio.

La noticia del crimen había cundido primero en Madrid y también llegó al Escorial, refiriéndose allí, aumentando y desfigurando el suceso, al que se dieron proporciones imaginarias que lo hacían doblemente interesante.

Cuanto se decía estaba justificado con el hecho de haber ido el alcalde á conferenciar con el rey, pues muchísima importancia debía tener el asunto cuando en él tomaba parte su majestad.

En una de las antecámaras de la morada real hablaban de este asunto algunos caballeros, precisamente cuando se presentó el buen alcalde, que iba para entregar á Felipe II la carta del conde de Noringens.

Entre los que hablaban encontrábase don Juan, que aunque aparentaba calma completa, no tenía un instante de tranquilidad, porque temía que se hiciesen descubrimientos peligrosos para él.

—Aquí lo tenéis—dijo uno de los caballeros al ver al alcalde—, y nadie podrá darnos noticias más exactas.

—Mi amigo don Diego—añadió otro—, deteneos un instante y perdonad.

—¿En qué puedo servirlos?

—Satisfaced nuestra curiosidad.

—¿Qué deseáis saber?

—Hablabamos del crimen que la otra noche se cometió en Madrid frente á la casa de don Luis de Guzmán.

—Nada nuevo puedo deciros como no sea que ayer se puso peor el herido, que cuando llegó la noche estaba en la agonía, y que tal vez á estas horas haya dejado de existir.

Lo que sintió don Juan de Guevara no puede explicarse.

Sus pequeños ojos se iluminaron con el fuego de una alegría diabólica.

Su salvación dependía de la muerte de su rival.

—¿Y aún no se sabe quién es?—preguntó uno de los cortesanos.

—No se sabe—respondió don Diego—. y por mi parte... Ahí tenéis al señor de Carvajal que a Madrid fué bara ver al herido, y si lo conoció...

—Acercaos, don Pedro.

—¿De quién murmuráis, mis buenos amigos?

—Precisamente nos ocupábamos de vos.

—Mé honráis mucho.

—Don Diego nos dice que en Madrid habéis estado con el solo fin de ver á ese herido misterioso que se encuentra en la morada de don Luis de Guzmán.

—Es cierto que anteayer estuve en la corte.

—¿Y qué conseguisteis?

Con ansiedad indescriptible fijóse la mirada de don Juan en don Pedro.

Este respondió:

—Perdí el tiempo, y la molestia, pues me encontré con que el herido es un hombre á quien en mi vida he visto.

Respiró Guevara como el que se siente libre de una mano que lo ahoga.

—De manera—dijo uno de los cortesanos—, que ese hombre se morirá sin que se sepa quién es.

—Probablemente sucederá así.

—¿No estaba preso uno de los criminales?

—Cuidado, señores—replicó don Diego—, que con tanta ligereza no debe decirse que un hombre es criminal. Preso está un hombre que corría cuando los asesinos huyeron; pero lo que esto prueba vos mismo lo diréis. Si á media noche y al volver una esquina viéseis que á un hombre asesinaban y al mismo tiempo se presentaba la justicia por el otro extremo de la calle, y que el asesino ó asesinos hufan, ¿qué haríais? De seguro correríais también, temeroso de que creyesen que él era el culpable, y esto lo haríais con más prisa si érais uno de esos desdichados cuya honradez es dudosa.

—Ciertamente.

—Pues así explica el preso su presencia en aquellos sitios y el por qué corría. Quizás miente; pero no hay pruebas, sino que, por el contrario, hay algún motivo para creer que dice la verdad, pues yo vi que eran tres hombres los que acometieron é hicieron al caballero desconocido;

tres hombres no más vieron los corchetes que me acompañaban, y tres hombres vió don Luis de Guzmán desde un balcón y con el auxilio del resplandor de la luna, y resultó luego que cuando se los perseguía, de todos los que corrían, uno desapareció por el barranco que hay junto á los Caños del Peral, dos huyeron por el arroyo del Arenal y otros dos corrían por la calle del Tesoro.

—Sobrañ dos.

—Echaron mano á uno, que bien podía ser de los criminales; pero también inocente, puesto que dos hombres andaban por allí y corrían sin haber tomado parte en el crimen.

—No es justo castigar á ese hombre sin otras pruebas.

—He recurrido al tormento, y el infeliz ha resistido hasta tres cuñas.

—Pobre hombre.

—¿Puedo hacer algo más?

—No.

—Pues si otra cosa no resulta, me será preciso reconocer su inocencia y devolverle la libertad.

—Nada mas justo.

—Viendo estáis que no se debe calificar con ligereza, pues muchas veces las apariencias son engañosas, y si el juez no procede con calma y toma en consideración todos los detalles, irían muchos inocentes á la horca. A dar parte de todo esto he venido, y si puedo ver en seguida á su majestad, me alegraré, porque estoy muy fatigado y necesito descansar.

Al rey dieron aviso de la llegada del alcalde y éste entró inmediatamente en la cámara real.

—Otro descubrimiento, ¿no es verdad?—dijo el rey.

—Otro que quizá tiene muchísima importancia, á pesar de su sencilla apariencia.

—Explicaos, don Diego.

—Anoche registré el aposento que en la hostería ha ocupado el señor Antonio de Quirós.

—¿Y qué habéis encontrado?

—Esta carta, señor.

Y la carta entregó el alcalde al rey.

Apenas vió Felipe II la firma, desplegó una sonrisa leve y empezó á leer con atención profunda.

Poco después, y por un solo instante, se arrugó su entrecejo.

Luego volvió á sonreír.

La carta del conde decía lo siguiente:

"Mi amigo querido: Hoy mismo continuaré mi viaje, y dentro de pocos días me encontraré entre las desdichas y el llanto del pueblo en que nací. Se desvanecen mis esperanzas de remedio, pues no veo más que uno, y aun ese, según os he dicho, y vos opináis también, presenta grandes obstáculos. Paciencia y aceptemos con resignación las pruebas por que el Omnipotente nos hace pasar.

"Nada de particular puedo deciros. Mi salud es buena, y deseo que la vuestra sea inmejorable.

"Escribidme, porque vuestras cartas tienen para mí el más vivo interés, aunque no me habléis de ningún asunto de importancia.

"Desde que nos separamos he meditado muy detenidamente sobre la persona que tanta desconfianza os inspira, y empiezo á perder la tranquilidad. Si yo hubiese conocido antes la historia que me referisteis cuando íbamos á separarnos, mi conducta no sería la misma. Las criaturas son consecuentes con su propia naturaleza, y en todos sus actos responden siempre á sus antecedentes, á su historia, y es muy verdad aquel adagio español que dice: "condición y figura hasta la sepultura." Quiera Dios que os equivoquéis.

"De cualquiera novedad me daréis aviso por el medio de que podéis disponer. Dios nos ilumine á todos y nos ayude y dé acierto á su majestad para poner término á esta situación horrible, pues de sus resoluciones depende todo; pero á pesar de su talento, que es mucho, y de sus buenos deseos, se ha equivocado casi siempre en la elección de las personas designadas para el gobierno de Flandes.

EL CONDE DE NORINGENS."

Para cualquiera nada de particular decía esta carta; pero entrañaba mucho y muy grave para Felipe II.

Dos veces la leyó, y luego la guardó en uno de los cajones de la mesa.

Su semblante no decía nada.

Hizo sonar la campanilla y le dijo al gentil hombre que se presentó:

—Que venga el doctor Olivares.

Mientras esta orden se cumplía, el monarca permaneció inmóvil y silencioso.

Inmóvil también continuaba el alcalde.

No se atrevía á pronunciar una palabra mientras no fuese interpelado.

Sorprendíale que el rey no le pidiese más explicaciones.

Y así transcurrieron diez minutos.

Por fin el médico se presentó.

El rey sacó la carta y se la entregó, diciéndole.

—Leed.

Obedeció Olivares, devolviendo el papel al rey sin decir tampoco una palabra, y sin que en su rostro se pintase más que la indiferencia.

—Doctor—le dijo el monarca—, es preciso que á toda costa se salve la vida del señor Antonio de Quirós.

—Haré cuanto sea posible.

—Licencia tenéis para trasladaros á Madrid.

—Inmediatamente.

—¿Puede el señor Felipe pasar ahora sin vuestros cuidados?

—Ya no necesita más que los de su padre y la satisfacción que tiene de ver á las personas á quienes ama.

—Pues que Dios os dé acierto.

Se inclinó profundamente Olivares y salió de la cámara.

—Don Diego—dijo Felipe II al alcalde—, retiráos á descansar, y cuando bien os parezca volvéos á Madrid. Habéis cumplido vuestros deberes con tanto acierto como lealtad, y estoy satisfecho.

—Me felicito, señor.

—Ninguna orden tengo que daros.

—Guarde el cielo á vuestra majestad.

—Y á vos os bendiga.

También salió el alcalde, mientras decía para sí:

—¡Por Dios vivo!... Este hombre no se parece á ninguno... ¿Desea que Quirós recobre la salud para tener el gusto de cortar la cabeza?... De otro modo no me explico lo que hace... Y no ha vuelto á nombrar á Guevara, ni á don Pedro de Carvajal, ni siquiera á don Luis ó á doña Luz... No lo entiendo, no lo entiendo.

¿Cómo había de entender á Felipe II?

A la posada se retiró para comer y descansar hasta el día siguiente, pues no se sentía con fuerzas para emprender el viaje en seguida.

Entretanto don Juan de Guevara aprovechó la ocasión de encontrarse á solas con don Pedro, y le dijo:

—Perdonad.

—¿Qué queréis?—preguntó ásperamente el caballero.

—A pesar de que nuestras relaciones de amistad se han roto para siempre por vuestra desgracia y la mía, veo cosas tan extrañas, que no puedo prescindir de pedir os algunas explicaciones. Y permitidme además, don Pedro, que manifieste mis temores, deplorando nuevamente la torpeza que habéis cometido anteponiendo vuestros rencores á vuestra conveniencia.

—Y no estoy arrepentido.

—A Madrid fuisteis anteayer sin otro fin que el de ver al herido.

—Así me lo mandó su majestad y obedecí.

—No necesitábais hacer el viaje.

—Sin embargo, lo hice.

—Y en vez de decir cómo se llama mi rival...

—He declarado que no lo conozco.

—Eso es lo que me sorprende.

—Vos también habéis hecho la misma declaración.

—Mi situación es muy distinta; pero vos, que me odiáis y que debéis aprovechar todas las ocasiones que se os presenten para hacerme daño...

—No he aprovechado ésa.

—¿Queréis decirme por qué?

—Un capricho, don Juan.

—¡Oh!...

—¿Os desagrada?

—Sí.

—Tened paciencia y no esperéis de mí otra cosa, pues aunque ahora me pusiese en un potro don Diego, no conseguiría que yo pronunciase el nombre de vuestro rival.

—No habéis querido favorecerme.

—No.

—Debo deducir que algún plan habéis trazado...

—No me he tomado esa molestia.

—Entonces...

—Os desprecio y os dejo, y si algún día se descubriese que he trabajado en favor de la causa de los flamencos...

—¿Qué haríais?

—Caería también vuestra cabeza, porque entonces se sabría que vos sois el asesino del señor Antonio de Quirós, y no os serviría el haberme delatado.

Densa palidez cubrió el rostro de don Juan.

—A la mía está ligada vuestra suerte—añadió don Pedro—; si yo muero, vos moriréis también, y si me salvo, viviréis hasta que Dios quiera.

—Parece que os olvidáis del papel que se encuentra en poder de la viuda.

—Pedídselo, y si os lo da, entregadlo al rey á cambio del empleo que habéis solicitado.

—Eso es una calumnia.

—Dejadme, don Juan, que si mucho excitáis mi cólera no sé lo que haré.

Tan intranquilo como antes y muy caviloso se alejó el señor de Guevara.

Lo único que le consolaba era lo que el alcalde había dicho sobre el gravísimo estado del señor Antonio.

Si éste moría y *Langosta* no declaraba, ¿cómo se probaría que don Juan era el autor del crimen?

Así discurría don Juan, porque no contaba con que hubiese sucedido todo lo contrario.

Probado estaba ya el crimen, y no se necesitaban más pruebas; y si en libertad dejaban al traidor, era porque así y con fines desconocidos lo había dispuesto el rey.

—No estaba peor el señor Antonio, sino que, por el contrario, la noche anterior habíanse presentado algunos síntomas de mejoría; y si el doctor Olivares, que sabía mucho, tenía algún acierto, no sería imposible la salvación del amante de doña Luz.

A pesar de esto, no era nada risueña la situación de Quirós. Quizás se salvaba de un peligro para caer en otro mayor.

Felipe II tenía mucho acierto para hacer suposiciones, y sabía discurrir con admirable claridad, y sus razonamientos habían de dar forzosamente por resultado el comprender que el señor Antonio estaba en relaciones demasiado íntimas con los que conspiraban en favor de los flamencos.

Durante sus delirios había nombrado á don Pedro y á don Juan, y había hablado de la traición de éste, lo cual probaba que conocía muy bien aquel asunto; y para que nada faltase, estaba la carta del conde, que era uno de los que habían firmado la declaración, según ya sabía el rey.

¿Qué más pruebas se necesitaban?

Ningunas.

Ni tantas eran menester para que quedase convencido el monarca.

En esta situación, ¿qué debía suceder si recobraba la salud el señor Antonio?

No era difícil adivinarlo.

Felipe II no lo perdonaría, porque no perdonaba á los que cometían esta clase de delitos. Las ilustres cabezas de los condes de Egmont y de Hoorne debían rodar, y también debía mo

rir ahorcado en su encierro el noble barón de Montigny, y envenenado el infeliz marqués de Bergens.

Si á estos hombres, y particularmente al primero, que tan grandes servicios había prestado y que tantas glorias conquistó en Gravelinas y San Quintín, no los perdonaba, ¿cómo había de perdonar al señor Antonio de Quirós, que por noble y rico que fuese no representaba en el mundo ningún papel de importancia?

También la cabeza de don Pedro de Carvajal rodaría en cuanto la declaración fuese á parar á manos del monarca.

A la razón de Estado lo sacrificaba éste todo, sin miramiento alguno, y era tan absoluto, que sacrificó á su hijo, al heredero de su corona.

Tal vez no se equivocaba el alcalde al suponer que el rey quería tener la complacencia de que el señor Antonio de Quirós muriese, no á manos de un asesino cualquiera, sino del verdugo, y haciendo constar que no era víctima, sino un criminal, un reo de Estado, un traidor al rey.

Empero nadie podía penetrar en las intenciones de aquel gran tirano, y ninguna opinión podía aventurarse sin riesgo de incurrir en un error.

De todas maneras resulta que era muy crítica la situación del señor Antonio, y no menos crítica la de doña Luz, puesto que el asunto de la conjuración empezaba á ser un obstáculo más para la realización de su dicha.

La infeliz había determinado encerrarse en una celda, y allí debía terminar llorando y con el alma destrozada su existencia tristísima.

Sin perder un instante se puso en camino el doctor, y felizmente llegó á Madrid.

A la morada del noble de Guzmán se encaminó, encontrando á éste tan preocupado como dos días antes.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el médico con su calma inalterable.

—Ninguna, y ahora veréis al enfermo.

—Vamos, pues.

Con la atención que el caso requería examinó al paciente.

Con ansiedad esperaba doña Luz el fallo de la ciencia, y quedó inmóvil y con la mirada fija en Olivares.

Este dijo al fin con pausado y grave tono:

—Grave, muy grave; pero mejor relativamente al otro día.

—¡Ah!—exclamó la joven.

—No debéis concebir esperanzas que en un solo instante pueden desvanecerse.

—Si hay mejoría...

—Encuentro algún síntoma que me anuncia la proximidad de una crisis; pero el resultado de esa crisis sólo Dios lo sabe, porque lo mismo puede morir este desdichado, que salvarse, y esto ha de decidirse en pocas horas, quizás en pocos minutos.

—¿Para cuándo esperais esa crisis?

—No es posible fijar un plazo.

—Sin embargo...

—Probablemente cuando llegue la noche.

—Entonces...

—Cuando nuevamente alumbre el sol, este hombre será un cadáver o habrá mejorado lo suficiente para que abriguemos alguna esperanza. Si la crisis se presenta, aquí pasaré la noche, porque el rey ha mandado que no me ocupe de otra cosa, y que haga cuanto sea posible para que el herido se salve.

—¡Bendito sea el rey!—exclamó doña Luz.

Y dos lágrimas rodaron por las pálidas mejillas.

—Me parece—dijo don Luis—que cumplidas quedan las órdenes de su majestad con toda exactitud; en esta casa debíais instaláros, y yo me alegraría mucho de que así lo hiciéseis, pues simuere este desgraciado no sería posible sospechar que habíamos cometido ninguna torpeza al hacer lo que dispongáis.

—Pues me quedaré, aunque no es de absoluta necesidad.

—Se arreglará vuestro dormitorio en el aposento inmediato, y todos mis criados estarán á vuestra disposición.

—Sois el hombre más escrupuloso del mundo.

—Quiero cumplir mi deber.

—Pues como en otra cosa no he de ocuparme, aquí me siento, y vosotros, con entera libertad, haced lo que mejor os parezca.

A sus criados llamó don Luis, advirtiéndoles que como á él habían de respetar y obedecer al doctor Olivares.

Luego, pretextando una ocupación, salió del aposento el señor de Guzmán.

Entonces doña Luz fijó una mirada profunda en el médico, y exclamó:

—¡Gracias, amigo mío!

—Dádselas á Dios, porque yo no he sido quien ha mejorado al señor Antonio, y en todo

caso debéis estar agradecida á mi compañero el buen doctor Ruano, cuyo acierto en esta ocasión es digno de alabanza.

—Pero vos me habéis hecho otro beneficio.

—¡Yol...

—Y muy grande, inmenso.

—Estais equivocada.

—¿Acaso no habéis comprendido lo que pasa en mi corazón?

—No olvidé tan importante entraña cuando os vi el otro día, y á vuestro noble padre le dije que las conmociones violentas y las contrariedades van á irradiar siempre al corazón, y hay peligro de que se alteren sus importantes funciones, produciendo enfermedades que son difíciles de combatir, y que, por consiguiente, debía procurar que disfrutáseis de la tranquilidad posible en estos momentos.

—¿Y nada más habéis visto que la amenaza de una enfermedad?

—¿Qué más ha de ver el médico?

—Sí, más habéis visto, doctor.

—Mi torpeza...

—Habéis encontrado en mi corazón...

—Contracciones algo violentas...

—Un secreto.

—¡Bahl... La imaginación de las mujeres...

—¿Por qué lo negáis?

—Nada niego, doña Luz, sino que afirmo lo que es verdad.

—Y otra verdad calláis.

—Tantos secretos conozco y guardo...

—El mío es uno...

—Doña Luz, os olvidáis de que no siempre que dos personas se han entendido y están de acuerdo pueden hablar del asunto en qué piensan. Decís que os he hecho un gran beneficio, y...

—Sí, porque á vos debo el encontrarme aquí y al lado del hombre á quien amo.

—¡Oh!...

—Habéis adivinado este secreto, tenéis lástima de mí, y habéis querido...

—Perdonad—interrumpió el doctor.

—Si no queréis mi gratitud...

—Lo que no quiero es que os entreguéis á ilusiones.

—Doctor...

—En grave peligro está la vida de este hombre.

—Se salvará.

—Pero no sabemos lo que luego puede suceder.

—Sucederá que su asesino...

—¿Lo conocéis?

—Sí—respondió sin vacilar doña Luz.

—¿Y por qué no lo entregáis á la justicia?

—Lo haré si muere Quirós.

—¿Y estáis segura de no haberos equivocado?

—Tan segura estoy, que voy á deciros el nombre del asesino; porque á vos...

—No quiero saberlo—interrumpió vivamente Olivares.

—Sí, sí.

—Callad, os lo suplico.

—Pero...

—Callad, doña Luz, y... Contad conmigo cuando lleguen los días de prueba.

—¡Ahl...

—Se acerca la noche, se acerca la crisis... Dejádme observar al enfermo, porque éste es ahora mi primer deber.

—¡Que Dios os bendiga y os ilumine!

De esta manera y con tan rara habilidad, ganaba voluntades el astuto doctor, teniendo protectores y defensores sobrados cuando alguna intriga se tramaba contra él.

Acabó de ocultarse el sol.

Llevaron una luz á la habitación del enfermo.

El doctor Ruano se presentó con don Luis.

Se acercaba el instante supremo de la crisis.

CAPITULO LXII

LA CRISIS

El señor Antonio estaba rodeado por don Luis, doña Luz y los dos médicos.

Algunos minutos pasaron, durante los que, según hemos dicho, reinó un silencio que calificaríamos de absoluto si no hubiera resonado la violenta y precipitada respiración del enfermo.

El doctor Olivares hizo una seña á su compañero, y ambos fueron al opuesto lado de la habitación.

Allí dijo el primero al segundo:

—¿Qué os parece?

—Que se prepara una crisis.

—Para mí es indudable.

—Y en cuanto al resultado...

—Muy dudoso.

—No abrigo esperanza.

—Yo sí.

—Mucho me alegraré equivocarme, y me tran-

quiliza que aquí os encontréis y esteis de acuerdo conmigo, porque así la responsabilidad no será toda mía.

—Por razones que no son del caso, su majestad tiene el más vivo interés por la vida de este hombre, y á pesar de que le he dicho que nada me era posible hacer después de lo que habeis hecho, se ha empeñado en que aquí he de estar hasta que el herido muera ó se encuentre fuera de peligro.

—Y como á nadie se le hace mal con eso, sino que aun hacéis mucho bien...

—Ya veis que nada he recetado.

—Pues debíeráís recetar por pura fórmula, y así todos quedarían más satisfechos.

—No, no.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Observemos, que quizás se nos presente ocasión de aprender algo.

Volvieron á colocarse junto á la cama.

Poco después empezaba á cambiar el pulso del enfermo, que se movía, abría los ojos y articulaba algunos sonidos.

Los dos médicos se miraban y se entendían sin necesidad de hablarse.

Doña Luz parecía petrificada.

Fija, ansiosa, angustiada estaba su mirada en el enfermo.

Con desigual violencia latía el corazón de la infeliz joven.

No se le ocultaba que en aquellos momentos se decidía la suerte del hombre á quien amaba tanto.

Si hubiera podido salvarle la vida á costa de la suya, no hubiera vacilado.

Lo que sufría no puede concebirse.

Algo de sombrío había en su mirada.

Don Luis se había sentado, cruzando los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho.

Su rostro estaba pálido y contraído.

Borrasca espantosa agitaba en aquellos momentos su espíritu.

Nadie más que Olivares podía comprender lo que pasaba en el alma de aquellas dos criaturas.

El doctor Ruano no era entonces más que el médico y observaba con fría indiferencia.

Para él era un libro el señor Antonio, el libro donde estudiaba.

Al cabo de una hora el cambio de los síntomas que presentaba el enfermo eran tan claros, que no pudieron pasar desapercibidos para doña Luz.

Si el señor Antonio llegaba á morir aquella noche, ¿podría soportar tan terrible golpe la hija de don Luis?

Era dudoso.

Una de las veces que el doctor Ruano pulsó al enfermo, le dijo á Olivares:

—Esto va por el camino que yo anuncié.

—Está oscuro—murmuró el médico del rey.

Se estremeció violentamente el señor Antonio, se movió como si quisiera incorporarse, y dijo con la exaltación propia de su estado febril:

—Deteneos, conde... ¡vive Dios!... Aún es tiempo... Guardad el papel, señora; pero esta firma me la llevaré... ¡Traidor!... Dejadlo, que mi odio merece... ¡Luz!... Ya lo veis, y la pobre Consuelo... ¡Niña infeliz!... Tu padre es un monstruo... Guardaos, conde, guardaos.

Olivares comprendió perfectamente el significado de estas palabras; pero fingió que no las tomaba en consideración.

—¡Luz, Luz!—volvió á decir el herido.

Y la joven elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora y de desesperación.

Sus magníficos ojos estaban secos y encendidos.

También la devoraba la fiebre en aquellos momentos.

Sus manos, crispadas y convulsas, oprimían su pecho.

El señor Antonio quedó aletargado.

Su respiración era más violenta cada momento.

Otra hora pasó.

Olivares le tomó el pulso, arrugó el entrecejo y murmuró sordamente:

—Es preciso jugar el todo por el todo.

Y se acercó á una mesa donde había lo necesario para escribir.

—¿Qué intentáis?—le preguntó Ruano.

—Lo vereis.

No pudo dominarse doña Luz, se acercó á Olivares, le cogió la diestra, diciéndole con voz reconcentrada:

—Escuchad.

—No puedo, señora.

—¿No os espanta la responsabilidad?

—Porque me espanta quiero hacer el último esfuerzo.

—Pero jugar la vida de un hombre...

—Salvarlo de una vez, doña Luz: ese hombre está en la agonía...

Exhaló la joven un grito desgarrador, exclamando luego:

—Salvadlo, salvadlo, y tomad mi vida.

—Si no hago nada, morirá muy pronto, y si abrevio en algunos minutos su existencia, nada habremos perdido, mientras que podemos ganar mucho.

—¡Dios misericordioso!

—Dejadme, que es un tesoro cada minuto que se pierde.

—¡Oh!...

—Dejadme, señora, que tengo que cumplir mis deberes, que tranquilizar mi conciencia, y si no me dejais, en nombre de mi conciencia, de mi deber y del rey, haré uso hasta de la fuerza.

Doña Luz se sintió desfallecer.

Separóse del doctor.

Con pasos vacilantes se acercó al lecho y se dejó caer en una silla.

Don Luis continuaba inmóvil y mudo.

Hubiérase dicho que no se apercibía de lo que pasaba á su alrededor, y sin embargo no perdía un solo detalle.

Olivares escribió una receta, la firmó, y dijo:

—Corriendo... Un criado...

—¡Oh!—murmuró Ruano mientras leía la receta.—Teneis demasiado valor, mi respetable compañero,

—¿Acaso no agoniza ese hombre?

—Sí.

—¿Es posible que se salve dejándole como está?

—Absolutamente imposible.

—Entonces...

—Sin embargo, yo no me atrevería á lo que vos os atrevéis.

—Señor Ruano—replicó severamente Olivares—, á nosotros no deben asustarnos los venenos como al vulgo.

Mientras así hablaban, había acudido un criado, que tomó la receta y corrió.

De vez en cuando exhalaba algún leve gemido el señor Antonio.

Pasó media hora, que un siglo de agonía debió ser para doña Luz.

Volvió el sirviente con una botella.

Olivares echó en una cuchara una pequeña parte del líquido que la botella contenía, y se lo hizo tragar al enfermo.

—¿Qué le habeis dado?—preguntó doña Luz, de cuyas pupilas se escapaban corrientes de fuego.

—Un veneno—murmuró Olivares.

El efecto que estas palabras produjeron no es posible concebirlo.

Ni una sílaba articuló la joven.

Don Luis levantó la cabeza, miró á los médicos, al señor Antonio, y por último, á su hija, diciéndole:

—Me parece prudente que os retiréis á vuestra cámara, porque este espectáculo...

—Dejadla—interrumpió Olivares.

—Sea.

Nada tenía que hacer ya más que esperar los efectos del medicamento.

Olivares cogió una de las muñecas del señor Antonio y de la otra se apoderó Ruano.

Ambos apreciaban el pulso con tanta atención como ansiedad.

El médico del rey arriesgaba mucho en aquellos instantes supremos, arriesgaba más que la vida del señor Antonio, puesto que jugaba su reputación.

Con un atrevimiento demasiado peligroso había pronunciado la palabra veneno.

Si Quirós llegaba á morir, todo el mundo diría que el doctor Olivares lo había matado, y Felipe II lo acusaría de haberse atrevido á hacer experimentos precisamente con la persona cuya existencia había dicho el monarca que le interesaba tanto.

No revelaba la indiferencia el semblante de Olivares, no era en aquellos momentos fría su mirada.

Ni el más leve movimiento hacía.

Unas veces se contraía su rostro, y otras se dilataba.

Y así pasaron quince minutos, durante los que bien pudiera decirse que el doctor y doña Luz habían vivido quince años, puesto que habían sentido mucho, y vivir no es más que sentir.

Por fin empezaron á iluminarse los ojos del atrevido doctor.

Se desarrugó su entrecejo.

Entreabriéronse sus labios.

—¡He triunfado!—exclamó con acento indefinible.

Y se enderezó su cuerpo, se irguió su cabeza, respiró como el náufrago que consigue llegar á la orilla.

—¡Dios Omnipotente—exclamó doña Luz.

—Sí—dijo Ruano—, habeis triunfado, señor Olivares, y reconozco vuestra superioridad.

—Dios os bendiga, doctor—dijo don Luis.



La respiración del enfermo era más pausada.

Abrió los ojos y pudo verse que sus dilatadas pupilas empezaban á contraerse y á recobrar el brillo.

Entonces se humedecieron los ojos de doña Luz, y el llanto empezó á correr en abundancia por sus mejillas.

Tampoco pudo dominar el arrebato de su inmensa alegría, y cogiendo las manos de Olivares y estrechándoselas con fuerza convulsiva, se las cubrió de besos y de lágrimas.

Quiso hablar la joven, pero no pudo.

Sentíase medio ahogada por su profunda emoción de júbilo y por los sollozos.

Hay alegrías que no pueden concebirse, y nadie podía comprender la de la joven más que ella misma.

—Ahora—dijo Olivares—silencio, porque muy pronto el enfermo recobrará por completo la razón y entenderá cuanto á su lado digan.

Don Luis de Guzmán era demasiado noble y daba á Dios gracias por la mejoría del señor Antonio.

Cuando le pareció conveniente dió el doctor Olivares otra pequeña porción del medicamento á Quirós, y le dijo á Ruano:

—Ya lo veis, mi querido compañero; los venenos no deben asustar más que al vulgo ignorante.

Al día siguiente la reputación de Olivares había ganado un ciento por ciento.

Lo que acababa de hacer era casi un milagro.

¿Qué le hubiera sucedido á don Juan de Guervara si se encontrase allí?

A las tres de la madrugada el enfermo abrió los ojos, miraba á uno y á otro lado, y con voz débil, muy débil, y tono de extrañeza, murmuraba:

—¡Ahl... ¿Dónde estoy?...!

—Silencio—le dijo doña Luz.

Entreabrióronse como para sonreír los labios del señor Antonio.

Luego sus ojos se cerraron.

A los pocos momentos decía Olivares:

—Esto no es letargo, es sueño...

—Sí—añadió Ruano—, ahora duerme... ¡Se ha salvado!

Y la aurora desplegó sus dulces sonrisas.

Y los primeros rayos del sol se dejaron ver.

El señor Antonio de Quirós dormía.

Cuando Olivares tuvo la seguridad de su triunfo, se acercó á la mesa y escribió lo siguiente:

“Señor, cuando vi que agonizaba el enfermo, jugué mi reputación, que estimo más que mi vida. Dios ha querido protegerme, y el enfermo se ha salvado.

“De vuestra majestad el más fiel vasallo y humilde criado,

“OLIVARES.”

Cerró la carta, sellándola con el sello de don Luis, y mandó que fueran al alcázar real en busca de su criado, á quien ya conocemos.

Antes de un cuarto de hora se presentaba el leal sirviente, y Olivares le decía:

—Hijo, tienes que correr para llevar esta carta al Escorial.

—¿Y he de entregarle al rey?

—En sus propias manos.

—Pues siendo urgente...

—Espero que dentro de cuatro horas estará este papel en manos de su majestad.

—Antes de cuatro horas ha de ser.

—Y mañana, si otra cosa no dispone el rey, te volverás.

—¿He de buscaros aquí?

—Me esperarás en el alcázar.

—Que Dios os guarde, mi querido señor.

—Y á ti te acompañe.

Salió el criado.

Las cinco de la mañana eran entonces, y á las ocho y media entraba Bruno en la morada real.

Allí todos lo conocían.

—Necesito ver á su majestad—dijo.

—¿Os envía vuestro señor?

—Es claro que mi señor me envía, y el asunto es urgente.

Diéronle aviso al monarca, y á los pocos momentos se encontraba en su presencia el criado y le entregaba el pliego.

Leyó Felipe II.

No dejó ver en su rostro ni disgusto ni contento.

Guardó la carta y le preguntó á Bruno:

—¿A qué hora habéis salido de Madrid?

—A las cinco, señor.

—Recompensaré vuestra lealtad y vuestra actividad.

—Señor...

—Hago justicia... Retiraos, descansad, volved á Madrid ó quedaos, según las órdenes que hayáis recibido.

—La de volver mañana á la villa si otra cosa no dispone vuestra majestad.

—Nada más, sino que en mi nombre felicitéis al doctor vuestro amo.

Bruno salió para descansar, porque bien lo necesitaba.

Entretanto don Juan de Guevara, entregado á las reflexiones á que daba lugar su situación, hacíase la ilusión de que su rival había muerto, y esperaba que de un momento á otro llegase la noticia de esta desgracia.

No debía tardar en sufrir un desengaño.

¿Y el señor Antonio?

Durmió hasta las diez de la mañana.

CAPITULO LXIII

DON JUAN SUFRE Y EL REY GOZA

A las nueve, á pesar de que el calor se dejaba sentir bastante, Felipe II salió de su morada para dar un paseo por uno de los sitios más frondosos de aquellos alrededores.

Lo acompañaban el príncipe Eboli y algunos cortesanos, entre los que se veían á don Pedro de Carvajal y don Juan de Guevara, á quien el rey se había dignado decirle:

—Acompañadme vos también, caballero.

Esta distinción era muy honrosa.

Entre la espesura de una arboleda se sentó el monarca:

Los cortesanos permanecieron en pie, en actitud muy respetuosa, y dispuestos á seguir la conversación que á bien tuviese entablar el gran tirano.

Silencioso permaneció éste por espacio de un cuarto de hora.

Como distraídamente fijábase su mirada en los árboles y en los pájaros que revoloteaban entre el follaje.

Al fin volvió la cabeza hacia don Pedro de Carvajal, y le dijo:

—He recibido una noticia de mucho interés.

—Si es buena, felicito á vuestra majestad con toda mi alma—respondió el caballero.

—Figuraos que esa noticia me da la seguridad, ó por lo menos me ofrece muchas probabilidades de poder hacer justicia.

—Entonces...

—La noticia es la mejor, ya lo veis.

Todos los cortesanos miraban con atención profunda al rey, que, volviéndose al otro lado,

fijó su mirada penetrante en el señor de Guevara, y le dijo:

—En camino estamos de poner en claro un misterio.

—Señor, no adivino...

—Estos días ha sido objeto de todas las conversaciones un crimen que se cometió en Madrid.

Don Juan se estremeció.

—Ya sabéis—añadió Felipe II—que en la Cuesta de Santo Domingo hirieron mortalmente á un caballero á quien nadie conoce.

—Y ayer—dijo don Pedro—nos habló de ese desagradable suceso el alcalde don Diego de Pantoja.

—¿Y qué os dijo?

—Que había dejado en la agonía al herido, y que ya no había salvación posible, lo cual no me sorprendió, porque cuando yo lo vi tenía ya en el rostro el sello de la muerte.

—Vos también, don Juan, lo habéis visto.

—Sí, señor—respondió con alguna inseguridad el señor de Guevara.

—No exageró don Diego al decir que agonizando estaba el herido; pero si aseguró que no había en lo humano salvación posible, fué porque no contó con el doctor Olivares.

Palideció don Juan.

Difícilmente ocultaba lo que sentía.

No necesitaba más explicaciones para comprender que había mejorado su rival.

Horriblemente sufría el traidor.

Creía que en el semblante habían de conocerle que era el asesino.

Felipe II, con la misma frialdad que siempre hablaba, prosiguió diciendo:

—Dispuse que Olivares fuese inmediatamente á Madrid.

—Yo lo vi cuando partía con su criado Bruno—dijo uno de los cortesanos.

—Y yo he visto á Bruno hace una hora cuando pedía tener la honra de ser recibido por vuestra majestad.

—Me traía una carta del doctor, con la agradable noticia.

—Loado sea Dios.

—Me alegro—dijo el señor de Carvajal—, porque me había interesado mucho la vida del caballero desgraciado.

—Anoche—repuso el monarca, que frecuentemente miraba á don Juan—, agonizó tan de

veras el herido, que no le quedaban más que algunos minutos de vida.

—¡Infeliz!

—Lo que ha hecho Olivares tiene un doble mérito, puesto que apeló á no sé qué medicamento que debía matar inmediatamente ó salvar al enfermo, es decir, que arriesgó lo que más importancia tiene para él: su reputación.

—Es un sabio.

—Un gran hombre.

—Dios lo ha protegido y pudo exclamar como Arquímedes: "Eureka."

—¡Ahl...

—¡Ohl...

—El herido se ha salvado—dijo el rey.

Frió sudor corrió por la frente de don Juan.

Se le doblaban las rodillas.

Con cuanto disimulo le fué posible se apoyó en un árbol.

Los cortesanos alababan sin cesar al doctor Olivares. El señor de Guevara lo maldecía.

El monarca seguía la conversación con la misma calma que al principiar.

Miraba de vez en cuando al traidor y sonreía levemente.

Lo que sufría don Juan, lo comprendía Felipe II y gozaba.

—Ahora, como habrá recobrado ó recobrá muy pronto la razón el desdichado caballero, dirá su nombre.

—Y si conoció á los asesinos...

—No pudo conocerlos, porque eran tres villanos, tres de esos miserables que viven con el crimen.

—Si su intento era robar...

—O tal vez obedecían á un enemigo del caballero.

—Tan posible es lo uno como lo otro.

—Y si lo que querían era robar, principiarían por pedir la bolsa al desconocido.

—Y si daban el golpe para satisfacer una venganza, se concretarían á herir.

—Tales dudas puede disiparlas la víctima.

—Y si se trataba de una venganza...

—Fácilmente adivinará quién es el enemigo que ha querido asesinarlo.

—Pero sus presunciones...

—Serán un rayo de luz y nada más.

—Luego faltarán las pruebas.

—Como la justicia no ha podido apoderarse de ninguno de los criminales, es de temer que el crimen quede impune.

—Prendieron á un hombre.

—Pero hay muchas circunstancias en su favor, y como explica satisfactoriamente su presencia en aquellos sitios y se ratifica en sus primeras declaraciones cuando le aplican el tormento, tendrán que reconocer su inocencia.

—Ya deben haberlo puesto en libertad—dijo el rey.

Estas palabras reanimaron á don Juan.

Si la libertad habían devuelto al bandido, sería muy difícil encontrar pruebas.

Se pasó las manos por la frente el taridor.

Hizo esfuerzos sobrehumanos, y pudo al fin aparentar algún sosiego.

Felipe II seguía gozando con el tormento del señor de Guevara.

Media hora después volvió el rey á su morada.

Cuando se encontró solo desplegó una sonrisa y exclamó:

—¡Cuánto ha sufrido el miserable!... Y aún ha de sufrir más, mucho más.

Don Pedro, que también gozaba con el tormento del traidor, le dijo:

—¿Qué os parece de lo que está sucediendo?

—¡Ohl—murmuró con voz ahogada don Juan.

—Esto no lo habíais previsto.

—El infierno se conjura contra mí.

—Convenceos de que mi sistema es el mejor. No podemos combinar las circunstancias á nuestro gusto, y lo más acertado que podemos hacer es esperar.

—Aún no me doy por vencido.

—Yo tampoco; pero no me atrevo á cantar victoria, porque tenemos un enemigo muy temible, el señor Olivares.

A su vivienda se fué don Juan para entregarse á las reflexiones á que daba lugar su triste situación.

Nosotros debemos volver á Madrid.

CAPITULO LXIV

CONVERSACIONES EXTRAÑAS

A un lado de la cama encontrábanse doña Luz y Olivares, y al otro don Luis y Ruano.

El silencio era casi absoluto.

La única persona que allí había indiferente era el médico que desde el primer instante asistió al señor Antonio.

Por fin éste se movió, exhaló un suspiro, abrió los ojos y miró á uno y otro lado.

Lo que debió sentir no lo sabemos.

Hasta entonces no había tenido conciencia de que vivía.

De aquellas cuatro personas que lo rodeaban reconoció á tres, y su sorpresa debió ser profunda al ver que se encontraba entre don Luis de Guzmán y doña Luz.

—¡Ahl—exclamó con voz débil.

—Silencio—le dijo Olivares.

Quirós se restregó los ojos y se pasó las manos por la frente como si quisiera disipar la densa nube que obscurecía su inteligencia y hacía tan vagos sus recuerdos.

Dubió dudar si estaba dormido y soñando.

¿Cómo había de creer que se encontraba al lado de la mujer á quien amaba tanto?

No podía en aquellos momentos reflexionar, y era preciso que se dejase llevar de su instinto y de los impulsos de su corazón.

Le habían mandado callar y guardó silencio; pero sus ojos fueron mucho más elocuentes de lo que hubieran podido ser sus labios.

Con ansiedad indescriptible fijó su mirada en doña Luz, que también ansiosamente miraba á su amante. Pasaron algunos minutos.

Una sola palabra pronunciada por el señor Antonio sobre su situación podía producir gravísimas consecuencias, porque estaba presente el doctor Ruano, y aunque éste fuese muy discreto, era inconveniente que llegase á conocer ciertos secretos.

—¿Dónde estoy?—preguntó al fin el señor Antonio, con débil voz.

—Entre personas que se interesan por vuestra salud—le respondió Olivares.—Nana tenéis que temer, y en cuanto á vuestra vida, ya se ha salvado. Cuando fuisteis herido frente á esta casa, el señor don Luis de Guzmán, aquí presente, os auxilió, y su hija, con una abnegación la más noble, ha permanecido á vuestro lado día y noche. Pero no os conviene hablar, porque perderíais todo lo que hemos adelantado, y una conmoción cualquiera os mataría.

—Mis recuerdos son muy confusos—murmuró el amante de doña Luz.

—Yo ayudaré vuestra memoria, y además dispondré lo necesario para que recobreis pronto la salud. ¿Me conocéis?

—Sois el doctor Olivares.

—Y aquí teneis á mi compañero el doctor Ruano, que es vuestro médico de cabecera. Yo he venido para cumplir mi deber y por orden de su majestad.

—¡El rey!...

—Que se interesa mucho por vuestra vida.

No fué menester más para que guardase silencio el señor Antonio.

A pesar de su estado comprendió que le convenía ser muy reservado, y que una palabra cualquiera podía comprometerlo.

¿Por qué el rey había tomado parte tan directamente en aquel asunto?

Después de esta pregunta que se hizo Quirós, otras muchas ideas brotaron en su mente.

Pensó en el grave negocio de la conspiración, don Pedro de Carvajal, la viuda de Vargas, y no hay que decir que también en su rival.

El papel que en semejante asunto representaba Olivares lo comprendía muy bien el desdichado Quirós.

Cualquiera que fuese la conducta que le convenía seguir, por de pronto debía callar.

Miró otra vez á doña Luz como si buscase en su rostro explicación.

—Sí—dijo la joven—, callad, porque así os conviene, y si mi súplica no es bastante...

—Sí.

—Ya habeis recobrado la razón, pues hasta este momento habeis estado á todas horas delirando unas veces, y otras aletargado... He cumplido mi deber como mejor he podido; os he visto en la agonía, he pedido á Dios por vuestra salud... Ahora, entendedlo bien, caballero, necesitais reposo y silencio, y las conmociones pueden haceros mucho mal... Me separo de vos y os dejo con mi buen padre.

Temblaba doña Luz mientras así hablaba.

Con extrañeza la escuchó su amante.

—El doctor Olivares—añadió la infeliz joven con voz insegura—es mi mejor amigo, y á su sabiduría debeis la existencia... Un amigo teneis también en mi padre... Nada más podeis pedirle á la fortuna... Adiós, caballero, que yo también necesito reposo.

Y al decir esto la hija de don Luis hizo un esfuerzo sobrehumano, se separó del lecho y salió de la cámara.

—Yo—dijo entonces Olivares á su compañero—no represento más papel que el de auxiliar, porque así lo ha dispuesto el rey... Esta tarde me volveré al Escorial, y vos continuareis cumpliendo vuestra misión con el acierto que lo habeis hecho antes. Aquí permaneceré hasta después de haber comido, y luego...

—Volveré—dijo Ruano—, aunque me alegraría que os quedáseis...

—Tengo en el Escorial otro enfermo grave, y quiero además que el rey sepa pronto que el doctor Ruano se ha conducido con un acierto admirable.

—Gracias, mi buen compañero.

—Os hago justicia, amigo mío.

Ruano, comprendiendo que Olivares quería quedar á solas con el enfermo, se despidió y se fué, prometiendo volver aquella tarde.

—Caballero—dijo Quirós á don Luis—perdonadme si ante todo no os he mostrado con palabras mi gratitud; pero mi aturdimiento...

—Nada teneis que agradecerme.

—A vuestra noble generosidad debo la vida...

—El médico ha mandado que calleis—interrumpió don Luis—, y para evitar que cometáis nuevas imprudencias, os dejo... Doy á Dios gracias porque ha salvado vuestra existencia.

—Ni una palabra más—dijo don Luis.

Salió del aposento.

Entonces Olivares, sentándose en la silla que había ocupado doña Luz, y fijando su mirada penetrante en el señor Antonio, le dijo:

—Ahora podemos hablar, ó más bien, puedo hablaros, porque vos no teneis que hacer más que escucharme,

—¡Oh!... ¿No estoy soñando?

—Estais despierto, y es una realidad lo que veis.

—Mi cabeza...

—Muy débil está, ya lo sé.

—Me encuentro aquí entre don Luis y su hija, y vos también.

—Ya os he dicho que su majestad me ha mandado venir.

—Ese interés que el rey se toma por mi salud...

—¿Os sorprende?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Ningún papel represento en la corte.

—Y ni siquiera os conoce nadie, y sin embargo...

—Doctor, puesto que sois amigo de doña Luz...

—Callad.

—Pero...

—Sí; callad, porque no puedo responder á vuestras preguntas. Escuchadme; guardad bien en la memoria lo que voy á deciros, y luego...

Vuestra suerte, vuestra vida quizás depende de vuestra conducta. Si cometeis alguna imprudencia, peor para vos.

El señor Antonio permaneció inmóvil y con la mirada fija en Olivares.

Este, con aquella tranquilidad que lo caracterizaba, con aquella frialdad que se parecía tanto á la de Felipe II, prosiguió diciendo:

—Cuando caisteis mortalmente herido, salió para socorros don Luis de Guzmán, y ofreció su casa, y sus primeros cuidados han contribuido mucho á vuestra salvación.

—No me conocía.

—Ni se encontraba persona que os conociese.

—Pocos amigos tengo en la corte.

—Vino también don Juan de Guevara.

—¡Oh! —murmuró el señor Antonio.

Y por un instante se iluminaron sus ojos con el fuego de la ira.

—Si no sabéis dominaros, os perdereis.

—¿Qué hizo don Juan al verme?

—Dijo que no os conocía.

—¡Miserable!

—Tened entendido que no os pregunto quién es el autor del crimen que os puso tan cerca del sepulcro, ni quiero saberlo.

—¿Y por qué me haceis esa advertencia?

—Escuchadme, y procurad entenderme. Os digo lo que puedo decir y lo que os diría doña Luz.

—¡Dios mío!

—Cumpla así un deber que me impone mi conciencia, pues conciencia tengo, á pesar de lo que dicen mis envidiosos enemigos.

—Continuad.

El alcalde don Diego de Pantoja creyó conveniente dar parte del asunto á su majestad.

—Apenas se comprende eso.

—Y por orden del rey vino don Pedro de Cavajal.

El señor Antonio se estremeció.

—Y don Pedro aseguró que os conocía y pronunció vuestro nombre; pero nada de esto consta en la causa. Habeis delirado y habeis hablado de varias personas.

—¿A quién he nombrado?—preguntó el caballero.

—A un don Pedro y un don Juan, á una mujer que se llama Consuelo, y á otra que se llama doña Luz, y también habeis dicho algo de un conde. Todo esto es muy desagradable, ya lo sé; pero es preciso que conozcáis vuestra situación,

porque me parece que tal vez no le sea posible á la hija de don Luis hacer lo que yo estoy haciendo.

—Sigo escuchando—dijo el señor Antonio al ver que Olivares callaba y se ponía en pie.

—Pues nada más tengo que deciros.

—Doctor, las indicaciones que habeis hecho...

—Yo no soy más que el médico... He cumplido mi deber; os dejo fuera de peligro, y nada tengo ya que hacer aquí. Si en algo puedo servirlos...

—Esperad.

—Con mucho gusto.

—Mi cabeza es un caos.

—Se despejará cuando hayais dormido otra vez.

—Decís que al Escorial volvéis.

—Sí.

—Conoceis á la viuda de Alfonso de Vargas...

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ella.

—¿Cuándo?

—La víspera de mi desgracia. Estuve en el Escorial sin otro objeto que el de visitarla, porque su esposo fué el mejor amigo de mi padre, y ella mi amiga también. Hablamos de mi situación.

—Sabeis mucho, caballero.

—Quizás demasiado.

—Sí, porque hay secretos que son peligrosos.

—Los peligros no me importan cuando cumpla mi deber. Milagrosamente acabo de salvarme de una muerte cierta, y dispuesto me teneis á morir otra vez por la causa de la justicia.

—Resulta, pues—dijo sencillamente el doctor—que conoceis á don Pedro de Carvajal, á don Juan de Guevara, al conde de Noringens...

—¡Doctor!...

—A la viuda de Vargas y á su hija...

—Y al señor Felipe de Maldonado.

—Está bien.

—Y también conozco á una desgraciada niña que se llama Consuelo, y cuya madre se llamó Rosalía, así como su padre se llama...

Se interrumpió Quirós.

—Nada de eso me importa—dijo Olivares.

—Pero yo quiero decirlo.

—Me parece que os molestaréis en vano, puesto que...

—Doctor, escuchadme por si acaso no volvemos á vernos.

—Sí, nos veremos.

—Ahora que nadie más que Dios nos escucha os diré que temo salir de esta cama para ir...

—A la hostería de maese Bonifacio.

—Quiera Dios que no os equivoquéis.

—Y luego iréis por vuestra propia voluntad á dar las gracias al rey.

—¡Vol!...

—Vos, porque así es justo, y así os conviene, y si Dios no os ilumina cuando habléis con su majestad...

—Quedaré muy comprometido, ya lo se.

—Aunque hemos de vernos más de una vez, si os empeñáis en hablar ahora...

—Esa infeliz mujer y esa pobre niña que perdió á su madre y que es el fruto de la más infame seducción, vivía en el Escorial con su abuelo, un pobre anciano que tenía una cantina.

Se contrajo la frente de Olivares.

El señor Antonio añadió:

—Si podéis averiguar lo que ha sido de esos criaturas infelices, haréis un gran beneficio.

—¿Tampoco tiene padre esa niña?

—Sí; pero el miserable no piensa en ella.

—Vive.

—Es don Juan de Guevara.

—¡Don Juan!—murmuró Olivares.

—La suerte del abuelo y de la nieta puede haber sido horrible.

—Tal vez.

—Vuestro corazón es noble, y...

—Haré cuanto me sea posible.

—Y os suplico que á la viuda de Vargas le digais lo que me ha sucedido.

—Descuidad.

—Ya he concluido, doctor.

—No habeis dicho poco.

—He querido imitaros.

—Haced un esfuerzo de voluntad y recobrad el sosiego.

—Y las fuerzas que necesito para castigar al villano traidor que ha querido asesinar me.

—No hagais tal, caballero, porque de hacer justicia se ha encargado ya el rey.

—La justicia de Felipe II...

—Habeis de verla.

El señor Antonio hizo un gesto de duda.

Olivares se despidió y salió del aposento, yendo á la cámara de don Luis, y diciéndole:

—No puedo esperarme hasta la hora de comer.

—¿Con tanta prisa queréis poneros en camino?

—Es que antes he de ver á don Diego.

—Entonces...

—Mucha discreción, don Luis, mucha discreción, porque este asunto es más delicado de lo que parece.

—Viéndolo estoy.

—Nada más puedo deciros, pero conmigo contad para cuanto os ocurra.

—Gracias, doctor.

—Y en cuanto á vuestra hija...

—¡Oh!...

—Que siga tomando el medicamento que receté.

—Y el sosiego, la calma, la tranquilidad de espíritu —, dijo con amargura don Luis.

—Vos haréis lo que bien os parezca.

—Ignoráis una circunstancia...

—No quiero conocerla.

—Como dentro de unos días no será un secreto para nadie...

—Don Luis, pensad que en esta ocasión no puedo ser más que el médico.

—Mi hija me ha anunciado su resolución de encerrarse en una celda.

Fijó Olivares una mirada intensa en don Luis y le dijo:

—Peor para vos si tal hace doña Luz.

—Doctor...

—Lo digo, porque como no tenéis más que esa hija, cuando os encontréis solo...

—¡Oh!...

—La determinación es grave y me parece que debéis darla á conocer á su majestad... Que Dios os guarde, don Luis.

Así pusieron término á la conversación, que no había sido menos extraña que la sostenida con Quirós.

Inmediatamente encaminóse Olivares á la vivienda de don Diego de Pantoja.

—¿Qué noticias me traéis del herido?—preguntó el alcalde apenas vió al médico:—¿Me verá obligado á ir otra vez al Escorial?

—No, á menos que sea para otro asunto.

—¡Gracias á Dios!

—Respondo ya de la vida del herido.

—¡Ahl!...

—Se ha salvado después de una crisis muy peligrosa.

—De manera que ahora podrá declarar...

—Sí.

—Pues hoy mismo...

—Don Diego, suponed que sois torpe.

—Extraña suposición.

—Nada perdeis por hacerlo.

—Pues bien, lo supongo.

—Y vuestra torpeza ha sido causa de que ni habéis entendido bien á su majestad, ni habéis tenido acierto para adoptar en este asunto la resolución conveniente.

—Sería una gran desgracia que eso hubiese sucedido.

—O sería una gran fortuna.

—No lo entiendo.

—Me explicaré con más claridad.

—Os escucho.

—Como nada resultaba contra ese desgraciado á quien pusisteis preso, le habéis devuelto la libertad.

—Y una vez que ha recobrado la razón el herido, le tomo declaración.

—Sí; pero como sois torpe, en vez de hacerle cierta clase de preguntas, le hacéis otras.

—Cada vez entiendo menos.

—La torpeza consistirá en preguntarle su nombre y si conocía á sus asesinos. A lo segundo os contestará negativamente, porque es verdad que no los conocía.

—Entonces debo...

—Seguir cometiendo torpezas y dar por terminado el acto y esperar con paciencia á que el tiempo y las circunstancias descubran á los criminales.

—Eso sería...

—Una torpeza, ya lo he dicho.

—Y mi responsabilidad...

—Ninguna, don Diego, porque alguna vez se equivocan los hombres, y puesto que tantas pruebas habéis dado de vuestro celo por el cumplimiento de vuestros deberes, de vuestro amor á la justicia, nadie ha de poner en duda vuestro deseo de averiguar quién es el autor de este crimen.

—¿Y luego?

—Haríais lo que conviniese.

—Verdad es que todo eso sucedería, y que el crimen quedaría impune por ahora si yo cometiese una torpeza; pero...

—Si no la cometéis...

—Acabad.

—He hecho suposiciones y nada más, don Diego.

El alcalde quedó muy pensativo.

Había comprendido al fin que el doctor le daba un consejo provechoso ó más bien una orden de Felipe II.

Sentía que lo colocasen en tan crítica situación.

—¡Por Dios vivo!—exclamó.—Mucho temo que este negocio me proporcione más de un disgusto.

—Todo depende de vuestras torpezas.

—Entiendo; pero es el caso...

—He concluido, don Diego...

—¿Y cuándo volveréis al Escorial?

—Dentro de una hora, que es el tiempo que necesito para comer.

—Voy á decir una tontería.

—Como nadie nos oye...

—Pero quizá os reiréis de mi candor.

—No tengo la costumbre de reirme.

—Pues bien, quisiera ser invisible, seguidos, entrar con vos en la cámara real...

—Y escuchar al rey.

—Sí.

—Nada conseguiríais como no fuese encontrar la oscuridad donde ahora veis algún rayo de luz.

—Todo es posible, porque Felipe II...

—Aún no lo conocéis.

—Me parece que sí.

—Pues entonces...

—Verdad es que si cualquiera lo hubiese escuchado cuando conmigo habló estos últimos días...

—Nada hubiese comprendido.

—Yo he tenido que adivinar, y ahora abrigo el temor de haberme equivocado.

—Tranquilizaos, don Diego, porque ninguna torpeza habéis cometido.

—¡Ah!...

—Por eso es más fácil que ahora os equivoquéis.

—Y por eso también habéis hecho esas suposiciones...

—Sí.

—Entiendo, entiendo.

—Me alegro mucho.

—Sois mi mejor amigo, doctor.

—Dicen que soy egoísta, que no tengo corazón, que...

—La envidia, la ruin envidia.

—Os dejo, si nada tenéis que mandarme.

—Vos habéis de disponer de mí á vuestro antojo, porque deseo ocasiones para demostraros mi amistad y mi gratitud.

—Como ningún favor me debéis...

—Doctor, hablemos con claridad: habéis venido para darme un consejo que puede serme muy útil, para hacerme advertencias...

—No, pues es preciso que sepáis que nunca doy consejos, porque no quiero responsabilidades.

—Y, sin embargo, para favorecerme...

—Estáis equivocado.

—Perplejo me tenéis hace poco y calculando lo que más me convenía hacer para librarme de compromisos.

—¿Y ahora?...

—Ahora no vacilo, doctor.

—Os felicito, porque no hay nada tan peligroso como las dudas y vacilaciones.

—Decidle al rey que soy su vasallo más leal, su criado más fiel y que aquí me tiene esperando á que me honre con sus mandatos, y en lo demás de este asunto...

—No es menester que nada se le diga.

El buen alcalde, que efectivamente estaba muy caviloso antes que fuese el doctor, dejaba ver en su semblante la alegría.

Con verdadero entusiasmo rogó á Olivares que lo acompañase á comer; pero el médico no aceptó, pretextando que aún tenía que dar algunas órdenes á su criado para que las cumpliera mientras él tomaba algún alimento.

Estrecháronse la diestra.

Como los mejores amigos del mundo se despidieron y separaron.

—¡Ah!—exclamó el alcalde cuando sólo estuvo.—El doctor Olivares vale mucho, y es tan buen cortesano como médico. No tiene corazón, ni conciencia, ni nada que se parezca á la conciencia ni al corazón; pero me ha hecho un gran beneficio, y aunque no obedece á más impulsos que los de su conveniencia, tengo la obligación de estarle agradecido. Ahora comeré con tranquilidad, y luego iré á tomar declaración al herido.

Al alcázar real fué Olivares.

Comió frugalmente, como siempre lo hacía.

Una hora después, y á pesar de que el calor era sofocante, salió de la corte en compañía de su fiel criado.

CAPITULO LXV

EL REY SIGUE HACIENDO JUSTICIA

Para el doctor Olivares no había ya misterio en cuanto se refería al señor Antonio de Quirós.

Con rara habilidad y sin pedir explicaciones á nadie, había conseguido que unos y otros le hicieran revelaciones de la mayor importancia.

Lo que el doctor supiese debía saberlo también Felipe II, presentándosele así una ocasión más para hacer justicia.

De todo ello resultaba un crimen más cometido por don Juan de Guevara, y otra víctima en la infeliz Consuelo, cuya situación era la más triste, sin que pudiese abrigar esperanza de suerte más risueña.

Al Escorial volvió Olivares, según ya hemos dicho, y con el monarca tuvo una conferencia que duró más de una hora.

Nunca, ni para el más grave negocio de Estado, habíase ocupado tanto tiempo el rey, y los cortesanos que más cerca estaban, hicieron muchos comentarios sobre aquella entrevista.

Tranquilo, indiferente, entró en la cámara real el médico, y lo mismo salió; de manera que fué inútil que los cortesanos se tomasen la molestia de mirarle el rostro.

Algunos, con más atrevimiento del que debían, le dijeron:

—Doctor, ya sabemos que habéis hecho un nuevo milagro salvando la vida al caballero misterioso que herido fué junto á Santo Domingo el Real.

—Sí—respondió Olivares—, ya lo considero fuera de peligro.

—Y la curación tiene muchísima importancia, puesto que permitirá conocer á los autores del crimen.

—Lo dudo—dijo Olivares.

—Para que el herido se encuentre mucho mejor, como vos aseguráis, es preciso que haya recuperado la razón.

—Por completo.

—¿Y quién es?—preguntó uno de los cortesanos, creyendo que el doctor tendría forzosamente que responder sin rodeos.

Empero no contaba con la astucia de Olivares, que se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia, y dijo:

—No lo sé.

—¿Acaso no ha dicho su nombre?

—Supongo que lo dirá cuando el alcalde se lo pregunte.

—Pero vos...

—No me he cuidado de semejante cosa. Lo que para mí tiene interés es el pulso, la enfermedad; pero el nombre... Llámese Juan ó Pedro, esto nada influye en la organización.

—Sin embargo...

—Me encontré con un hombre que agonizaba

y apelé á extremos recursos que debían salvarlo ó matarlo más pronto. Dios ha querido que suceda la primera. Me regocijé, experimenté una satisfacción sin igual, y... Lo confieso, sentí halagado mi amor propio. En seguida, cumpliendo mi deber, he venido á dar parte al rey.

—Como habéis conversado tanto tiempo con su majestad...

—Sin duda no tenía otra cosa que hacer; me ha pedido muchas explicaciones, porque le pareció extraño el caso, y me ha sido preciso hablarle de medicina tan minuciosamente como habla el maestro cuando enseña. Es un capricho como cualquiera otro.

—Su majestad debe haber extrañado que no os cuidéis de preguntar su nombre al herido.

—El rey discurre mejor que vosotros, señores, y sabe muy que lo del nombre de ese desgraciado no es cosa mía. Yo soy el médico, y de medicina me habló, así como al alcalde le hablará de lo que corresponde á la justicia. ¿Habéis visto nunca que su majestad le hable á nadie de asuntos que son de la competencia de otro? Mentira parece que conozcáis al gran Felipe II.

Después de estas palabras nadie se atrevió á replicar.

No quedaban convencidos los cortesanos; pero tuvieron que callar.

Desde aquel momento tuvo doble interés el herido, y su curación, ó más bien su desconocido nombre, fué el objeto de todas las conversaciones. No hay que decir que don Juan de Guevara supo todo esto.

Pensó que su rival ocultaba su nombre para evitar el compromiso en que había de verse con don Luis, y que doña Luz guardaba el secreto también por la misma razón.

Algo tranquilizaba esto al criminal, pues aunque siempre quedaba para él el peligro de que el señor Antonio quisiera vengarse, no le espantaba esto tanto como la cólera del rey.

Esperaban todos que otra vez fuese el alcalde al Escorial; pero se equivocaron.

Con sorpresa vieron que el rey se olvidaba ó parecía olvidarse de aquel asunto, pues no se ocupó más que del no menos grave de los trabajadores, y á todas horas hablaba de la paralización de las obras y de los medios que debían emplearse para remediar el mal.

Al día siguiente llamó al alférez á quien ya conocemos, y que seguía ocupado en recorrer los alrededores persiguiendo á los fugitivos.

No sabemos qué clase de preguntas hizo el monarca al soldado; pero sí que éste de buena ó de mala gana tuvo que hablarle del suceso en que habían representado el principal papel Consuelo y el veterano Antón.

Escuchó Felipe II el relato, y sin demostrar lo que sentía, le dijo al alférez:

—Cuando vuelva con su protegida el veterano Antón Cañamero, le diréis que del Escorial no se mueva sin haberme visto.

—Señor—dijo tímidamente el alférez—, si vuestra majestad me concediese una gracia.

—¿En qué consiste?

—En escuchadme algunas observaciones.

—Decid.

—Reconozco que Antón olvidó hasta cierto punto sus deberes; pero ha prestado servicios de muchísima importancia.

—Ya lo sé.

—Además...

—Acabad.

—No me atrevo...

—He dicho que acabéis.

—Perdóneme vuestra majestad... Estoy obligado á pagar una deuda: Antón Cañamero me salvó la vida en Flandes.

El monarca levantó la cabeza, fijó una mirada penetrante y daminadora en el soldado, y le dijo:

—El que paga sus deudas es porque tiene amor á la justicia... Sois capitán.

—¿Señor!...

—Hago justicia.

—¡Ahl!...

—Salid, capitán, y tened entendido que vos me respondéis de que vendrá Antón Cañamero cuando pueda separarse de su protegida... Que Dios os guarde.

Y al decir esto Felipe II se levantó y salió por una puertecilla.

En algunos momentos no pudo moverse el soldado.

Estaba aturdido.

¿Era capitán!

Esto le parecía inverosímil.

Se pasó las manos por la frente.

Dudó si soñaba.

De la cámara salió, y sin cuidarse de los cortesanos que había en los demás aposentos, exclamó:

—¡Viva el rey!

Todos lo miraron con extrañeza.

El nuevo capitán salió.

—¿Está loco ese hombre?—decían los caballeros que por allí se encontraban.

No estaba loco; pero sí trastornado por la alegría.

Más que un acto de justicia, parecía un capricho injustificable lo que ababa de hacer el rey.

No hacía Felipe II nada en balde; conocía los antecedentes de aquel hombre y quiso hacerlo suyo en cuerpo y en alma.

Había de llegar un día en que el gran tirano recogiese el fruto de aquella semilla, que parecía echada á la tierra locamente.

Tres días después volvió al Escorial Antón Cañamero con su protegida, de la que ya hemos dicho que recobró la salud, gracias á sus pocos años, á su vigorosa organización y á los cuidados cariñosos y paternales del veterano.

Como el capitán no había perdido de vista al buen Antón, pudo cumplir la orden del monarca.

—Conmigo vendréis—le dijo el capitán al veterano.

—¿Y adónde?

—A ver á su majestad.

—¡A ver al rey!...

—Así lo ha mandado.

—Estáis loco.

—Eso creí cuando de repente me concedió el empleo de capitán.

—¡Vive Dios!...

—¿No habéis reparado?...

—¡Mil truenos!...

—Sí; capitán soy, y por el rey daré la vida.

—Me aturdis.

—Su majestad sabe todo lo que sucedió aquel día en el Castañar.

—Empiezo á entender; os ha premiado porque quisisteis prender á la pobre huérfana, y como yo me rebelé y la protegí...

—Todo es posible, señor Antón; pero yo juraría, y en confianza os lo digo, que el rey no ha llevado á mal lo que habéis hecho.

—El veterano hizo un gesto de duda.

Su entrecejo se arrugó.

—Si soy capitán á vos os lo debo.

—Claro es, porque mi rebeldía...

—No es eso.

—Pues entonces...

—Le dije á su majestad que me habíais salvado la vida en Flandes, y que esto me obligaba á recordar vuestros buenos servicios, y me res-

pondió: "Pagar las deudas es tener amor á la justicia... sois capitán".

—Ya no lo entiendo.

—Sigo pagando la deuda al hablaros con tanta lealtad, y os aconsejo...

—No haré más que una cosa, decirle á su majestad lo que siento, y si le desagrada, que me ahorquen y que Dios proteja á esa pobre niña. Siempre he dicho la verdad y quizás por eso no he conseguido hacer fortuna, y como ya soy viejo, no puedo cambiar.

—Mucho sentiré que tengáis un disgusto.

—Gracias.

—Vamos á ver al rey.

—Yo mismo iré, sin que os toméis la molestia de acompañarme.

—Pues no os detengáis, y en vuestra palabra fio.

—Descuidad.

No hay nada que tanto valor infunda como la vejez y la tranquilidad de la conciencia, y sin embargo, la vejez es la debilidad.

Los más valerosos y más serenos temblaban cuando habían de presentarse á Felipe II, y el pobre Antón, que nada representaba en el mundo, entró en la morada real con la calma más completa.

Diciendo que iba en cumplimiento de una orden del rey, pudo llegar hasta una antecámara donde había algunos caballeros de la real servidumbre.

—¿Qué queréis?—le preguntaron con desdén.

El veterano levantó la cabeza con un si es no es de orgullo, y respondió:

—Ver al rey.

—Pues vuestro deseo...

—Y he venido porque me ha llamado.

—Vuestro nombre.

—Antón Cañamero.

—¡Ahl...

—Si no puedo entrar...

—Sí, sí..., esperad un momento.

Un gentil hombre fué á dar aviso al rey, y pocos momentos después entraba el veterano en la cámara real.

Allí, en pie, y adonde apenas había luz, encontrábase el doctor.

El monarca estaba sentado junto á la mesa.

—Acercáos—dijo.

Cañamero obedeció.

Lo miró Felipe II por algunos instantes, y el valeroso Antón, sin saber si cometía una falta

de respeto, en vez de inclinar la cabeza, la levantó más y sostuvo aquella penetrante mirada.

Quizás era el primer hombre que había tenido el atrevimiento de hacer semejante cosa.

—Bien—dijo el monarca, como si hablara para sí—, muy bien.

Se dulcificó la expresión siempre severa de su semblante, y añadió:

—He sabido que hacéis una obra de caridad, amparando á una huérfana.

—Sí, señor, he cumplido mi deber. Me he batido cien veces y tengo el cuerpo lleno de cicatrices, pero... En fin, señor, he cometido muchas faltas en mi vida, soy un desdichado; pero eso de que me llamen cobarde...

—¿Y quién ha puesto en duda el valor de uno de mis soldados?

—Yo no lo sé; pero como son muchas las personas que rodean á vuestra majestad, y cuando vuestra majestad da una orden...

—Siempre se cumple.

—Tal vez—dijo Antón con la ruda franqueza que lo caracterizaba, y que entonces podía costarle muy cara.

—¿En qué os fundáis para dudarle?

—Señor, yo no sé si los trabajadores han hecho bien ó mal, porque eso no es cuenta mía. Si se han rebelado, claro es que hay que perseguirlos y hacerlos entrar en razón, y esto lo es mandado por vuestra majestad.

—Porque quiero hacer justicia.

—Pero estoy seguro de que vuestra majestad no ha mandado que hombres como yo, después de haberse batido en Gravelinas y San Quintín, anden por esas montañas y esos bosques degollando mujeres y niños... Pues qué, ¿vuestra majestad es Herodes?... ¡Oh!... Encontramos una mujer, y querían que yo emplease mi espada contra ella... ¡Mi espada!—exclamó indignado Cañamero.—La he honrado en las batallas y con la sangre de hombres valerosos, y antes que deshonrarla, que mancharla con un acto de cobardía ó de alevosía, me dejaré matar mil veces. Una cosa es hacer justicia, y otra es lo que haciéndose está. Al Escorial he venido porque me dijeron que había desdichados que contra el rey se rebelaban; pero después... Señor, no acierto á explicarme, porque soy muy rudo. Sucedió que encontramos á un pobre viejo que acababa de morir de cansancio y de hambre, y á su lado estaba una niña infeliz, su nieta, y mis compañeros querían ultrajarla, y asesinarla, y yo... ¡Vive

el cielol... Para que hubiesen tocado á un solo cabello de aquella pobre niña, menester hubiera sido que antes me hiciesen cien mil pedazos. No, vuestra majestad no ha mandado que se ultraje á las mujeres, que se dé muerte á los niños, que se asesine á los viejos, y como eso no lo ha mandado vuestra majestad, y aunque lo mandase... ¡Ohl...

Se interrumpió el veterano.

Brillaban sus ojos con el fuego de la indignación.

¿Quién hubiera dicho á Felipe II lo que el pobre Antón acababa de decir?

El rey volvió la cabeza y cruzó una mirada con Olivares.

Luego dijo:

—Yo he mandado que se haga justicia, y los que tienen que cumplir mis órdenes me darán cuenta de su proceder. Si esa niña no es criminal, bien habéis hecho en defenderla, y si desamparada había quedado, noble ha sido vuestro proceder al ampararla.

—Bien sabía yo que vuestra majestad aprobaría mi proceder.

—¿Cuántos años tenéis, buen Antón?

—Ya he cumplido sesenta.

—Vigoroso estáis aún; pero las fatigas de la campaña...

—No puedo soportarlas ya, señor.

—¿Qué recursos os quedan para vivir?

—Algunos míseros ahorros con los que me ingeniaré para que me produzcan un pedazo de pan.

—¿Y con eso habéis pensado atender á las necesidades de la huérfana?

—Si otra cosa no tengo...

—Pero yo, como premio por vuestros servicios, os señalo una pensión de cien ducados al año.

—Señor...

—Necesito saber dónde habitáis en la corte, pues según tengo entendido, á la corte pensáis ir.

—Allí me queda, heredado de mi padre, una casita en el arrabal de San Martín.

—Pues esperad mis órdenes sin impacientaros aunque pase mucho tiempo.

—Señor, tanto me honra vuestra majestad...

—Quiero hacer justicia... Decid á la pobre huérfana que me intereso por su suerte y que la protegeré si no se separa del camino de la virtud... Que Dios os dé salud, buen Antón.

Y al decir esto el rey, volvió la cabeza y se le acercó el médico.

Comprendió el veterano que debía salir, y así lo hizo sin pronunciar una palabra más.

A la posada volvió.

Lo esperaba allí Consuelo, que no estaba completamente tranquila.

—Alégrate—le dijo Antón—: el rey no ha mandado que degüellen á los infelices que andan fugitivos, y le ha parecido muy bien que yo te proteja.

—¡Gracias, Dios mío!

—Ha dicho más, mucho más, pues me ha señalado una pensión de cien ducados anuales, de manera que podremos vivir muy bien, y ha prometido hacer algo en tu favor.

—Si pudiera encontrar á mi padre...

—No pienses en él, no abrigues ninguna esperanza, hija mía, porque según lo que me has contado, tu padre ocultó su nombre, y debe ser uno de esos hombres desalmados, uno de esos caballeros que se complacen en seducir á las infelices mujeres, y ya no debe acordarse de ti, ni siquiera de tu pobre madre.

—¡Madre mía!—exclamó la joven.

Y algunas lágrimas brotaron de sus ojos.

Todo aquel día lo pasaron en el Escorial.

No hay que decir que los acompañó el soldado joven que tanto se interesaba también por Consuelo.

A la mañana siguiente, cuando apenas amaneció, se encaminaron á Madrid para instalarse en la casita del arrabal.

Entre tanto, Felipe II daba las órdenes más terminantes para que se respetase la vida de los fugitivos, salvo el caso de que hiciesen resistencia con las armas.

Ya era tarde.

Los desdichados trabajadores que quedaban con vida, convencidos de que les esperaba la misma suerte que á sus compañeros, habían empezado á organizarse, formando un verdadero ejército, que recorría las poblaciones cercanas, viviendo á costa de sus pobres habitantes.

El motín, que ninguna importancia tuvo en un principio, empezaba á tomar el carácter de una rebelión muy trascendental y podía convertirse en una guerra civil si algún hombre de elevada posición, audaz y ambicioso se ponía á la cabeza de aquel pequeño ejército cuyos individuos habían de ser por necesidad héroes que antes que declararse vencidos consintiesen morir.

¿Qué medios había para someter á unos hombres que no habían de hacer más que esa guerra de escaramuzas y emboscadas, de sorpresas, de golpes tan atrevidos como inesperados en un terreno escabroso, que palmo á palmo conocían, y en espesos bosques don de era muy difícil descubrirlos?

Ya no se trataba solamente de la paralización de las obras, sino de aquel estado de agitación, cuyas consecuencias podían ser las peores para la autoridad de Felipe II.

Era éste demasiado sagaz y previsor y no podía ocultársele el peligro de aquella lucha provocada por una arbitrariedad injustificable.

Combatir era difícil, y ceder era desprestigiar el principio de autoridad.

Llegaron al monarca noticias de que los sublevados formaban pequeños cuerpos para recorrer el país, sin perjuicio de unirse y presentarse en crecido número cuando se viesen atacados fuerzas superiores.

Se habían proporcionado armas.

La artillería era completamente inútil en aquellas escabrosidades, y tampoco podía maniobrar la caballería.

En aquellos senderos, apenas practicables en el interior de los bosques, no podían desplegarse grandes cuerpos de soldados.

Los rebeldes contaban también con la protección de casi todos los habitantes de aquellas aldeas, que estaban descontentos porque muchos de los bienes comunales que disfrutaban, debían pasar á la comunidad de Jerónimos del monasterio que se edificaba.

No se apuraba fácilmente Felipe II, y sin embargo apurado se vió entonces.

Consultó con algunos de sus cortesanos, y como ninguno le presentaba una solución que conciliase todos los intereses, acudió al Consejo de Estado.

Este alto cuerpo se ocupó del asunto con la urgencia que el caso requería; pero no pudo informar tan pronto como se necesitaba, y hubo ocasión para que los fugitivos, ya ordenados, organizados, tomasen la ofensiva.

Hubo encuentros de mucha consideración, y el rey tuvo el disgusto de saber que sus tropas habían sido derrotadas alguna vez, viéndose obligadas á retirarse.

Por fin, y conforme con la opinión del consejo, Felipe II, no sabemos si de mala ó de buena gana, firmó el indulto incondicional de los re-

beldes, fundándose en que la justicia estaba satisfecha con la expiación de los que habían muerto y lo que habían sufrido los demás.

Las cartas reales con el indulto fueron á todas las poblaciones de aquella comarca, dándoles la conveniente publicidad.

Nada se consiguió, porque las últimas desgracias estaban muy recientes y los fugitivos no habían satisfecho su sed de venganza.

Decían aquellos infelices que no necesitaban perdón, porque ninguna falta habían cometido, sino que pedían justicia, porque estaban agraviados.

Afortunadamente para el monarca, no tenían aquellos desdichados un jefe, una cabeza que los acabase de organizar y que diese prestigio á la rebelión.

La falta de prestigio era para ellos mayor desgracia que la de otros elementos que les parecían más necesarios.

Atreviéronse alguna vez á llegar muy cerca del monasterio, y algunos proponían destruir lo que se había edificado.

Para que se vea la fuerza incalculable que tienen las ideas de cada siglo, haremos observar que ni un solo grito se oyó entonces contra el monarca.

Verdad es que la culpa de cuanto sucedía se la echaron al príncipe de Évoli y otros cortesanos; pero á ninguno le ocurrió gritar contra el monarca que tales abusos consentía y no castigaba á sus autores.

El rey continuaba siendo una persona sagrada para los sublevados.

Enviáronse emisarios para que aconsejasen pacíficamente á los fugitivos; pero éstos contestaban que no se someterían sin que hiciese con Ruy Gómez de Silva y con otros señores lo que habían hecho con ellos, es decir, que los entregasen al verdugo.

Esta condición era inaceptable.

Caviló Felipe II, y no sabiendo ya qué hacer para que terminase aquella situación tan violenta como peligrosa, escribió á Juan de Herrera, recordándole nuevamente la orden que le habían enviado para que volviese al Escorial, y encareciéndole la necesidad de que así lo hiciese con cuanta prisa le fuese posible.

Un correo partió para Valladolid, donde entonces se encontraba el célebre arquitecto.

Llevaba el correo la orden de reventar caballos sin ninguna consideración.

Entre tanto decía Felipe II:

—Lo que no pueden hacer los soldados, ni el indulto, ni las amenazas, lo hará Juan de Herrera. Ya sé que tendré que tolerar que me diga lo que yo no quisiera oír; pero algo ha de costarme la terminación del motín y la continuación de las obras del monasterio.

No se equivocaba el rey.

Juan de Herrera, que era un pobre á pesar de todo su talento, debía ser escuchado por los trabajadores rebeldes, que lo respetaban y amaban como puede amarse á un padre.

Recibió Juan de Herrera la carta del rey.

Dos veces la leyó.

Desplegó una sonrisa irónica.

—Ahora me necesita—murmuró—, y me llama, y me suplica... Iré, porque lo sucedido no tiene remedio, porque pueden evitarse mayores desgracias, y porque es preciso que se termine esa obra donde ha de quedar grabado mi espíritu y mi nombre.

Reflexionó Juan de Herreta y le dijo al mensajero:

—Podéis descansar y partir cuando bien os parezca, que yo cumpliré con la prontitud que debo las órdenes de su majestad.

Desde aquel momento Juan de Herrera estuvo triste y preocupado.

También él amaba á los trabajadores como un padre ama á sus hijos.

—Sin esos hombres—decía—, ¿cómo terminaré la obra? ¿Acaso todos sirven para secundarme? Algunos de ellos valen tanto como yo, y serían capaces de levantar el monasterio si hubiesen estudiado tanto como yo, si se les hubiese dado los medios de desarrollar su inteligencia.

No exageraba.

Como acababa de decir, hasta por conveniencia quería cumplir la orden.

Pocas horas se detuvo para preparar su viaje.

Cuando llegó al Escorial, sin cuidarse siquiera de cambiar por otra limpia su empolvada ropa, se presentó al monarca.

Conozcamos ahora al célebre arquitecto.

CAPÍTULO LXVI

DE CÓMO TUVO EL REY QUE OIR MÁS VERDADES

Juan de Herrera tenía la conciencia de lo mucho que valía, y por consiguiente, era mo-

desto y sencillo, sin olvidarse de su dignidad. Algún destello de orgullo se vió en él; pero era el orgullo noble de los que nada deben á nadie, porque todo, lo mismo reputación que fortuna, lo han ganado con su inteligencia, su trabajo, su constancia y sus sacrificios.

Cuando un hombre, después de haber sostenido grandes luchas de haber sufrido mucho y de ser siempre honrado, triunfa y llega á ser algo sin que le ayude la protección de nadie, natural y justo es que se envanezca, y que al compararse á los demás se considere grande.

Un hombre así no adula á los grandes, ni maltrata á los pequeños: con desdén mira á los poderosos, y los infelices desheredados le inspiran el más vivo interés, porque comprende los sufrimientos, las amarguras que tiene que devorar el pobre y desvalido.

Su franqueza era ruda cuando hablaba con los soberbios nobles de aquella época, y les decía grandes verdades demasiado amargas; pero esto no significaba envidia ni despecho, sino dignidad, porque comprendía que las consideraciones que muchos le guardaban no eran demostraciones de respeto al hombre que vale, sino miramientos forzados al que por el rey era distinguido con particular atención.

Además de todo esto, había la seguridad que Juan de Herrera tenía de que era necesario para la realización de la gran obra, de que no podía sustituirsele, y he ahí por qué se atrevía alguna vez á hablar á Felipe II como nadie le hablaba.

Cuando cerca del Escorial estaba y vió en las orillas del camino algunas cabezas de los infelices trabajadores que habían muerto á manos del verdugo, sus nobles sentimientos se sublevaron contra aquellas crueldades, y sintió lo que no es posible concebir.

Algunos de aquellos trabajadores eran verdaderas notabilidades, y sin ellos no hubiera podido Juan de Herrera hacer muchas cosas de las que hoy se admiran en el monasterio. El arquitecto podía concebir grandes cosas; pero necesitaba otra inteligencia que lo comprendiese y la mano que lo ejecutase.

Lo habían, pues, privado de auxiliares que lo secundaban con acierto, y de amigos á quienes amaba mucho.

La frente de Juan de Herrera se contrajo, y su mirada sombría se fijó en aquellos restos de los infelices á quienes podía considerarse mártires.

Alguna vez se humedecieron sus ojos, y lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas.

—¡Ah!—exclamó con voz ahogada.—Si no tuviésemos la esperanza de una justicia infalible en el otro mundo, ¡qué amarga sería la vida!... ¡Oh!... El gran rey, el que al dictado de justicia aspira...

Se interrumpió, entreabrieron sus labios y desplegó una sonrisa amarga.

Se entregó á reflexiones las más tristes y se sintió con valor bastante para cumplir sus deberes, aunque hubiera de sacrificarlo todo.

El estado de su ánimo en aquellos momentos no tiene fácil explicación.

Y antes de que se hubiesen borrado aquellas impresiones tan desagradables, se presentó al monarca.

Este lo recibió con las palabras más agradables.

Lo necesitaba, y por consiguiente lo trataba bien. Lo mismo hubiese hecho con los infelices trabajadores si previese el resultado de su rigor y sus arbitrariedades.

—Os agradezco mucho que hayais venido tan pronto—dijo el rey.

—Señor, he cumplido mi deber, y por consiguiente, nada tiene que agradecerme vuestra majestad.

—¿Sabéis que nos encontramos en muy grande apuro con esa gente inquieta que tan desatentadamente se rebeló y olvidó sus más sagradas obligaciones? Si aquí hubiéseis estado, habierais sufrido mucho.

—Ya me han dado noticias de los tristes sucesos que han costado tanta sangre y que han de producir las peores consecuencias; pero no he podido hacer más que dirigir súplicas al Omnipotente para que perdone á los que han sido causa de tantas desdichas.

Estas palabras, sencillas al parecer, envolvían mucha intención, eran una acusación terrible contra Felipe II.

Inteligencia le sobraba al gran tirano para comprender lo que su arquitecto acababa de decir; pero en vez de darse por aludido replicó sencillamente:

—Y quién creéis que es de todo esto el culpable? Porque yo he meditado, mi buen Herrera, y más de una vez he pensado que alguien debía tener interés en producir estos conflictos, y que por consiguiente había una mano oculta que no he podido descubrir.

—No soy de esa opinión.

—Debe haber envidiosos de vuestra gloria, y esos envidiosos harán cuanto sea posible para que no se concluya la gran obra que ha de ser un monumento que recuerde vuestro nombre.

Juan de Herrera, sin miramiento alguno, se encogió de hombros.

—Hay un indicio, una circunstancia para creerlo así—añadió el rey—, y son las voces que han esparcido con la intención más ruin, dando á entender que vos preparásteis el ánimo de los trabajadores y los alentásteis para que hiciesen lo que han hecho.

Otra vez se encogió de hombros el arquitecto, desplegó una sonrisa desdeñosa y dijo:

—Eso no vale nada.

—Es absurdo, ya lo sé, porque vos mismo no habíais de levantar obstáculos para la realización de una obra que os inmortaliza; pero si prueba que tenéis enemigos alevosos, y teniéndolos, debe creerse que ellos son los autores de las desgracias que deploramos.

—Repito, señor, que mi opinión es distinta.

—Quiero conocerla.

—Antes necesito saber si son exactas las noticias que me han dado, porque á no serlo, desaparecería el fundamento de mis apreciaciones.

—Amotinados invadieron mi morada los obreros, atropellaron la guardia, la desarmaron y gravemente hirieron á algunos de los soldados.

—¿Y en qué se fundaban para hacer todo eso?

—Así reclamaban el pago de sus jornales, y como era justo darles lo que habían ganado, aquella misma noche se les pagó.

—Todo quedaba concluido, puesto que más no pedían.

—Os equivocais, Herrera; porque otra deuda quedaba sin pagar, la del motín, la invasión de mi real morada, el atentado contra los alabarderos que custodiaban mi persona, la falta, en fin, de respeto á mi autoridad.

—Sobre ese punto, señor, diré también mi opinión, porque vuestra majestad quiere conocerla, y con franqueza hablaré, porque no sé mentir.

—Sí, en la situación en que nos encontramos conviene decir lo que se siente, la verdad desnuda.

—Así lo haré.

—No podían quedar sin castigo los autores del motín, porque mi autoridad se hubiera desprestigiado, y cuando mandé proceder contra

ellos, se declararon en abierta rebelión, hicieron armas contra los soldados y se esparcieron por los bosques y montañas, cometiendo toda clase de tropelías.

—Veo que son exactas las noticias que me han dado.

—Se les ha perseguido...

—Y muchos han sido ahorcados.

—Algunos, sí.

—Y otros acuchillados en estas cercanías.

—Y también han muerto muchos soldados, porque los rebeldes hacen resistencia con las armas y luchan hasta triunfar ó morir.

—Tienen el valor de la desesperación.

—Eso es.

—Ahora se organizan y forman un ejército.

—Y yo, para evitar nuevas desgracias, y considerando que ya han sufrido bastante, les he otorgado perdón; pero no se someten, sino que piden el castigo de los que ellos llaman culpables, ó lo que es igual, quieren ver ahorcados al príncipe de Eboli y á otros caballeros de mi servidumbre.

—Señor, ha de permitirme vuestra majestad que recuerde algunos antecedentes.

—Hacedlo, aunque nada he olvidado.

—Esos hombres que con tan buena voluntad y tanta inteligencia me secundaban, esos hombres que hasta con entusiasmo trabajaban en la gran obra que ha de dar á los siglos venideros idea de la grandeza de Felipe II y de sus sentimientos piadosos, no recibían el precio de su trabajo. No hago mención de las retribuciones mezquinas con que se paga lo que casi no tiene precio, y fijaré la atención solamente en la situación en que llegaron á encontrarse.

—Fué apurada, ya lo sé.

—Sus hijos les pedían pan, y no podían dárselo. No es posible concebir, ni siquiera aproximadamente, lo que debe sentir un padre cuando sus hijos le piden pan y no lo tiene. Los veían extenuarse, y la debilidad produjo en muchas mujeres y niños enfermedades que los llevaron al sepulcro. ¿No debían sentir esos hombres destrozada el alma? Y todos sabemos que esta clase de sufrimientos y amarguras engendran las ideas más negras. Cuando el hombre tiene satisfechas sus necesidades y es feliz, lo ve todo de distinta manera que cuando sufre: en el primer caso, no hay ante los ojos más que colores bellos y parece que todo nos sonríe; pero en el segundo todo es negro, es horrible y, además, la vida nos parece

carga insoportable, porque en realidad no es más que un tormento.

—Discurrís bien, lo cual no me sorprende.

—Los cantineros, que el más rico era en realidad un pobre, les fiaron á los trabajadores cuanto tenían; pero este recurso se acabó también. A mí acudieron para que yo reclamase y pintase su triste situación, y cumpliendo mi deber hice las reclamaciones con insistencia.

—Nada de eso he olvidado.

—Dinero había, señor.

—No mucho, y otras atenciones urgentes.

—¿Hay mayor urgencia que la de alimentarse?—replicó enérgicamente Juan de Herra.

El monarca empezaba á sentirse contrariado; pero disimulaba y dijo:

—Ello es que, bien fuera por falta de orden ó por otro motivo cualquiera, no pudo calcularse bien si había para pagar á los obreros.

—Cualquiera que fuese la causa, el resultado era el mismo, que se morían de hambre y que algunos desfallecieron mientras estaban trabajando, y hubieran muerto si yo no acudiese en su auxilio, dándoles una parte de mi propio alimento. Y mientras esto sufrían y tenían la virtud de resignarse, los grandes señores gastaban el oro á manos llenas, y se presentaban á ellos con un lujo deslumbrador y los miraban con desdén.

—Demasiado lejos vais.

—Tal vez, señor; pero si no examinamos bien las causas, no podremos apreciar los efectos.

—Pero si tengo buena memoria y no he olvidado nada, ¿para qué recordar todo eso?

—De otro modo no acierto á explicarme.

—Continuad, pues.

—Yo les aconsejaba la paciencia; pero con mi consejo no se alimentaban.

—Y debísteis temer lo que ha sucedido.

—¿Por qué he de negarlo?

—Y puesto que con franqueza hemos de hablar, debéis decir que apresurásteis vuestro viaje para libraros de muchos compromisos.

—Es verdad, señor.

—Erais la única persona cuya influencia pudo evitar el conflicto, y esto lo sabíais muy bien.

—Había otra influencia mayor que aquí se quedaba.

—¿La de mi autoridad?

—La del dinero, porque pagando se evitaba todo. Llegó un momento en que ni fuerzas para trabajar tenían; vieron moribundos á sus hijos y

extenuadas á sus esposas, y como sus reclamaciones pacíficas y respetuosas no fueron escuchadas, reclamaron en alta voz, á gritos. Si las súplicas eran inútiles, forzosamente habían de apelar á las amenazas. Pidieron justicia y se les negó, y entonces, desesperados, trastornados por el dolor y la amargura, decidieron pedir la justicia á vuestra majestad.

—¿Y para eso se amotinaron?

—Llegaron á la morada del rey, se les negó la entrada, y porque insistieron, la espada de un soldado brutal cayó sobre la cabeza venerable de un anciano. El hijo del anciano cumplió su deber castigando al que á su padre ofendía, y...

—Muchos detalles conocéis—replicó el monarca con aspereza.

—Cuando se descarga el primer golpe, ¿quién puede evitar los demás? Pero ni un solo grito resonó contra vuestra majestad, y cuando en esta cámara entraron aquellos infelices, sus frentes se inclinaron con el más profundo respeto, y de sus labios no salieron más palabras que las absolutamente precisas para decir que sus hijos se morían de hambre. El motín no es un delito; ¿pero quién lo provocó? Castigo merece quien el delito ejecuta; pero mayor castigo merece el autor. En una pendiente resbaladiza fueron colocados esos infelices, y los empujó una mano imprecable...

—Basta—interrumpió Felipe II.

—Señor, conviene que en claro pongamos quién es responsable de la sangre que tan inhumanamente se ha vertido.

Esto era ya demasiado, y el monarca, que había inclinado la cabeza, la levantó, fijó su mirada penetrante en el arquitecto, y le dijo gravemente:

—Olvidáis, señor Juan Herrera, que habláis con el rey.

—Señor, para responder con acierto, pienso solamente en lo que digo, y no es extraño que me olvide de lo demás.

Hubiérase dejado llevar el rey de los impulsos de su cólera y de su soberbia; pero lo contenía el conflicto en que se encontraba.

Juan de Herrera, el único que podía poner término á la rebelión, y el único, además, que podía concluir la maravillosa obra.

Castigarlo, siquiera amenazarle, hubiera sido una gran torpeza y añadir combustible á la hoguera de la rebelión.

Era inmensa la fuerza de voluntad de aquel

gran tirano, y se dominó hasta el punto de que ni la más leve alteración pudo verse en su semblante de hielo.

—Si yo no os conociese—dijo con la más perfecta tranquilidad—, creería que os rebelabais también; pero os conozco, y sé que cuanto acabáis de decir es una prueba de vuestra lealtad.

—Gracias, señor.

—Yo acepto á los hombres como son, y no como quisiera que fuesen.

—Porque á mí me perdona vuestra majestad, no faltas de respeto, que intencionadamente eran imposibles, sino mi franqueza ruda, porque vuestra majestad sabe que no nací para cortesano.

—Tenéis un gran corazón, y si ahora os habéis dejado arrebatar, es porque lleváis vuestra nobleza hasta el punto de favorecer ante todo al débil, al pequeño, al desvalido.

—Creo que así cumplo un deber. Yo amo á esos hombres, porque me comprenden y me secundan, y así puedo realizar mi obra.

—Y ellos también os aman.

—De su cariño me han dado muchas pruebas.

—Pues bien, Herrera, preciso es que esta situación termine. Medios tienen esos hombres para darnos mucho que hacer; pero ¿qué conseguirán al fin? Yo tendré grandes disgustos; pero en último caso todo lo arreglaré con algunos miles de soldados que ocupen los bosques y montañas, mientras que ellos irán sucumbiendo en la lucha hasta que su número sea tan reducido y su vida tan falta de recursos que no puedan resistir.

—Ciertamente.

—La lucha es estéril para todos, porque no tiene para ellos más fin ni más objeto que satisfacer su deseo de venganza, y esto no han de conseguirlo, pues supone que no creerán que tienen medios para triunfar contra Felipe II.

—No necesito razonamientos para convencerme, señor.

—Emplead vuestra influencia, y habréis hecho un gran beneficio á esos desdichados.

—La emplearé.

—Y yo consideraré que me habéis prestado un gran servicio.

—Y gran satisfacción será para mí si evito nuevas desgracias y restablezco la paz.

—El perdón está otorgado, y mi real palabra les asegura que nadie los molestará si pacíficamente vuelven á sus faenas.

—Que Dios me ayude.

—Os ayudará, porque vuestras intenciones son buenas.

—No me permitiré un momento de descanso, y hoy mismo, en nombre de vuestra majestad, empezaré á trabajar.

—Y los elementos que necesitáis...

—Nada necesito, señor.

—Una escolta...

—No la quiero.

—Me parece una imprudencia que solo os metáis entre esa gente que ya ha perdido la razón.

—Están desesperados, pero no locos.

—Haced lo que bien os parezca.

—Convendría, señor, que vuestra majestad ordenase la suspensión de toda hostilidad, y sería mucho mejor que se alejasen los soldados de los puntos que ocupan.

—Pero si los rebeldes no escuchan vuestros consejos...

—Los escucharán.

—Arriesgamos mucho.

—Nada perdemos, señor.

—¿Tanta seguridad tenéis?

—Completa.

—Podéis equivocaros.

—Con mi cabeza respondo.

—Vuestra cabeza no la quiero más que para concluir el monasterio.

—Manifiesto mi opinión; pero si á vuestra majestad no le parece bien...

—Se hará lo que deseais.

—Pues si otras órdenes no tiene que darme vuestra majestad...

—Ninguna.

La conversación había terminado.

Juan de Herrera salió de la cámara, mientras decía para sí:

—Caro puede costarme; pero he dicho lo que siento, he cumplido mi deber... ¡Oh!... Víctimas inocentes, no puedo devolveros la existencia...

¡Dios premiará vuestras virtudes!

Muy pensativo quedó el monarca.

En pocos días había tenido que oír dos veces lo que le desagradaba mucho; había encontrado dos hombres que sin ninguna consideración y con una audacia inconcebible le dijeron la verdad desnuda.

Mucho sufrió aquel gran tirano, pero preciso le fué resignarse.

Aún no había trascurrido media hora, cuando llamó y dió las órdenes más terminantes para que las tropas que en destacamentos recorrían

las comarcas, volviesen inmediatamente al Escorial, teniendo entendido que nada absolutamente habían de hacer contra los rebeldes, aunque los encontrasen al paso.

Esta orden sorprendió á todo el mundo; pero se cumplió con tanta premura como exactitud, y para comunicarla partieron varios jinetes en distintas direcciones.

CAPITULO LXVII

LO QUE CONSIGUIÓ JUAN DE HERRERA

Aún no hacía quince minutos que se había dejado ver el sol, cuando por uno de los tortuosos senderos que conducían á las pobres aldeas enclavadas en la cordillera que se levanta al Oeste del Escorial avanzaban dos personas.

La que iba delante era un mocetón que no tendría más de veintidós años, de aspecto rudo, labios gruesos, mirada franca y semblante que revelaba una conciencia tranquila y una felicidad suprema.

Su inteligencia debía ser escasa; pero en cambio parecía tener un gran corazón y una conciencia purísima.

Aunque con alguna limpieza, vestía pobremente.

Apoyábase en un grueso bastón lleno de nudos, y de vez en cuando entonaba alguna alegre canción.

Detrás, y sobre una mula de paso, con la cabeza inclinada sobre el pecho, preocupado y sombrío iba Juan de Herrera.

Su cuerpo se balanceaba al compás de los pasos de su cabalgadura.

Como su criado, que era el que iba delante, guiaba, no se cuidaba el arquitecto del camino, ni de lo que á su alrededor sucedía.

Sus pensamientos se adivinan fácilmente.

Iba á cumplir un deber, haciendo un gran beneficio.

¿No debía envanecerse al pensar que pobre y de condición humilde podía hacer con el prestigio de su influencia lo que era imposible para el primer monarca del mundo?

Así se satisfacen las almas sublimes: ésa es la recompensa del verdadero genio.

Siempre sonriendo ó cantando el fiel sirviente, y pensativo el amo, siguieron por una ó por otra vereda, y después de dos horas llegaron á las cercanías de una pequeña población.

En sus alrededores había gran número de los rebeldes fugitivos.

El cuadro que presentaban producía una impresión indefinible.

En sus semblantes pálidos y demacrados pintábase la fatiga, el dolor y todos los sufrimientos.

Sus miradas eran recelosas y sombrías.

Apenas estaban vestidos, porque su pobre ropaje se había destrozado en los días anteriores.

Sin duda reconocieron á larga distancia á Juan de Herrera, porque empezaron á exhalar gritos que no significaban la hostilidad, sino la sorpresa y el contento.

Corrieron muchos y al arquitecto rodearon.

Todos hablaban á la vez, y tantas preguntas le dirigían, que ni daban lugar á la contestación.

—Viene con nosotros—decían los unos.

—Será nuestro jefe—añadían otros.

—¡Viva el señor Juan de Herrera!—gritaban muchos.

—¡Justicia!

—¡Venganza!

—¡Mi padre!

—¡Mis hijos!

—¡Mi hermano!

—¡Muera Ruy Gómez de Silva!

Y tal era la confusión, y la gritería tan atorradora, que el arquitecto tuvo que cruzar los brazos y concretarse á escuchar y esperar á que pasase el arrebato de aquel júbilo, cuyo valor él sólo comprendía.

Si por allí se encontrase Felipe II y observase, ¿no hubiera envidiado á Juan de Herrera, al hombre de humilde condición y que era mirado con desdén por los soberbios señores?

Aquellas exclamaciones se escapaban del alma, probaban amor, verdadero amor, y no podían confundirse con las adulaciones interesadas de los cortesanos.

Por fin empezó á restablecerse la calma y aprovechando Juan de Herrera la ocasión, dijo con voz que revelaba su emoción y su ternura:

—Sosegaos... Apartad... Dejadme para que yo pueda entenderme con uno de vosotros, y si así no lo hacéis, me iré.

Separáronse los infelices trabajadores, quedando uno que parecía ser el jefe de aquel pelotón.

Entonces descabalgó Juan de Herrera, entregó la mula á su criado, se sentó á la sombra que

proyectaba un grupo de árboles frondosos, y le dijo al obrero:

—Acércate... Aquí... Siéntate... Así...

—Señor Juan...

—Escúchame.

El jefe de aquellos infelices era un hábil forjador de atléticas formas.

Por todas armas tenía un enorme martillo, con el que había aplastado más de una cabeza de sus perseguidores.

Revelábase en sus negros ojos la energía de su espíritu, su valor incontrastable y su honradez.

—¡Vive el cielo!—exclamó cuando se hubo sentado.—Me parece, señor Juan de Herrera, que no habéis venido para nada bueno; pero mi obligación es escucharos. En Valladolid estabais cuando se nos ha tratado como se trata á las fieras, y esos verdugos que rodean al rey os habrán dicho que somos...

—Conozco la verdad—interrumpió el arquitecto—, y poco favor me hacéis al creer que me dejo llevar de hablillas de esa gente.

—Como desde luego no os habéis unido á nosotros...

—¿Y para qué he de unirme?

—Para dirigirnos, para alentarnos, para pedir justicia, para luchar hasta vencer ó morir. La guerra está declarada, señor Juan, y ¡por el infierno! que antes que ceder hemos de morir mil veces.

—Bien, muy bien.

—Si hubiéseis estado en el Escorial el día en que nos aconetieron los soldados...

—Ya he dicho que lo sé todo.

—¡Rayos y truenos!... ¿Y para qué habéis venido, señor Juan de Herrera?

—Para cumplir mi deber, porque sois mis mejores amigos.

—Nunca lo hemos dudado.

—Y si no me escucháis, si estáis tan ciegos que la luz no veis, lloraré vuestra desgracia, pero mi conciencia quedará tranquila.

El obrero quedó silencioso y con la mirada fija en el hombre á quien llamaba maestro.

—No os pagaban, y pedísteis á gritos lo que antes habíais reclamado humildemente.

—¿Podíamos hacer otra cosa?

—Cometisteis la torpeza de hacer uso de las manos, y claro es que el rey, siquiera por el prestigio de su autoridad, tenía que castigaros. Cuando tú tienes un aprendiz y le mandas lo

que no debes mandarle, ó en un momento de mal humor lo castigas injustamente, si contra ti se rebela, ¿qué haces? A sabiendas de que cometes un abuso, una injusticia, para que tu autoridad de maestro no se rebaje, lo despedirás ó algo más.

—Sí, pero...

—El rey dede ser el rey.

—Entiendo.

—Invadísteis su morada á viva fuerza.

—Nos moríamos de hambre.

—Pero era preciso castigar la rebelión, y si cuando fueron á prender á los que se creían autores del motín hubiéseis respetado las órdenes del rey, no hubiera sucedido más que imponer alguna pena de encierro por algunos días, de destierro ó cosa por el estilo, para que la autoridad del monarca quedase en su lugar; pero hicísteis resistencia, luchásteis, la sangre corrió, y como en aquellos momentos los soldados representaban al rey, tuvo que imponer un castigo para que su autoridad no quedase malparada.

El obrero se movió como quien no se encuentra bien.

No encontraba razones que oponer á las de Juan de Herrera, y dijo:

—Pero luego, cuando por estas montañas andábamos...

—Os han perseguido como se persigue á los delincuentes. Me dirás que han herido á mujeres indefensas, á niños y ancianos débiles...

—Sí.

—Vosotros heríais y los soldados también, y en esos momentos de excitación y de trastorno, se descargan los golpes sin mirar sobre quién, porque cada cual atiende á la defensa de su vida. En estos pueblos habéis entrado; ¿y qué habéis hecho? Devorar ó robarlo todo... Decidme si eso es justo. Muchos infelices de los que en estas aldeas habitan, no tienen hoy pan, porque vosotros se lo habéis quitado.

—La necesidad.

—Eso es, la necesidad obligó también al rey.

—Ya no podemos retroceder.

—Pues decidme á dónde vais á parar, porque para saber esto he venido. Si algún fin tenéis noble y fecundo, aquí quedará con vosotros y á vuestro lado moriré.

—¡Oh!...

—Pero si á ciegas vais por la senda de los delirios, ¿quién ha de querer acompañaros?

—Señor Juan...

—El rey os perdona, y el perdón rechazáis.

—Pedimos justicia.

—Veamos cuál es vuestro plan. Os organizáis, resistís, derrotáis á los soldados, y Felipe II, cuyo poder es bastante para hacer temblar á todas las naciones del mundo, se causa de tanta agitación, envía un ejército, os rodea, os estrecha, y...

Se interrumpió el arquitecto, desplegó una irónica sonrisa, y luego añadió:

—Si tenéis la pretensión de ser más fuertes que el rey de dos mundos...

—No.

—Entonces sucumbiréis.

—Por la justicia...

—En este mundo la justicia no es como en el otro. Cuando el verdugo ponga fin á vuestra existencia, mientras el pregonero dice que aquel es un acto de justicia que manda hacer su majestad, justicia será para el mundo. Y los que aquí perezcan en la lucha, como rebeldes serán considerados.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Se os otorga una gracia, y vosotros imponéis condiciones... Habéis perdido la razón.

—¿Y si nos entregamos?

—No se trata de eso, sino de un perdón que el rey concede, y no tenéis que entregaros, sino volver al monasterio, donde yo esperaré, y como si nada hubiese sucedido, poneros á trabajar. Pedís la cabeza del príncipe de Eboli... ¡Vive Dios!... Lo repito, locos estáis.

—¿Y los que de nosotros han muerto?

—Pablo, eres un impío.

—¡Yo impío!...

—Sí, porque dudas de la justicia de Dios. Tú lloras por los que han muerto, y las almas de los que han muerto inocentes y víctimas de la arbitrariedad de los hombres, se ríen y gozan de la bienaventuranza eterna.

El obrero inclinó la cabeza y quedó silencioso.

Juan de Herrera prosiguió diciendo:

—Bienaventurados los que tienen sed de justicia, porque ellos serán hartos.

—¡Oh!...

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

—Señor Juan...

—Y grandes serán en el mundo eterno los que pequeños son en este mundo de desdichas, y goces inefables tendrán los que aquí sufren...

¿Acaso no tienes fe en la justicia divina?... Si la fe has perdido, aparta.

El infeliz obrero se sintió anonadado.

Pocos minutos antes hubiera sido imposible someterlo, y con sus dulces palabras lo había subyugado Juan de Herrera.

Verdad es que á éste se le escuchaba sin desconfianza; pero no debe olvidarse que el prestigio lo había conquistado con su inteligencia, con su honradez y su gran corazón.

Silenciosos quedaron por algunos minutos.

Mucho faltaba todavía para terminar la difícil empresa; pero Juan de Herrera no se desalentaba.

Por fin el pobre fugitivo rompió el silencio para decir:

—Yo soy yo, señor Juan.

—Eso no es exacto.

—Me convenceréis; pero...

—Y tú tienes la obligación de convencer á los demás. ¿Por qué te han nombrado jefe? Por algo debe ser.

—Creen que...

—Sí, creen que vales más que ellos.

—Tal vez.

—Y al que más vale, se le escucha, y el que vale menos tiene confianza, ciega fe en las opiniones del que vale más.

—Sí, por eso me habéis convencido.

—Y sobre todo, la verdad tiene una fuerza incontrastable.

—Si mis compañeros hubiesen estado aquí...

—Son muchos y á todos no puede llegar mi voz.

—En fin, yo haré lo que pueda.

—Harás lo que debes hacer, y como estás advertido y por ignorancia no has de pecar, tuya será la responsabilidad de lo que suceda, solamente tuya; una responsabilidad tremenda, entiéndelo bien.

—Lo entiendo.

—Y tú enviarás avisos, órdenes ó recados á los que están á la cabeza de otros grupos, y harás cuanto sea menester. No olvides que á otra vida has de pasar después de esta vida, y allí... ¿Quién sabe si el último desdichado será Felipe II en la eternidad!

El obrero, con toda su fuerza y todo su valor, temblaba.

—Os aguardaré en el monasterio—dijo Juan de Herrera después de algunos minutos.

—¿Y vos responderéis de que con pretexto de la justicia no nos acuchillen los soldados?

—Sí, respondo.

—¿Y ningún castigo sufriremos?

—Ni el más leve.

—Entonces...

—Hoy nadie os persigue, y cuando vayáis al Escorial no veréis más soldados que los que guardan la persona de su majestad.

—Teniendo vuestra palabra, lo tenemos todo.

—Determinad lo que mejor os parezca. De Valladolid he venido sin otro fin que el de protegeros, y ahora...

—No digais más.

—En esa aldea descansaré y tomaré algún alimento, porque casi en ayunas estoy.

—Nada os faltará.

—Me alegraría conocer vuestra resolución antes de partir.

—La conoceréis.

—Pues que Dios te ilumine.

—Os acompañaré y os dejaré en la vivienda de personas de mi confianza.

—Como quieras.

No hablaron entonces más.

Fueron á la aldea.

En una de sus pobres casas se instaló Juan de Herrera.

Por de pronto su fiel criado se ocupó en cuidar de la mula.

Servido fué allí el célebre arquitecto con todas las consideraciones imaginables.

Comió cuanto quiso y lo mejor que había en la aldea.

Esperó y á las dos de la tarde fué á buscarlo el obrero para decirle:

—Por nuestra parte todo está arreglado.

—Os felicito.

—Pero hemos de ver lo que determinan los demás.

—Que hagan lo que quieran; pero su determinación no es un estorbo para que vosotros volváis al camino de la razón.

—Sin embargo, como buenos compañeros...

—Todo tiene su límite.

—Eso es verdad.

—Puesto que decididos estáis, os veré mañana en el monasterio, y si los demás quieren acompañaros, ganarán mucho.

—Ahora mismo voy á partir, y necesito tiempo...

—Nadie te apresura.

—Si no volvieran á incomodarnos...

—Ya he dicho que nada tenéis que temer hasta que adoptéis una resolución, porque he suplicado al rey y ayer se dieron las órdenes para que se retirasen los soldados.

—Hoy no los hemos visto.

—Ni los veréis tampoco mañana; pero des. pues....

—Descuidad.

—Si pasan dos días y no os habéis presentado en la obra, señal cierta será de que os empeñais en morir en estas montañas.

—Bastante hemos sufrido; y bien pensado, ¿qué hemos de hacer contra todo el poder del rey?

—Voy á partir.

—Y nos veremos en la obra, señor Juan, pues si no quieren seguirme, yo iré solo.

—El cielo te proteja.

Se alejó el obrero.

Otra vez cabalgó Juan de Herrera y tomó la vuelta del Escorial en compañía de su criado, que iba más alegre que antes, porque había comido bien y bebido algo más que de costumbre.

Con rapidez avanzaron.

Dos horas después entraba el arquitecto en la cámara real.

—¿Qué habéis conseguido? — le preguntó el rey.

—Cuanto deseábamos, señor.

—¡Ahl...

—Pero conviene que se vayan los soldados, porque mañana ó pasado, lo más tarde, estarán aquí los trabajadores y no quisiera yo que encontrasen á nadie más que á mí.

—Si han de desconfiar...

—Es posible; y además, una mirada, una palabra dicha sin intención, un gesto, puede parecer provocativo por parte de los unos ó de los otros.

—Ciertamente.

—Y encendidos los ánimos como están...

—Comprendo.

—Vuestra majestad determine lo que más acertado le parezca.

—No dormirán esta noche en el Escorial los soldados.

—Señor, mucho me honra vuestra majestad tomando en consideración mis observaciones.

—Todo lo merecéis, buen Herrera.

—Y estoy sobradamente recompensado con la inmensa satisfacción que he de experimentar al

ver á esos infelices trabajando en el monasterio.

—Retiraos á descansar y al amanecer vendréis á verme.

—Y en seguida á la obra, porque tendré mucho que hacer.

Salió de la cámara Juan de Herrera.

Inmediatamente el monarca dispuso que los soldados regresasen á la corte.

Esta orden sorprendió lo mismo que la que había dado la víspera; pero se cumplió sin dilaciones y con toda exactitud.

Juan de Herrera vió coronado sus esfuerzos, porque á la mañana siguiente, y cuando se dejaban ver los primeros rayos del sol, los trabajadores, en grupos más ó menos numerosos, empezaron á llegar al sitio donde se levantaba la maravilla que hoy admira el mundo, y que para nosotros no simboliza más que la negra conciencia del gran tirano que no ha tenido igual.

A los trabajadores los recibía Juan de Herrera como si nada hubiese sucedido, y les daba órdenes y los alentaba para trabajar como siempre lo hacia.

Una hora después, aquel lugar había recobrado la animación que tenía antes de que hiciese justicia Felipe II y se vertiera la sangre de tantos inocentes.

CAPITULO LXVIII

CÓMO EL HIDALGO SALIÓ DE LA CASA DE DON LUIS Y EMPEZÓ Á TRABAJAR

Don Luis de Guzmán no había vuelto á entrar en la habitación donde se encontraba el señor Antonio, y tampoco permitía que su hija entrase.

La dueña, la doncella y otros dos criados eran los que cuidaban al enfermo y lo trataban tan respetuosamente como hubieran podido hacerlo con su señor, pues así lo había dispuesto éste.

No era posible que doña Luz se resignase á estar privada de ver al hombre á quien amaba tanto, y alguna noche, cuando era la dueña la que velaba en las habitaciones del enfermo, y mientras dormía don Luis, los dos amantes hablaban y eran dichosos por algunas horas.

Habían convenido el plan de conducta que les convenía seguir, y estaban de acuerdo en todos los detalles para que los sucesos no los sorprendiesen.

De las mutuas explicaciones que se dieron re-

sultó que pudieron apreciar con exactitud su crítica situación.

Por todas partes les amenazaban peligros; pero no estaban dispuestos á retroceder, sino á luchar valerosamente hasta triunfar ó morir.

Así pasaron los días, y el señor Antonio recobraba las fuerzas con más rapidez de la que hubiera podido esperarse.

Mientras permaneciese en aquella casa podía ver á doña Luz; pero no olvidaba que su dignidad le exigía salir de allí cuanto antes.

Todos los días le preguntaba al doctor Ruano:

—¿Cuándo podré dejar el lecho?

Y el médico respondía:

—Todavía no, porque es preciso evitar una recaída, cuyas consecuencias serían peores que la enfermedad.

Impacientábase el noble Quirós, á pesar de que en aquella casa tenía una felicidad suprema.

Por fin Ruano dijo:

—Mañana dejaréis el lecho; pero os moveréis poco y no estaréis levantado más que dos ó tres horas.

—El tiempo suficiente para trasladarme á mi posada—respondió el señor Antonio.

—Salir á la calle!—exclamó el médico.

—Sí.

—Delirio, delirio.

—Doctor, asuntos muy graves y de los que depende mi porvenir, exigen que yo vuelva á mi casa.

—Antes que todo es la vida.

—Me llevarán en una silla de manos, aunque me parece que no necesito adoptar tantas precauciones.

—Ni aun así, caballero.

—No me detendré.

—Mi responsabilidad...

—A salvo queda con la prohibición terminante que acabais de hacer.

Íntiles fueron todos los razonamientos del doctor. Al día siguiente se vistió el hidalgo.

Sus fuerzas eran muy escasas; pero las de su voluntad compensaban las de su cuerpo.

Después que tomó algún alimento, le dijo al criado que lo servía:

—Rogad á vuestro noble señor que me esuche.

A los pocos minutos entraba en el aposento don Luis.

Su continente era grave como nunca y severa la expresión de su pálido rostro.

Había cumplido su deber, tenía la satisfacción de haber salvado la vida á una criatura; pero desde el momento en que desapareció el peligro, Quirós era para él, si no un enemigo, un hombre con quien no podía tener la amistad que tenía con su padre ni mucho menos.

No es posible explicar cómo se miraran aquellos dos hombres.

El señor Antonio se dominaba mejor y parecía muy tranquilo.

Se había puesto en pie y se sentó cuando lo hizo don Luis.

Difícil era dar principio á la conversación, y sin embargo el amante de doña Luz no vaciló un instante, y con calma perfecta dijo:

—Caballero, os debo la vida. Cuando me socorristeis no sabíais quién yo era; pero estoy convencido de que sabiéndolo hubiéseis hecho lo mismo, y la prueba la tengo en que después de conocer mi nombre me habéis cuidado con más esmero.

—Yo lo olvido todo cuando se trata del cumplimiento de un deber—respondió don Luis.

—Si antes os he respetado porque sois el padre de la mujer á quien amo, con más respeto y con más inmensa gratitud os miro ahora, porque la vida os debo, y el beneficio que me habéis hecho con tan noble interés, voy á pagarlo con franqueza no menos noble.

—Sí, conviene que nuestra situación quede bien deslindada.

—Fuisteis el mejor amigo de mi padre, que en el cielo está.

—Señor de Quirós, no intentéis convencerme de que me dejo dominar por ideas extrañas, por caprichos extravagantes. Cada cual es feliz á su manera, y yo...

—Respeto vuestros caprichos.

—Entonces...

—Creyendo firmemente que harías feliz á vuestra hija, prometisteis su mano á don Juan de Guevara.

No sospeché que don Juan era un hombre ruin hasta el punto de cometer todos los crímenes.

—Supongo que no insistiréis en vuestra resolución, porque no es posible que un hombre tan honrado como vos quiera que su hija sea la esposa de un asesino.

—No, no será su esposa; pero...

—Tampoco mía.

—Jamás, porque á pesar de la nobleza de

vuestra cuna y de vuestras riquezas, mayores que las mías...

—Ningún papel represento en la corte.

—Y algo que es peor, señor Antonio.

—Os lo diré con la franqueza que he prometido: no profeso amor al rey.

—Habéis heredado las ideas de vuestro padre y de vuestro abuelo.

—Sí.

—Las mías son contrarias y lo fueron siempre.

—Y sin embargo érais amigo de mi padre, y bien podía suceder que también fuérais mi amigo.

—Me lo prohíben mis deberes de leal vasallo, y correspondiendo á vuestra franqueza, ahora que nadie nos escucha, os diré que no ignoro, porque así lo habéis declarado cuando delirábais...

—Conspiro en favor de los flamencos.

—¿Y queréis ser el esposo de mi hija!—exclamó don Luis con tono de indignación profunda.

—Desgraciadamente, y según voy viendo, nuestros trabajos no producirán más resultado que el de algunas desgracias; pero si los que han de secundarnos tienen algún juicio...

—Sí—replicó irónicamente el anciano—: tenéis una cabeza juiciosa, una gran cabeza, la del príncipe don Carlos.

—Es un niño loco, ya lo sé, una criatura impresionable con gran corazón; pero que en un momento de arrebato nos perderá á todos y él se perderá también. Por eso acabo de decir que preveo grandes desgracias, porque después de todo caerán en el cadalso algunas cabezas ilustres, morirán á manos del verdugo algunos infelices, y no habremos conseguido más que sembrar y regar con sangre para que algún día nuestros nietos recojan el fruto de la santa causa de la justicia y de la libertad.

—Pues si estais convencido de que nada habéis de conseguir...

—Cumpló mi deber, y Dios dispondrá.

—No, y mil veces no—replicó vivamente don Luis—, no llevarán mis nietos el nombre de quien se rebela contra la autoridad del rey.

—Pero yo haré todo lo posible para que así suceda, y lealmente os lo advierto.

—Así como yo tomaré tales precauciones que no volveréis á ver á mi hija.

—La amo con delirio, y por consiguiente...

—Basta—interrumpió el anciano.—Reconoz-

co la nobleza de vuestro proceder al decirme con franqueza que no dejaréis de amar á mi hija.

—Porque no puedo.

—Y con la misma franqueza os declaro que jamás transigiré.

—Lucharemos, don Luis.

—Pensad que cuento con mi autoridad de padre, que no tiene límites.

—Yo con mi constancia y con mi amor, cuya fuerza es incontestable.

—Y el rey me protegerá.

—¿Y mi valor?

—Puesto que os empeñáis...

—Sí.

—¿Amáis á mi hija?

—Es mi única afección.

—Deseáis su dicha y queréis sacrificarla, destrozando su corazón, hacerla la más desdichada de las criaturas.

—Con el tiempo, y cuando pierda la esperanza de realizar sus locas aspiraciones...

—Su amor es de los que no se extinguen sino con la existencia.

—A pesar de todo eso...

—Don Luis, si de este asunto os hablo no es para haceros cambiar de resolución, y, por consiguiente, después de haber declarado con lealtad que no retrocederé y que lucharé mientras me quede vida, nada más tengo que deciros. Hoy dejaré esta casa, donde agonizando entré y de la que con vida salgo, y á vos os la debo. Por muchas razones nos separa un abismo; pero s mi vida necesitáis...

—Ya sé que no vacilaréis para hacer por mí todos los sacrificios.

—Menos el de mi amor.

—Debéis tener el noble corazón de vuestro padre.

—Como tengo sus ideas.

—Nos hemos entendido, señor Antonio.

—Pues ahora me permitiréis que envíe á mi huésped un aviso.

—¿Para qué?

—Voy á trasladarme á mi morada.

—¡Ahoral...

—Sí.

—Otro día será, porque es preciso que antes acabéis de recobrar las fuerzas. De este asunto me habló ayer el médico, y en vista de sus observaciones me opondré enérgicamente á que hagáis una locura que pueda costaros la vida.

—El doctor exagera.

—Yo debo atenerme á su opinión.

—Nadie mejor que yo sabe las fuerzas que tengo.

—Os engaña el deseo.

—La responsabilidad será mía.

—Señor Antonio...

—Caballero — interrumpió enérgicamente el amante de doña Luz —, mi resolución es firme, irrevocable, y hoy mismo saldré de esta casa.

Convencióse don Luis de que serían inútiles todos los esfuerzos para detener al hidalgo, y le dijo:

—Conste que hago cuanto me es posible.

—He aceptado toda la responsabilidad.

—Sca, y que Dios os proteja. A vuestro huésped no lo necesitáis, porque á vuestra disposición pondré una silla de manos y mis criados os acompañarán. Esto es lo último que puede hacer por vuestra salud, y de otra manera no saldréis de mi casa.

—Acepto con gratitud.

—Voy á dar las órdenes necesarias.

—Esperaré.

—Don Luis salió del aposento.

El señor Antonio continuó grave y en apariencia tranquilo.

No era posible que se odiaran aquellos dos hombres, y casi puede decirse que don Luis se esforzaba para mostrarse indiferente y severo con el amante de su hija.

Diez minutos después volvió el caballero.

Su palidez era más densa.

Su rostro estaba violentamente contraído

—La silla espera—dijo.

—Vamos pues.

El señor Antonio miró por última vez aquel aposento donde tanto había sufrido y tanto había amado.

¡Cuántos recuerdos dejaba allí!

También se hizo más densa la palidez de su rostro.

Las conmociones que experimentaba podían perjudicar mucho su salud.

—Por aquí—dijo el señor de Guzmán—, porque no quiero que de mi casa salgáis sin despediros de mi hija.

—¡Ahl...

—Aún no me conocéis, señor Antonio: vuestro padre sí me conocía, y no se sorprendería.

—Sois un hombre extraordinario.

—Es que por nada en el mundo olvido mi deber.

Entraron en la cámara de doña Luz, que ya estaba prevenida.

Hubo algunos momentos de silencio, que el hidalgo rompió para decir gravemente:

—Doña Luz, voy á salir de esta casa, donde no tengo derecho á entrar otra vez, y quiero declarar que debo la vida á la generosidad sin límites de vuestro noble padre y á vuestros cuidados. Que Dios os bendiga y...

—Caballero, mi buen padre ha cumplido sus deberes como siempre los cumple, y yo no he tenido que hacer ningún sacrificio, porque he satisfecho los deseos de mi corazón. A Dios le debéis la vida, solamente á Dios, que ha querido salvaros para que pueda brillar la justicia. Idos en buena hora, no olvidéis que sé cumplir mis juramentos, los juramentos que pronuncié ante esa imagen de la santa Madre de Dios.

—El tiempo os dirá cómo sé cumplir los míos.

No hablaron más que para saludarse ceremoniosamente.

De la cámara salieron don Luis y Quirós.

Bajaron.

En el anchuroso portal de la casa había una silla de manos, donde entró el amante de doña Luz después de dirigir las últimas palabras de gratitud al noble Guzmán.

Dos criados suspendieron la silla y se pusieron en marcha seguidos por otros dos lacayos.

Al cabo de un cuarto de hora se detuvieron á la puerta de la hostería.

Del dorado vehículo salió el señor Antonio, y sacando su bolsa, que ya sabemos contenía una respetable cantidad de monedas de oro, se la dió á los sirvientes, diciéndoles:

—Que Dios os guarde.

Entró en la hostería.

—¡Dios bendito!—exclamó Bonifacio al ver á Quirós.

—Aquí me tenéis ya.

—Soy feliz...

—Gracias por el interés que os inspira mi salud.

—Venid á vuestro aposento... Todo está como lo dejasteis... ¡Ahl... no podéis comprender lo que he sufrido... Los primeros días de vuestra ausencia, creí que habíais salido de la corte; pero después, cuando supe que estabais herido y que vuestra vida peligraba...

—¿Y cómo lo supisteis?—interrumpió el señor Antonio.

Maese Bonifacio no acertó á responder.

El hidalgo desplegó una sonrisa maliciosa, y añadió:

—Si ahora no estáis muy ocupado...

—No tengo que hacer otra cosa que cumplir vuestras órdenes. Mandadme, pues ocasiones habéis tenido para convencerlos de que, aparte las obligaciones que tengo de servirlos, os profeso particular estimación.

—Eso hemos de verlo muy pronto.

—¿Lo dudáis?

—Ni dudo ni creo, y no llevéis á mal que esto os diga con tanta claridad y franqueza. Sois muy honrado, lo reconozco, tenéis muy buenas cualidades; pero hay circunstancias, hay situaciones...

—En gran cuidado me ponéis, caballero.

—Tranquilizaos, pues ya os he dicho que reconozco vuestra honradez y vuestra lealtad.

Hablando así, llegaron al aposento de Quirós. Entraron.

Sentóse el señor Antonio.

—Ante todo—dijo el huésped—, deseo saber si algo queréis tomar. Estáis muy débil, no podéis negarlo...

—Nada quiero hasta la hora de comer.

—Entonces...

—Escuchadme.

—Con el respeto que merecéis.

—¿Y don Juan de Guevara?

—Hace muchos días que se fué al Escorial, y no ha vuelto.

—¿No durmió aquí la misma noche que yo falté?

—Vino al día siguiente, y con mucho interés me preguntó por vos, y al otro día volvió á preguntar, y opinaba que alguna desgracia os había sucedido. No se equivocó.

—¿Y ha venido alguien á buscarme?

—Nadie, caballero.

El señor Antonio miró á todos lados.

Parecía que uno por uno examinaba los muebles.

—¿Qué buscáis?—le preguntó el hostelero.

—Como me habéis dicho que todo se encuentra aquí lo mismo que lo dejé...

—Y es verdad—dijo maese Bonifacio con voz insegura.

—¿Nadie ha entrado en este aposento?—preguntó el hidalgo mientras fijaba una mirada escudriñadora en el huésped.

Este se turbó.

Pensó que cuando Quirós examinase sus pa-

peles echaría de menos el que se había llevado el alcalde.

Si continuaba asegurando que nadie más que él había entrado allí, claro estaba que él solo sería el responsable de lo que faltaba.

Quizás tenía muchísima importancia el papel que se había llevado don Diego.

¿Y cómo había de atreverse el honrado hostelero á decir la verdad, cuando tan terriblemente le había amenazado el alcalde?

Grande fué su apuro, y mucho mayor porque en realidad no miraba con indiferencia lo que pudiese interesar al señor Antonio.

Era éste uno de esos hombres que tienen el don de hacerse querer, sin que se sepa por qué, así como don Juan de Guevara, sin que tampoco se supiese por qué, inspiraba repulsión.

—¿Por qué no respondéis?—preguntó el hidalgo con dulzura, después de algunos momentos.

—Estaba recordando...

—Si vos habéis guardado la llave de esta habitación...

—Sí.

—Entonces nadie más que vos ha podido entrar aquí, y, sin embargo, no os atreveis á afirmar, ni tampoco queréis negar por temor de que yo os pruebe que mentís.

—Caballero...

—Maese Bonifacio, comprendo perfectamente vuestra situación, y voy á sacaros del apuro.

—¡Ahl...

—Tranquilizaos, que antes que perjudicaros en lo más leve, yo consentiría morir.

—Sois noble y generoso, y...

—Seguid escuchando.

El hostelero quedó silencioso.

—Aquí—añadió el hidalgo con la misma calma y la misma dulzura que antes—, ha entrado la justicia.

—¡Qué Dios me ampare!...

—Y ha examinado mis papeles.

—Esto es horrible... ¿Qué será de mí?

—Ya he dicho que nada debéis temer.

—Pues bien, puesto que lo sabéis, no negaré, me habían amenazado terriblemente si no guardaba el secreto, y...

—Ahora nadie nos escucha.

—Vino un alcalde de casa y corte, don Diego de Pantoja...

—¿Y qué se llevó?

—Un papel.

—¿Y qué os preguntó?

—Muy poco con respecto á vos; pero en cuanto á don Juan de Guevara, me hizo muchas preguntas y á todas contesté la verdad, y le dije que después de vuestra desgracia vino á buscarlo un hombre de muy mala traza, que tiene el labio superior partido.

—¿Firmásteis alguna declaración?

—Nada firmé, ni vinieron corchetes, ni escribano, y para que no me quedase duda de lo que importaba guardar el secreto, me dijo el señor alcalde: "Tened entendido que se trata de un negocio de Estado, y si una palabra decís, si cometéis la más leve indiscreción, á pesar de toda vuestra honradez, os ahorcarán."

—No pensó que yo había de echar de menos el papel que se llevaba.

—Y había de resultar que yo quedase en descubierto ó que os dijese la verdad.

—Don Diego no mentía, pues es muy cierto que de un negocio de Estado se trata.

—¡Misericordia divina!

—Pero como nadie ha de saber lo que me habéis dicho...

—Fío en vuestra generosidad, en vuestra nobleza... Pensad que toda mi vida estoy trabajando honradamente, y que sería muy triste que en mi vejez y por premio á mis sacrificios...

—Recobrad la calma, maese Bonifacio.

—Y de todo esto tiene la culpa el villano que os hirió.

—Lo conozco, y vos también lo conocéis.

—¡Que yo lo conozco!

—Y pagará lo que debe ó dejaré de ser quien soy.

—Dios lo quiera.

—Maese Bonifacio, habéis ganado mucho en mi estimación. No estaré en vuestra casa más que algunos días, porque pienso establecerme en Madrid; pero contad conmigo para todo, y en cuanto á vuestra fortuna, de mi cuenta corre, pues soy sobradamente rico y puedo recompensaros con tanta largueza que no necesitéis trabajar en lo que os quede de vida. Os daré instrucciones por lo que pueda suceder, y en apariencia nuestras relaciones seguirán siendo las mismas que siempre.

—Disponed de mi vida.

—Dejadme ahora, porque necesito descansar y reflexionar.

Solo quedó el hidalgo.

Examinó sus papeles y vió que el que se ha-

bía llevado el alcalde era la carta del conde de Noriengens.

—Es decir —murmuró—, que á estas horas Felipe II sabe más de lo que nos conviene que sepa, y tan comprometido está el conde, que á todas horas debe considerarse amenazado por la muerte.

Creyó el señor Antonio que su deber primero era poner á cubierto á su amigo el conde.

La declaración que tan imprudentemente había firmado, y que se encontraba en poder de la viuda, iría á parar más ó menos tarde á manos del rey.

Si el señor Antonio, haciendo uso de su influencia, conseguía que la señora Ana le entregase aquel documento, don Pedro de Carvajal nada tendría que temer, dando rienda suelta otra vez á su impura pasión, y cometería todos los abusos para realizar sus deseos.

Convenía, pues, que la viuda conservase aquel documento como arma defensiva; pero esto ofrecía el inconveniente de que también el conde de Noriengens quedase comprometido.

¿Cómo conciliarlo todo?

Mucho caviló el noble hidalgo.

Al fin creyó encontrar un medio; pero le sería preciso hacer un viaje al Escorial y sus escasas fuerzas no se lo permitían, y si dejaba que algunos días pasasen, ¿qué sucedería?

Pronto debía volver la corte á Madrid y debía suponerse que Felipe II no dejaría el documento en poder de la viuda; preciso era resignarse.

El hidalgo no le tenía miedo á la muerte; pero tampoco quiso hacer á sabiendas lo que había de poner otra vez en gran peligro su existencia.

Por de pronto, aquel día y el siguiente se ocupó en enviar órdenes á su casa para que á Madrid se trasladasen sus criados.

Tres días después, y no pudiendo dominar su impaciencia, exclamó:

—Al Escorial.

Le hubiera sido imposible hacer el viaje á caballo sin que se abriese su herida, y determinó proporcionarse un coche.

El criado del hostelero debía acompañarlo, por si algo le ocurría en el camino, y al día siguiente á las cuatro de la tarde salió de Madrid.

La noche debía pasarla en la posada que ya hemos dicho había por aquel tiempo á tres leguas de la corte, y al amanecer continuaría su viaje, llegando al Escorial antes de que se sintiese mucho el calor.

¿Conseguiría lo que deseaba?

Era dudoso.

No había previsto un obstáculo que debía presentírsele, obstáculo invencible, á menos que el señor Antonio, olvidando sus deberes, dejase comprometida á la infeliz viuda.

Quiso Dios que ninguna novedad tuviese en el camino.

A las diez de la mañana llegaba al Escorial.

Aquel era el primer día que los trabajadores habían vuelto á sus faenas.

Queriendo aprovechar los minutos, el hidalgo mandó que se detuviese el coche junto al sendero que conducía á la humilde vivienda de las dos pobres mujeres.

Del coche salió.

Avanzó por el tortuoso sendero.

Pocos minutos después llegaba á la casita.

De su desgracia tenían ya noticia las dos mujeres, porque el doctor Olivares había cumplido fielmente su encargo, dándoles la noticia de la desgracia, así como también de que ya podía considerarse fuera de peligro al enfermo.

—¡Ah! —exclamó la viuda al ver al hidalgo.

Y acudió María, y ambas le dirigieron las palabras más cariñosas.

CAPITULO LXIX

LO QUE HIZO Y LO QUE CONSIGUIÓ EL SEÑOR ANTONIO

Con el más vivo interés hicieron mil preguntas las dos mujeres al señor Antonio, y éste les refirió detalladamente los sucesos que habían tenido lugar, y para darles una prueba de confianza, les habló también de su amor y de cuanto se refería al traidor don Juan.

Horrorizáronse aquellas dos nobles criaturas; pero no se sorprendieron, porque ya la experiencia les había enseñado mucho, las había convencido de que los hombres son capaces de cometer ruindades y abusos que no se conciben sino después de haber sido víctima de ellos.

Después que hicieron todos los comentarios á que daba lugar la situación tan extraña como crítica del señor Antonio, éste dijo:

—Viendo estais que secretos no tengo para vosotros y que os considero mis amigas más leales, tan amigas como el desgraciado señor Alonso de Vargas lo fue de mi noble padre.

—Y no os arrepentiréis de haber depositado en nosotras vuestra confianza.

—Ya lo sé.

—Nada os ofrecemos, porque nada podemos hacer en vuestro favor.

—Os equivocais, y tanto es así, que si os hago esta visita sin esperar á que mis fuerzas se repongan por completo, es porque necesito vuestra ayuda para cumplir mis deberes.

—Disponed de nosotras—dijo la señora Ana.

Debemos prescindir de si hacemos bien ó mal en favorecer la causa de los flamencos, pues lo que hay que mirar son nuestras intenciones. De todos los que nos hemos comprometido en esta empresa, unos trabajan por ambición, otros por despecho, y los demás con el noble fin de favorecer la causa de la justicia.

—De los últimos sois vos.

—Y el conde de Noringens es mi leal amigo, y su proceder os parecería justificado si vieseis como él está viendo los horrendos abusos que se cometen en su desdichada patria. Criaturas inocentes son sacrificadas todos los días, y no hay familia honrada que pueda considerarse seguro en el sagrado de su hogar. Lo que es la justicia de Felipe II, habéis tenido ocasión de verlo cuando esos infelices trabajadores, extenuados por el hambre, y viendo morir de hambre á sus hijos, reclamaron lo que era suyo.

—Callad, señor Antonio, y no recordéis los horrores que hemos presenciado. Después de este mundo hay otro, y allí el Omnipotente hará justicia.

—Don Pedro de Carvajal es un miserable, y ni está arrepentido, ni es fácil que se arrepienta; pero de sus alevosías estaréis á cubierto mientras guardéis el documento terrible que puede poner su cabeza en manos del verdugo.

—Ahora disfrutaremos de alguna tranquilidad. Una sola vez hemos visto á don Pedro, y nos saludó respetuosamente; pero en sus ojos...

—Sí, debistes, ver el fuego de sus rencores y de su impura pasión.

—Si yo me hubiese dejado llevar de los primeros impulsos...

—No, no.

—Guardaré el documento, y bien sabe Dios...

—Señora Ana, de lo que pensais y de lo que sentís, nada tenéis que decirme, porque os conozco demasiado bien. Guardad ese papel, porque es vuestra única salvación; pero no se os oculta que algún día puede suceder que el rey os llame, y...

—¡Dios mío! —exclamó la viuda.



—Sí—dijo María—eso puede suceder y sucederá. ¿Por qué hemos de hacernos ilusiones? Señor Antonio, he observado con atención profunda, he hablado de este asunto con el doctor Olivares, y creo firmemente que si el monarca ignora hoy que en nuestras manos se encuentra la declaración, lo sabrá muy pronto.

—No os equivocáis.

—Y como no es posible que su majestad renuncie á castigar á los que conspiran en unión de su hijo...

—Os pedirá el documento, y vosotras...

—Tendremos que entregárselo mal que nos pese.

—Vuestra conciencia quedará tranquila.

—Sí, porque no habremos hecho más que defender nuestra honra.

—Y nada perderá el mundo porque desaparezca don Pedro de Carvajal; pero en ese documento está también la firma del conde, y su cabeza...

—¡Oh!...

—Y el conde es mi amigo, casi un hermano, y su alma es noble como la misma nobleza, y si á manos del verdugo muere sin que yo haya hecho todo lo posible para salvar su vida y salvar de la miseria y de la deshonra á su esposa y á sus hijos, mi conciencia se levantará terrible, y no tendré un momento de reposo, y acabaré por darme yo mismo la muerte para no sufrir. Quizás la suerte del noble flamenco depende de mí...

—Señor Antonio—interrumpió la viuda—, antes que todo es para mí el cumplimiento de los deberes; antes que todo es mi conciencia. ¿Qué me importan las penalidades de esta vida? Son pruebas que me envía el Omnipotente y las acepto con resignación y hasta con regocijo. Amenazada está la honra de mi hija; pero todo lo remediará con morir antes que ceder á las exigencias de ese miserable. Vuestra conciencia os atormentaría si viéseis morir en el cadalso al conde de Norringens... Pues bien, yo sufriría horriblemente si fuese egoísta hasta el punto de sacrificar á vuestro amigo para defenderme.

Mientras esto decía la viuda, fijaba en el señor Antonio una profunda mirada.

En aquellos momentos su continente era majestuoso y tenía algo de imponente y dominador.

No, no era una mujer vulgar.

Su espíritu se había sublimado, y elevándose

á mucha altura sobre las ruindades de la tierra, sentíase con valor para todo.

Admirado la contempló el hidalgo.

María inclinó la cabeza y guardó silencio.

Algunos minutos posaron sin que pronunciasen una palabra, porque sentían demasiado auuellas tres criaturas, y cuando se siente mucho se habla poco.

Por fin la viuda, con el reposado acento que caracterizaba su conversación, y con una sencillez encantadora, dijo:

—Dios ha querido inspirarme... Tengo una idea feliz... Tranquilizaos, mi buen amigo, porque en cuanto de mí dependa nada tendrá que temer el conde.

—Señora...

—A nada se atreverá don Pedro mientras yo guarde la declaración.

—Ciertamente.

—Suponed que ahora rompo el terrible papel: si el señor de Carvajal no lo sabe, seguirá temiendo, y...

—Pero...

—No hablemos más de este asunto: en vuestras manos voy á poner el documento, lo haréis pedazos, y...

—¡Madre mía!—exclamó la joven.

—¡Oh!—murmuró el hidalgo.—¡Alma sublime!

—Señor Antonio, no hemos de dar á las cosas una importancia que no tienen.

—¿Acaso este asunto?...

—¡Bah!—interrumpió la viuda desplegando una sonrisa.—Hemos hecho una montaña con granos de arena. Voy á entregaros el papel...

—Todo puede conciliarse, señora.

—No hay término medio.

—Sí, arrancando el pedazo don le está la firma del conde, el arma seguirá siendo tan terrible como ahora para don Pedro, y salvándose mi amigo, podréis amenazar siempre...

—Perdonad—interrumpió María—; pero es tan grave el asunto, que me permitiré una observación.

—Decid.

—No hemos hecho una montaña de un grano de arena, sino todo lo contrario.

—Soy de vuestra opinión—dijo el señor Antonio.

—Hemos convenido en que más ó menos tarde el rey nos pedirá ese papel, y si se lo entre-

gamos con un pedazo menos, pedazo donde aún se ve que hubo una firma...

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el hidalgo.—¡Soy un estúpido!

Y apretó los puños, y dos centellas se escaparon de sus ojos.

No había pensado en esta dificultad.

Quitando el trozo de papel donde la firma del conde estaba, Felipe II exigiría terminantemente explicaciones y pruebas á las dos mujeres, pues bien vería que éstas habían querido favorecer á uno de los conspiradores.

Si Felipe II sabía que el papel se encontraba en poder de la viuda, no ignoraría tampoco que además de la firma de don Pedro tenía la del conde en aquella declaración.

Para salvar al noble flamenco hubiera sido preciso que su firma desapareciese sin que de ella quedase señal y se viese que intacto estaba el papel.

Hacer esto era imposible.

El señor Antonio quería salvar á su amigo; pero no á costa de las dos infelices mujeres.

Lo que el hidalgo sintió apenas se concibe, y sufrió mucho más porque ya había creído que era cosa fácil su noble empresa.

Mucha era la generosidad de la viuda; pero no era tanta que para salvar al conde aceptase ella el papel de criminal.

Podía ella sacrificarse en un momento de noble arrebató, pero no sacrificar á su hija.

Quedaron silenciosos.

El hidalgo se había puesto en pie y se paseaba mientras cavilaba, buscando un medio para salvar el obstáculo que se había levantado tan repentinamente.

Contrito estaba su rostro, y su mirada era sombría.

De vez en cuando pronunciaba palabras que no podían entenderse.

Así transcurrió un cuarto de hora, que siglo interminable de agonía debió parecerles á las tres nobles criaturas que tanto empeño tenían en hacer el bien y tales obstáculos encontraban.

Los negros ojos de Quirós brillaron al fin.

Empezó á dilatarse su rostro.

—¡Ah!—exclamó—: Dios me proteja, y Dios me dará fuerzas.

—¿Habéis encontrado?...

—Creo que sí... Esperad.

Y sin dar explicaciones ni escuchar más, el señor Antonio salió.

Al verlo entonces nadie hubiera creído que estaba debilitado por la enfermedad de que apenas había salido.

Sus pasos eran firmes, sus ademanes enérgicos, y en sus ojos se revelaba el vigor extraordinario de su espíritu.

Aturdidas quedaron las dos mujeres.

¿Qué intentaba el hidalgo?

Avanzó éste por el estrecho sendero, llegó donde estaba el carruaje y le dijo al cochero:

—Seguid esperando.

Solo, porque en el coche quedó el criado del hostelero, [subió la cuesta, llegó al monasterio, tomó la derecha y fué á parar á la vivienda de don Pedro. A salir iba éste, y se detuvo sorprendido al ver al hidalgo.

—¡Ah!... Vos aquí...

—Caballero, aunque no he recobrado completamente las fuerzas, he venido porque tenemos que hablar de un asunto de mucho interés.

—Pues entrad, que os escucharé con mucho gusto y con la consideración que merecéis. Estáis muy agitado... ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—La temo.

—¿Y puedo seros útil?

—Sí.

—¡Vive el cielo!... Pues entonces, tranquilizaos, porque pronto no os quedará duda de que sé pagar noblemente noblemente mis deudas. Os debo mucho, señor de Quirós; mucho más de lo que pensáis, y mi obligación...

—Obligación tenéis; pero no conmigo, sino con vuestra conciencia, y vuestra conciencia es la que va á decidir.

—Explicaos y después hablaremos del asunto de vuestra última desgracia, del crimen de ese miserable que me vendía, pues tengo que deciros cosas de mucho interés.

—El castigo de ese traidor corre de mi cuenta, y juro que su crimen no quedará impune.

—Me felicitaré.

—Don Pedro, lo que voy á deciros es muy desagradable, y temblaréis si no tenéis mucho valor.

—Señor Antonio, os equivocáis si habéis creído que me hago ilusiones en cuanto á mi crítica situación, pues ya sé que el día que menos lo espere me encerrarán en un calabozo, de donde no saldré sino para ir al cadalso.

—¿Acaso teméis que la viuda, vuestra víctima?...

—No.

—Entonces...

—Pero de tal modo he visto combinarse las circunstancias, que no me considero seguro á ninguna hora.

—Todo puede suceder.

—Quizás el rey sabe que la malhadada declaración se encuentra en poder de la viuda de Vargas, y si se la exige...

—Ella tendrá que obedecer.

—Mientras que el doctor Olivares se encuentre al lado de Felipe II... ¡Oh!... Ese hombre...

—No sin motivo os infunde terror.

—Debe saberlo todo, y creo que también conoce el secreto del crimen de que habéis sido víctima, pues de otro modo no puedo explicarme la extraña conducta del rey.

—Don Pedro—dijo el hidalgo con voz concentrada—, mientras yo me encontraba en la agonia, el alcalde don Diego de Pantoja registraba mi habitación.

—¡Ah!...

—Y se apoderó de una carta que me había escrito el conde de Noringens.

—¡Por el infierno!—exclamó Carvajal, cuyo rostro se cubrió de nerviosa palidez.

—En resumen, poco ó nada dice la carta del conde; pero mucho puede adivinarse por ella, y en último resultado probará que estoy en relaciones íntimas con uno de los personajes que más interés han demostrado por los rebeldes flamencos.

—¡Por Dios vivo!...

—Viendo estais, señor de Carvajal, que mi cabeza...

—Tampoco se encuentra muy segura sobre vuestros hombros.

—Y sin embargo...

—Estais tranquilo, ya lo veo.

—Y algo más, puesto que me ocupo en cumplir mis deberes, y antes que pensar en poner á salvo mi persona, obedezco lo que mi conciencia me manda. Si valor tenéis, don Pedro, si un resto de nobleza hay en vuestra alma, imitadme, y si al fin la negra fatalidad se empeña, moriremos en el cadalso; pero con la conciencia tranquila, mirando con desdén á nuestros verdugos y con lástima al pueblo que espantado nos contempla.

—Sois un hombre extraordinario.

—Soy un hombre como todos, y la diferencia entre vos y yo consiste solamente en que vos no

habéis querido hacer uso de la fuerza inmensa de vuestra voluntad para dominar vuestras pasiones.

—Pero he cometido ya tantos abusos...

—Nunca es tarde para la regeneración.

—¡Oh!...

—Señor de Carvajal, no he venido para predicaros, sino para saber si tenéis valor para cumplir un deber, para ser honrado siquiera una vez en vuestra vida.

—¡Señor Antonio!...

—Y perdonad la dureza de la frase, porque en estos momentos verdaderamente terribles, digo lo que siento sin pensar en lo que digo.

—Proseguid, pues no he comprendido de qué se trata.

—Antes decidme una cosa que absolutamente necesito saber, y respondedme con la misma franqueza que yo os hablo.

—Os lo prometo por mi honor.

—¿Qué haríais si pudiéseis recobrar para hacerlo pedazos el papel que perdisteis?

—¡Oh!—murmuró sordamente don Pedro.

—¿Os dominaríais y dejaríais en paz á esas infelices mujeres que tanto han sufrido por vuestra culpa?

—Señor de Quirós...

—No, no las dejaríais en paz, no dominaríais los arrebatos de vuestra pasión.

—Dudo... No tengo en mis fuerzas completa confianza... ¡Vive el cielo!... De mi espíritu debe haberse apoderado Satanás... ¿Queréis más franqueza?

—Gracias, caballero.

—Y esta franqueza puede costarme muy cara.

—Sí, la vida.

—Honrado queréis que yo sea siquiera por una sola vez...

—Y ahora lo sois. ¿Sabéis por qué?

—Vuestro ejemplo, vuestras palabras...

—No, no son mis amonestaciones las que han hecho el milagro, sino la ruindad de don Juan de Guevara. En su alma habéis penetrado, lo habéis mirado con desdén profundo y con horror, y no queréis rebajaros hasta él.

—Quizás.

—Pero vuestra pasión os domina.

—Loco estoy.

—Y mi conciencia no me permite aconsejar á esas pobres mujeres que os devuelvan la declaración que constituye su defensa.

—No, no deben hacerlo.

—Y vos sospechais lo mismo que yo, que más ó menos tarde el papel puede ir á manos de Felipe II.

—Sí.

—Y como además de vuestra firma tiene la declaración, la firma del conde de Noringens...

—Perdido está el conde, y lo siento, porque si caballeros leales hay en el mundo...

—Uno es el conde, bien lo sabéis.

—Obligado por mí, firmó, y yo no quisiera ser ante mi conciencia responsable de su desgracia.

—Sobre mí no pesa tan tremenda responsabilidad; pero es mi amigo y tengo obligación de salvarlo.

—Difícil lo veo.

—Hay un medio, señor de Carvajal; pero depende de vos.

—De mí...

—Escuchadme con toda vuestra atención, porque llego al punto más interesante de esta conferencia.

—Decid.

—Pensé arrancar del documento el trozo en que está la firma de nuestro noble amigo.

—Buena idea.

—Pero tiene un inconveniente: si algún día, y por desgracia ese papel va á parar á manos del rey, ¿qué responderá la viuda cuando se le pregunte por el pedazo que falta?

Don Pedro inclinó la cabeza y quedó pensativo.

El hidalgo prosiguió diciendo:

—Para salvar al conde sería preciso que su firma desapareciese.

—Sí—murmuró el señor de Carvajal.

—¿Y cómo se consigue esto?

—No lo sé.

—Dios ha querido inspirarme y encontré el medio, que es muy sencillo.

—Confieso mi torpeza.

—Cualquiera que sea vuestra resolución sobre lo que vengo á pedir, el documento quedará en poder de la viuda.

—Es verdad.

—Y si vuestra desdicha quiere que ese documento vaya á manos del monarca, no habéis de salvaros porque también se pierda el conde.

—No.

—Ni habéis de ser tan ruin como don Juan y consolaros con que otros sufran también.

—Sería un consuelo estúpido.

—Si llegáis á morir...

—Sufriré menos si tengo la seguridad de que ha de salvarse nuestro amigo.

—Pues entonces, caballero, tomad la pluma.

—Don Pedro fijó una mirada de profunda extrañeza en el hidalgo.

—¿Para qué?—preguntó.

—Tomad la pluma, señor de Carvajal.

—Ya estáis complacido—dijo el caballero acercándose á la mesa.

—Ahora escribid—repuso Quirós, cuya mirada profunda no se apartaba un instante del criminal.

—¿Y qué he de poner?

—La misma declaración que está en poder de la viuda.

Más de lo que estaba se contrajo la frente del caballero.

Silenciosos quedaron.

Después de algunos minutos el señor de Carvajal se inclinó para escribir.

Cuando hubo terminado, dijo:

—¿Qué más queréis?

—Firmad.

—¿Señor Antonio!

—Si una vez en vuestra vida queréis ser honrado...

—¡Ohl...

—Firmad, don Pedro, y este papel se lo entregaré á la viuda, y el que ella tiene con la firma del conde lo quemaré.

Lo que en aquellos momentos pasó en el alma del señor de Carvajal no tiene explicación.

Inmóvil quedó como si se hubiese petrificado.

Sus manos temblaban.

Con ansiedad creciente lo contemplaba el señor Antonio.

Por fin el criminal, sin articular una sílaba, firmó, arrojó la pluma sobre la mesa y dijo con voz sombría:

—Una vez en mi vida he sido honrado...

—No os pesará.

—Llevaos este papel... ¡Ohl... La cuchilla del verdugo está sobre mi cabeza... ¿Qué me importa?... Tanto sufro, que deseo el reposo de la muerte... Criminal he sido y no me siento con valor aún para dominar mis pasiones; pero no me miréis con el desprecio que debéis mirar á vuestro cobarde asesino, porque cobarde no soy ¡vive Dios!... ¿Sabéis por qué he firmado? Porque no habéis querido obligarme con vuestras amenazas, sino que habéis hablado al resto de

nobleza que en mi alma quedó y que no me sirve más que para hacer doblemente horrible mi martirio. Señor de Quirós, en estos momentos solemnes y cuando nadie más que Dios nos escucha, os digo la verdad: castigo horrible merezco; pero creed que soy más digno de compasión.

—Lo creo y á Dios le pido que os conceda su gracia para volver al camino de la virtud y que yo pueda decir á vuestras víctimas que en cenizas conviertan este papel.

—Puesto que tanta influencia tenéis sobre esas infelices...

—Nada me negarían.

—Que desconfíen de mí, aconsejádsele, que desconfíen—dijo don Pedro con febril exaltación y en tanto que centellas se escapaban de sus ojos—, que desconfíen, porque soy capaz... ¡Oh!... ¡Tengo el infierno en el alma!...

—Don Pedro...

—Para una sola cosa me siento con fuerza y virtud, para nada más, para matarme antes que engañaros, y si algún día os digo que mis extravíos me horrorizan, que he dominado mi pasión infernal y que respetaré á María, creedme y responded de mis acciones. Nunca encontré hombre que me dominase, ni el mismo Felipe II; pero vos... No sé, señor Antonio, no sé... ¡Oh!... Dejadme, porque necesito estar solo, reflexionar...

—Nos veremos más tarde.

—El conde se ha salvado... ¡Ah!... Esta es la primera satisfacción pura que experimento en mi vida.

—Que Dios nos proteja.

No hablaron más.

El hidalgo salió.

En su semblante se revelaba su júbilo.

Encaminóse otra vez á la vivienda de las dos pobres mujeres.

CAPITULO LXX

EL HIDALGO HACE OTRO BENEFICIO

Al entrar en la vivienda de las dos mujeres, dijo el señor Antonio:

—Dios ha querido protegerme y he triunfado.

—¿Qué habéis hecho?—le preguntó la viuda.

—Tomad... Ah! tenéis la declaración de don Pedro por él firmada, solamente por él.

Fijaron las dos mujeres una mirada de asombro en el hidalgo.

Este prosiguió diciendo:

—Este papel es el arma terrible conque amenazáis al señor de Garvajal.

—Pero...

—Se ha salvado el conde, porque me entregaréis el documento que guardáis, y éste lo pondréis en su lugar, y si algún día las circunstancias os obligan á dárselo á su majestad, no encontrará la firma de mi amigo el conde.

Aturdidas se sintieron las señoras Ana y María.

—No lo entiendo—dijo la primera.

—Yo tampoco—añadió la segunda.

—Pues viéndolo estáis; don Pedro ha escrito esta declaración y la ha firmado para que se salve el conde, si desgraciadamente el papel va á parar á manos de Felipe II.

—Ese rasgo de nobleza...

—El señor de Carvajal ha querido ser honrado siquiera una vez en su vida.

—Sin duda le habéis amenazado...

—Entonces nada hubiera conseguido, porque don Pedro no se parece á don Juan, y preferiría mil veces morir antes que doblegarse ante las amenazas. He hablado á su conciencia, ha comprendido sus deberes...

—¡Ah!... Entonces su regeneración...

—No es absolutamente imposible.

—Sois un hombre extraordinario, señor Antonio...

—Dejemos este asunto, que terminado está ya, y ocupémonos de lo que nos interesa.

—Os escuchamos.

—Tenéis dos enemigos y no sé cuál de ellos es más temible.

—Don Pedro y don Juan.

—Al primero le interesa mucho recuperar este papel para verse libre del peligro que á todas horas le amenaza y para poder dar rienda suelta nuevamente á sus pasiones.

—Sí, hará todo lo posible para que este papel desaparezca.

—Y don Juan de Guevara lo quiere también para entregárselo al rey y recibir el premio de su traición. Ambos harán cuanto es imaginable para conseguir sus deseos, y cometerán todos los abusos.

—Eso es indudable.

—Nada han hecho hasta hoy, el señor de Carvajal, porque necesitaba algún tiempo para meditar y combinar sus planes, y el señor de Guevara porque ha tenido que ocuparse ante todo.

de mí; pero la situación ha cambiado, y ya lo que les interesa es apoderarse de este documento terrible.

—Lo ocultaremos donde no puedan encontrarlo.

—No lo encontrarán; pero no os libraréis de los golpes que contra vosotras preparan, y como pueden ser muy horribles las consecuencias, es preciso que os pongáis á cubierto de las criminales asechanzas.

—A ciertas cosas no se atreverán ellos; pero como necesitan auxiliares, éstos, que nada tienen que temer de la fatal declaración firmada por don Pedro, Dios sabe lo que harán y cómo quedaría la honra de vuestra hija.

Las dos mujeres inclinaron la cabeza.

Comprendían perfectamente todo el alcance de lo que acababa de decir el hidalgo y apreciaban con exactitud lo crítico de su situación.

El señor Antonio prosiguió diciendo:

—Hay otras consideraciones que es preciso tener en cuenta: quizás, si don Pedro no vuelve á ver á la que en su pecho ha encendido una pasión tan violenta como impura, quizás, digo, vuelva á razón, y con el tiempo, la reflexión y mis amonestaciones...

—Si eso fuese posible...

—Imposible no hay nada, señora, y aunque no sea probable, bien puede suceder que llegue un día en que don Pedro de Carvajal sea vuestro mejor amigo.

—Pero nosotras no podemos desaparecer.

—¡Que no podéis desaparecer!... Pues es una cosa muy sencilla:

—Tal vez; pero...

—Escuchadme: ¿estáis arruinadas?

—Completamente.

—Cuando llegue el invierno, que á pasos de gigante se acerca, no tendréis ni para cubrir vuestras más perentorias necesidades.

—Por nuestra desdicha, eso es verdad.

—¿Qué haréis entonces?

—No lo sé—dijo tristemente doña Ana.

—Amigos tenéis aquí; pero tan pobres como vosotras, y aunque fuesen ricos...

—No hemos de vivir á costa de nadie, porque antes preferimos morir sin exhalar una queja.

—Cuando llegue el día del hambre, cuando vos veáis sufrir á vuestra hija, como no ha sufrido ninguna criatura, y cuando vuestra hija vea que su madre desfallece...

—Callad, callad.

—Es preciso que hablemos; y sería la mayor de las locuras que nos entregásemos á ilusiones mientras se acerca la espantosa desgracia. Deplorar los males que no tienen remedio, es perder un tiempo precioso, y no prevenirse para la defensa cuando á nuestra vista está el enemigo, es una locura. Si esa realidad espantosa ha de llegar al fin, ¿por qué hemos de empeñarnos en creer que no llegará?

Penosamente suspiraron la madre y la hija.

Tan pronto debía llegar la situación horrible de que hablaba el señor Antonio, que las infelices, desde algunos días antes, y para cubrir sus necesidades más perentorias, no habían tenido más recurso que su crédito.

¿Y con qué cubrirían aquellas obligaciones?

Todos sus bienes consistían en la pequeña casa, de valor insignificante, y en las tierras, que no podían sembrar por falta de recursos.

—Cuando ese día llegue—añadió el hidalgo—, comprenderéis que habéis exagerado en cuanto á los deberes que impone la dignidad, y la madre, impulsada por su corazón, que ante todo le manda preteger á su hija, y la hija sin pensar más que en salvar á su madre, acudiréis, mal que os pese, á un amigo, que sin perjudicar sus intereses, porque muy rico sea, pueda favoreceros. Y ese amigo forzosamente seré yo, puesto que otro no tenéis que reúna tales condiciones.

—Señor Antonio, tan lejos lleváis vuestras suposiciones...

—Tanto como manda la prudencia.

—Confiamos en la misericordia divina.

—No ha de enviaros el Omnipotente una lluvia de oro, y bastante hará si os envía un amigo que os favorezca.

—Pues bien—dijo María—, todo lo que acabáis de decir sucederá, y aunque no iré á pedir una limosna, á vos y á todo el mundo os ofreceré mis manos para trabajar.

—Os colocáis en el terreno de la razón, y no me sorprende, porque vuestra inteligencia es mucha. Ha sufrido horriblemente vuestra madre, los engaños han llenado de amargura su alma, y no es extraño que su espíritu se deje arrebatar hasta las exageraciones, que prácticamente son un imposible. Amigos, más bien hermanos, fueron nuestros padres, y á vos, María, como á una hermana miro, y á vos, señora, como á una madre amo y respeto. El noble Qui-

rós, y el no menos honrado Vargas, se trataban con una franqueza que vosotras me negáis. Comunes eran sus intereses, no había entre ellos tuyo ni mío, y aunque nunca olvidaron la dignidad, y por ser demasiado dignos tuvieron mucho que sufrir, no se les ocurrió la extravagante idea de que la dignidad olvidaban por hacer uso el uno de la bolsa del otro. Sabéis que mi padre tuvo que huir y estar oculto una temporada, y que de tal manera se combinaron las circunstancias, que se encontró sin un maravedí. No se apuró por semejante cosa, porque contaba con su amigo, con vuestro padre, y aunque éste no tenía grandes recursos...

—Mi padre cumplió entonces su deber.

—Y hasta se empeñó para hacer cierta clase de gastos, y debéis saber que al buen Quirós no le ocurrió nunca ajustar cuentas con su amigo Vargas. Así fueron amigos ellos, y una amistad como aquella satisfaría mi corazón, y vosotras me la negáis.

—No, no.

—Ahora tenéis que huir, que ocultaros, y por una u otra razón, os encontráis sin recursos. ¿Por qué no habéis de hacer con el hijo de Quirós, lo que éste hizo con vuestro padre?

El don de persuadir tenía el señor Antonio.

Ni la madre ni la hija acertaron á responder.

—Rico soy, tan rico, que vivir puedo con la ostentación de los grandes señores, y no sé qué hacer con el oro que acumulado se encuentra en mis arcas. En cambio, ¡pobre de mí!, vivo en la soledad más triste, la soledad del alma, sin afecciones, sin más que el amor que profeso á doña Luz de Guzmán, y no para satisfacciones, sino para sufrimientos me sirve, puesto que me obliga á sostener una lucha constante, cuyos peligros son de tal naturaleza, que si vivo es por milagro. De todo esto resulta que al aceptar vosotras mis ofrecimientos, me haríais un gran beneficio, y Dios sabe lo que podríais influir en mi suerte. Si bien os ofrezco, bien os pido en cambio, y como mi amigo sería el señor Felipe, también os ayudaría á pagarme, porque bien se os alcanza que en mi situación necesito á todas horas el auxilio de corazones leales.

¿Qué hablan de decir las dos mujeres?

No tenían réplica los razonamientos del hidalgo, y además estaba la necesidad imperiosa, lo aflitivo de su situación.

—Ahora, decidid—dijo Quirós después de algunos minutos—, y si os equivocáis no tendréis

derecho á quejaros, ni siquiera á pedir al Omnipotente un auxilio que habéis rechazado ya.

—Acepto—dijo la viuda—, y con cariño y con lealtad pagaré el inmenso beneficio que nos hacéis.

—¡Ahl... Gracias, señora, gracias.

—Disponed lo que bien os parezca; pero tened entendido...

—Dejadme hacer.

—¿Adónde iremos?

—A Madrid, y de nadie os despediréis, sino que desapareceréis como desaparece una bocanada de humo. Cuando á la corte lleguéis os encontraréis dispuesta una casa modesta, y una criada que os sirva, no más que una criada. Sobre vuestra desaparición se harán muchos comentarios, y se supondrá que á Madrid habéis ido; pero como es muy difícil encontrar allí dos mujeres que viven retraídas y no tienen parientes ni amigos, si os busca don Pedro de Carvajal perderá el tiempo y el trabajo.

—Pero el rey...

—El secreto se lo confiáis al doctor Olivares, rogándole que á su majestad le participe vuestra determinación; pero nada le diréis de la parte que yo tomo en este asunto, sino que el señor Felipe de Maldonado y su padre tienen medios para proporcionaros trabajo que os permita ganar el sustento.

—Entendido.

—Y yo arreglaré las cosas de manera que nos veamos todos los días sin que nadie pueda decir que en vuestra casa entro.

—¿Y cuándo debemos partir?

—Un aviso mío recibiréis, ó yo mismo vendré y durante la noche emprenderéis el viaje. Según entiendo, el señor Felipe está ya mucho mejor.

—Ha dejado el lecho y muy pronto podrá salir y volver á su casa.

—Y como ya nada tienen que hacer en Valdemorillo...

—A la corte se irán, como todos los inviernos.

—Pues preparaos, porque no han de pasar muchos días sin poner en práctica este plan.

—Sois nuestro salvador.

—Soy el hijo de Quirós, y el señor Alonso de Vargas fué vuestro esposo y el padre de María.

—¡Que Dios os bendiga!...

—No debo permanecer mucho tiempo aquí,

—Voy á daros el papel que está firmado por el conde.

Y así lo hizo la viuda, guardando el otro.

El hidalgo se despidió y salió.

A la posada fué para tomar algún alimento mientras el cochera y el criado comían también.

No le convenía detenerse más que lo absolutamente preciso, porque su presencia podía dar ocasión á comentarios.

Aunque el calor era sofocante, decidió ponerse otra vez en camino.

Al salir de la posada quiso la pícara casualidad que con don Juan de Guevara se encontrase.

La muda escena que entonces tuvo lugar no puede describirse.

Lívido se tornó el semblante del traidor.

Con espanto se fijó su mirada en el hidalgo.

Abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Inmóvil quedó.

El señor Antonio, con una calma terrible, le dijo:

—¿Tampoco ahora me conocéis?

Ni una palabra pudo articular, ni una sola palabra.

—¡Villano!—exclamó el señor Antonio...—Os aplastaría si me dignara poner las manos, siquiera los pies, sobre vuestro inmundo cuerpo... Alejaos, que vuestra presencia me ofende.

Y poseído de pavor y sin darse cuenta de lo que hacía, retrocedió el criminal, dió media vuelta y huyó.

El señor Antonio fué donde estaba el coche.

Pocos minutos después se alejaba por el camino de Madrid.

No había querido ir otra vez á visitar á don Pedro, porque le pareció bien dejarlo reflexionar.

Don Juan de Guevara corrió sin saber hacia dónde, y no se hubiera detenido hasta que le faltase el aliento, si otro caballero no lo encontrase y le dijese:

—¿Adónde váis con tanta prisa?

—¡Ahl...

—Cualquiera diría que os persiguen.

—No; pero...

—Y estáis muy agitado.

—Porque he corrido...

—Y pálido, y...

—No estoy bueno, y á propósito he querido sudar, porque así muchas veces se evita una enfermedad grave.

—¿Y qué noticias corren, don Juan?

—Nada sé.

—La paz se restableció...

—A Dios gracias.

—Me han dicho que su majestad pensaba volver á Madrid.

—Me alegraré mucho—dijo maquinalmente el señor de Guevara.

—Yo también, porque aquí me aburro, y más se alegraría el príncipe de Eboli, porque supongo que no puede ver tranquilamente á los que con tanta insistencia han pedido su cabeza.

—¿Qué le importa eso?

—Verdad es que mientras goce de una influencia que á nadie ha concedido su majestad...

—Así lo aseguran.

—El cortesano desplegó una maliciosa sonrisa, y repuso:

—Son tan seductores los encantos de doña Ana de Mendoza...

—¡Por Dios vivo!—interrumpió don Juan.

—¿Qué os sucede?

—Tales cosas decís...

—Peligroso sería de semejante cosa hablar si todo el mundo no dijese mucho más de lo que diciendo estoy.

—Sin embargo...

—Ya sabéis, don Juan, que yo digo lo que siento, y no quiero ocultar el disgusto que me produce ver el peligro que amenaza de que una mujer, por añadidura demasiado traviesa...

—No puedo escucharos.

—No me escuchéis; pero de seguro pensaréis lo mismo que yo.

Debemos advertir á los que lo ignoren, aunque pocos deben ignorarlo, que doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, era la esposa de don Ruy Gómez de Silva.

Por el tiempo en que tuvieron lugar los sucesos que refiriendo vamos, ya Felipe II sentíase trastornado por los hechizos de aquella mujer, que se hizo célebre, y que sin ser una belleza notable, sino que, por el contrario, tenía muchos defectos físicos, había recibido de Dios ó del diablo el don de fascinar, de enloquecer á los hombres.

Uno de sus defectos estaba precisamente en los ojos, que algo de estrabismo tenían, y sin embargo, su mirada era irresistible, encendía, producía la embriaguez y el delirio.

Esto prueba que no siempre la belleza de la forma es la que entusiasma y enciende las pasiones.

Doña Ana era un demonio, era la encarnación de Satanás, y á sus intrigas se debió el re-

sultado de algunos transcendentales negocios políticos, y tuvo gran parte, la mayor quizás, en la desgracia y en la muerte del príncipe don Carlos, así como debió tener también gran responsabilidad en la muerte, aún no bien explicada, de la reina y virtuosísima señora doña Isabel de Valois, llamada de la Paz, esposa y víctima de Felipe II.

De este último asunto nos ocuparemos, porque no lo hemos tratado en nuestras anteriores obras.

También los extravíos de la célebre princesa fueron la causa de la desgracia ruidosa del ministro Antonio Pérez y de las desdichas inmensas de su virtuosísima esposa doña Juana de Coello y de sus hijos.

El marido de doña Ana, el también célebre Ruy Gómez de Silva, fué un buen hombre, ciego instrumento de su mujer, débil adulador cortésano que se prestó á ejecutar algunos crímenes ó á tener en ellos alguna parte para servir al monarca.

Ruy Gómez de Silva no tenía voluntad propia; era uno de esos desdichados que no merecen más que desprecio.

Así se comprenderá por qué don Juan de Guevara se mostró horrorizado al escuchar lo que el otro caballero decía.

Los dejaremos continuar la conversación que nada de interesante había de tener y veremos en qué se ocupaba don Pedro de Carvajal, cuya situación era en todos sentidos la más crítica, pues además de los grandes peligros que le amenazaban, tenía el tormento infernal de su pasión.

CAPITULO LXXI

DE CÓMO CREYÓ ANDRÉS QUE SU SEÑOR HABÍA PERDIDO EL JUICIO

Una hora después de haberse separado del señor Antonio, don Pedro de Carvajal llamó á su criado y confidente, y le dijo:

—Andrés, estamos cada vez peor.

—¿Otra desgracia?

—Tal vez fortuna; pero ello es que cada día se nos presenta un obstáculo.

—No adivino...

—Es imposible que adivines, porque el mayor de los inconvenientes se encuentra en mí mismo.

—Señor, eso también es incomprensible.

—Y si no te lo explico, no es porque quiera

ser reservado contigo, sino porque hay cosas que no tienen explicación.

—Desde que intentamos el último golpe...

—Me ves muy preocupado.

—Mucho, señor.

—Motivos me sobran.

—Lo supongo; pero...

—Otros negocios muy graves me hacen cavilar.

El criado se encogió de hombros porque nada tenía que decir.

—¿Qué hacen esos bribones que de Madrid vinieron? —preguntó el señor de Carvajal después de algunos minutos.

—Comen, beben, se pasean y aguardan mis órdenes.

—Es decir, que viven á mi costa.

—Porque así lo habéis dispuesto.

—No he querido quejarme, Andrés.

—Ya sé que el dinero no os duele.

—Pues me parece que es inútil que permanezcan aquí.

—¡Señor!...

—Nada podemos hacer, absolutamente nada.

—Si os declaráis vencido.

—Dime lo que harías si un gigante que tuviese mil veces más fuerzas que tú te cogiese por el cuello y sobre el pecho te pusiese una rodilla.

—¡Oh!

—¿Te declararías vencido?

—Señor...

—¿Aún te atreverías á provocar su cólera?

—¡Vive el cielo!

—Y aunque prefirieses morir antes que reconocer tu derrota, si no podías absolutamente moverte, ¿qué habías de hacer?

—Pero esas pobres mujeres...

—Han encontrado un arma terrible y me amenazan.

—¿Que amenazan esas infelices!...

—Y no es eso lo peor, sin que para aniquilarme no necesitan hacer más que pronunciar una palabra, mover la mano, hacer un gesto.

—¡Dios de Dios! —murmuró sordamente Andrés, que ya sabemos que se tomaba la libertad de jurar y maldecir en presencia de su señor.

—Esa amenaza es de tal naturaleza...

—Pues bien, si yo me encontrase en vuestro pellejo.

—¿Qué harías?

—El remedio me parece muy fácil.

—Te equivocas.

—Las inutilizaría para cumplir su amenaza.
 —Eso es impracticable.
 —Suponed que cuando menos lo teman nos apoderaremos de ellas.

—Se vengarían.
 —¿Y cómo habrían de vengarse si estaban encerradas y no veían á nadie más que á vos y á mí?

—Hay otra persona, ó más bien otras, que harían lo que ellas no pudieran hacer.

—Pues esas personas...

—Las inutilizarías también.

—Sin ninguna consideración.

—Semejante intento es un delirio, porque no es posible asesinar ó encerrar una por una á muchas personas, sin contar con que la última, antes de sufrir el golpe, lo habría descargado contra mí.

—Haríamos lo que pudiésemos.

—Apenas desapareciesen esas infelices...

—Antes que tocarlas á ellas nos ocuparíamos de los otros.

—Y ellas entonces vengarían á sus amigos.

—Tantos inconvenientes encontráis...

—Sería preciso descargar el golpe contra todos á la vez, en un momento dado, y estando, como están, en el Escorial los unos, los otros en Madrid, y alguno no sé dónde.

—Siendo así...

—No lo dudes, es imposible hacer eso.

—Pero supongo que no renunciaréis para siempre...

—Todo depende de las circunstancias.

—Lo digo porque esos hombres...

—Para nada los necesitamos ahora, pues aunque mucho me proteja la fortuna, ha de pasar bastante tiempo antes de que se nos presente una ocasión favorable.

—Tendremos paciencia.

—No pueden quejarse, porque han pasado la mejor vida.

—Así estarán siempre dispuestos para servirnos.

—Debes decirles que en libertad quedan.

—Hoy mismo lo haré.

—Y muéstrate dadivoso, recompensándolos con largueza.

—Está bien, señor.

—En cuanto á ti, como no es tuya la culpa de lo que sucede y con lealtad me has servido, tendrás el premio que mereces.

—Si he de decir la verdad, como yo me había metido en este negocio...

—Dejas la lucha de mala gana.

—Sí, señor.

—Andrés, quizá me conviene cambiar de vida.

—¿Cambiar de vida...

—Y á ti también.

—No lo entiendo, señor.

—Quiero decir que tal vez nos conviene la tranquilidad.

—Ahora entiendo.

—Las borrascas de mis goces me traen tantos peligros y sinsabores de tal naturaleza que empiezo á dudar si el goce vale lo caro que cuesta.

—Nunca habéis hablado así.

—Cambios del tiempo, buen Andrés.

—Está bien, señor: si de vida cambiais, yo haré lo mismo.

—Tu tienes aún alguna aspiración.

—Ninguna.

—Sí, la de cambiar de situación, porque te desagradaría llegar á la vejez siendo pobre.

—No es muy halagüeño.

—De mi cuenta corre tu porvenir.

—Señor...

—Y te prometo que saldrás de la triste condición de criado.

—Si habéis creído que soy ambicioso...

—No; pero quiero que hagas fortuna.

—Me honrais más de lo que merezco.

—Cumple ahora mis órdenes y nos prepararemos para volver á Madrid, porque me parece que aquí no permanecerá muchos días el monarca. Después hablaremos y determinaremos lo que más nos convenga.

El criado salió mientras decía para sí:

—¡Mil rayos!... ¿Se ha vuelto loco mi señor?... No lo entiendo... Si así continúa, no tardará en meterse fraile. Quiere cambiar de vida, y quiere también que yo me haga hombre honrado. ¿Por Satanás...? ¿Qué me importa que me ofrezca dinero?... Primeramente no es bastante para satisfacer mi ambición todo lo que puede darme, y además por nada del mundo renunciaré á los goces que puede proporcionarme la vida. El dinero no tiene ningún valor cuando no sirve más que para comer. Lo que pasa empezará á disgustarme. Creo que mi señor exagera al hablar de los peligros que le amenazan, y lo hace así para evitar contestaciones conmigo. Lo dejaré y haré

como que no entiendo, y mientras este diablo de enredo se pone en claro, me ocuparé en preparar lo que más convenga para que se realicen mis deseos.

Con toda exactitud cumplió Andrés las órdenes de su señor.

Aquel mismo día los asesinos á quienes ya conocemos quedaron en completa libertad después de recibir una crecida cantidad para que les quedase buen recuerdo.

Según vamos viendo, el señor de Carvajal no estaba veidamente arrepentido; pero algo había hecho que diese esperanza de que era posible su regeneración.

Si ésta llegaba á ser un hecho, todo se debería al señor Antonio de Quirós.

Los crímenes de don Pedro eran grandes; pero el hidalgo opinaba que es preferible al castigo el arrepentimiento.

No se equivocaban los que creían que el monarca se trasladaría pronto á Madrid, pues al día siguiente dió las órdenes y se hicieron todos los preparativos para emprender el viaje veinticuatro horas después.

Felipe II no había cambiado de conducta; no había hecho nada que llamase la atención de los cortesanos.

¿Y las dos mujeres protegidas por el señor Antonio?

Desaparecieron del Escorial mientras que los cortesanos se preparaban para volver á Madrid.

¿Y el señor Felipe?

Ya había recobrado la salud, según hemos dicho, estaba en el período de convalecencia y se dispuso también á regresar á Valdemorillo en compañía de su padre.

Oportunamente lo veremos, puesto que en esta historia representa un papel de muchísima importancia.

Ahora viajaremos nosotros también y nos estableceremos en la villa tres veces coronada, porque es el lugar donde se preparan sucesos del mayor interés.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO I

TRES QUE HABLAN Y NO SE ENTIENDEN

Lo que es hoy plaza de las Descalzas y de Navalón, calles de Trujillos, de las Veneras, del Postigo de San Martín y parte de la de Precia-

dos, es decir, el espacio que media entre la calle del Arenal y la de Jacometrezo, era entonces un arrabal donde no había más que dos edificios de verdadera importancia y los monasterios de San Martín y el de las Descalzas Reales.

El primero no existe; pero lo hemos conocido, pues hace pocos años que lo arrasó la piqueta de las reformas después de haberle antes mermado sus torreones feudales, de haber demolido su iglesia, revocado sus muros, pintándolos con almazarrón, cambiado sus puertas y hecho otras obras del mismo jaez. Siempre conservaba á pesar de todas las reformas, su aposento sombrío, y bien se veía que había servido de morada á señores feudales.

En la época en que estamos, el monasterio de San Martín se encontraba en todo su esplendor; sus torreones se levantaban imponentes y como provocando el poderío que representaban las torres del Alcázar Real, sus puertas ferradas decían claramente que sus moradores estaban siempre dispuestos á la defensa, y sus alrededores tenían un aspecto que en nada se parecía al resto de Madrid.

El superior de la comunidad gozaba entonces de todos los privilegios, era un señor de horca y cuchillo, es decir, con jurisdicción separada de la común, pues si en el arrabal se cometía un crimen, á nadie le era permitido pronunciar la sentencia más que al señor de aquel territorio, al abad de San Martín.

Aquella comunidad poseía todos los terrenos que constituían el arrabal, y sus pobres casas se concedían, en arrendamiento las unas y á censo las otras, con ciertas condiciones; de manera que los frailes no se desprendían completamente de la propiedad.

Verdad es que Felipe II, que no toleraba ninguna autoridad frente á la suya sin límites, invadió muchas veces el territorio del señorío de San Martín; pero nunca se atrevió á despojar oficialmente de sus privilegios á la comunidad.

Aquellos privilegios debían subsistir hasta que prácticamente hubiesen desaparecido, como así sucedió, pues la población se ensanchaba, y no era posible que en su centro quedase enclavada una potencia, un tribunal, un señor de horca y cuchillo, cuya independencia hubiera producido grandes perturbaciones.

Más ó menos respetada aquella jurisdicción, alguna vez la invocaron sus habitantes en el siglo XVI, y hubo algún conflicto que tuvo que ser

resuelto por el monarca, de la misma manera que se resolvió el problema del nudo gordiano.

Sin orden estaban esparcidas las pobres viviendas del arrabal de San Martín.

A una de estas casas, de un solo cuerpo y con un pequeño corral cercado de tapias medio derruidas, vamos á llevar al lector.

Allí encontraremos tres personas conocidas, Antón Cañamero, la pobre niña á quien tan generosamente socorrió, y el soldado joven que tan vivamente se había interesado por ella.

Del primero nada tenemos que decir, porque estaba como siempre.

Consuelo, aunque había recobrado la salud, revelaba en su hechicero semblante la tristeza más profunda.

Era natural que triste estuviese la joven, puesto que hacía poco tiempo que había visto morir al virtuoso anciano á quien amaba como á un padre.

El soldado tampoco estaba alegre.

No era el dolor lo que su semblante revelaba, sino que parecía sufrir una contrariedad que lo atormentaba mucho.

Leandro, porque este era su nombre, tenía veintidós años, era de regular estatura, admirablemente formado y de una hermosura varonil, que podemos calihcar de notable y rara.

Sus grandes ojos rasgados, negros y sombreados por largas pestañas, tenían unas veces expresión dulce y melancólica, y otras relumbraban con extraordinaria viveza, siendo su mirada penetrante y dominadora.

Su inteligencia podía muy bien apreciarse en su espaciosa frente.

A pesar de su condición humilde y de su situación tristísima y que oportunamente daremos á conocer, había algo de altivez inexplicable en el continente de Leandro, y muchas veces su labio superior se levantaba con un si es no es de desdén que cuadraba muy mal á su pobreza.

Un gran corazón tenía Leandro, una imaginación viva, y lo que era peor, una cabeza llena de ilusiones, un alma henchida de esperanzas que por de pronto no podían proporcionarle más que muchos desengaños.

Cuando lleguemos á conocer la historia de Leandro, nos interesará mucho su suerte.

No tenemos que decir lo que ya hemos indicado, y bien claramente se ha visto que el joven soldado, quizás como última desdicha y la mayor de todas, había enamorado de Consuelo, y

que su amor era una de esas pasiones que sólo pueden extinguirse con la vida.

Apenas se encendió en su pecho aquella llama, empezó á encontrar obstáculos y á sufrir contrariedades como si no fuese posible en ningún sentido la dicha para él.

En cuanto al corazón de la huérfana nada podemos decir, porque ni lo hemos examinarlo, ni examinarlo sería posible en los momentos en que se encontraba sufriendo por la pérdida del que para ella era su padre, y con los recuerdos muy recientes de desdichas inmensas, de amarguras desgarradoras.

De aquellas tres criaturas, la única feliz hasta donde la felicidad es posible para la vejez, era el veterano Antón, pues en pocos días había experimentado muchas satisfacciones, salvando primero á la huérfana y amparándola, oyendo del rey palabras agradables, siendo recompensado con una pensión, y teniendo la seguridad de que aquella pobre niña no había de quedar en una situación tan triste como peligrosa.

El señor Antón, aunque era de carácter áspero, había permitido sonreír algunas veces y decir frases que revelaban su contento. A quien lo conociese bien le hubiera sorprendido que el veterano dejase siquiera por un minuto de ser grave y severo.

Hacía más de un cuarto de hora que reunidas se encontraban aquellas tres personas, y precisamente los que más debían hablar eran los que hablaban menos.

Por primera vez veía Leandro á sus amigos en Madrid, y acababa de saber que era muy cierto lo que se decía de que el monarca había concedido una pensión al veterano, prometiéndole además proteger á la huérfana.

Así, sin saber cómo, encontrábase Consuelo en una situación tan ventajosa como nunca pudo imaginar, y casi debía considerarse rica.

Esto era para Antón Cañamero la suprema dicha, y he ahí por qué estaba muy alegre, tan alegre, que se permitía el exceso de bromea.

Cuando nos permitimos escuchar su conversación, decía Leandro:

—Bien sabe Dios que no he gozado en mi vida como ahora gozo al saber que es verdad todo lo que me dijo nuestro antiguo alférez, ahora capitán sin haber hecho otra cosa que no hacer nada.

—Ha hecho mucho—replicó el veterano.

—Segun el asunto se mire.

—Es hombre agradecido, tiene gran corazón, y si eso no se premia...

—Perdonad, señor Antón; pero desgraciadamente y según lo que en este mundo voy viendo...

—¡Por Dios vivo! —interrumpió Cañamero.— ¿Y qué sabes tú de las cosas del mundo, si has nacido ayer de mañana y hace cuatro días que eres soldado?

—Ciertamente —murmuró el joven mientras desplegaba una sonrisa que tenía tanto de amarga como de irónica.

—De todas maneras, como para recompensar al alférez nada nos han pedido á nosotros...

—Os equivocáis si habéis creído que envidio su fortuna o que encuentro injusta la recompensa.

—Oye lo que te digo, Leandro.

—Ya escucho, señor Antón.

—Por más que digan, el rey nuestro señor es justiciero, y si bien es verdad que se han hecho ciertas cosas con los trabajadores que se amotinaron, verdad es también, porque tengo la prueba, de que la culpa no es de su majestad.

—Que hace justicia, bien lo veo, puesto que á vos os ha dado lo que necesitáis.

—Y me ha hecho feliz, porque hoy podemos vivir muy bien, y á Consuelo debemos considerarla como protegida por el rey.

—Así la considero.

Y claro es que el día que haya de casarse...

—El rey la dotará.

—¿Quién lo duda?

—Es decir —repuso Leandro con voz ligeramente alterada—, que Consuelo es rica.

—Ni más ni menos.

Leandro miró profundamente á la joven.

Esta había inclinado la cabeza y parecía muy preocupada.

Silenciosos quedaron otra vez.

El señor Antón, que á pesar de sus años no podía estarse quieto, se puso en pie, fué de un lado para otro, se acercó á una ventana que daba al corral, y dijo:

—Compraré gallinas, porque serán un entretenimiento, y como nada tenemos que nos incomode, pasaremos la vida con la más dulce tranquilidad.

Luego se acercó á la joven y le tocó en un hombro.

Estremeciéndose la hermosa niña como si la despertasen, levantó la cabeza, y fijó su mirada dulce y melancólica en su protector.

—¿Te gustan las flores? —le preguntó el veterano.

—Sí.

—Pues una parte del corral la convertiremos en jardín, y tú te recrearás con las flores, y yo con las gallinas, y Leandro nos visitará, comerá con nosotros cuando bien le parezca, y los domingos iremos á pasear á la pradera del Manzanares, porque de todo quiero que disfrutes.

—Y porque es preciso —dijo Leandro— que vea el mundo, y que la vean, pues una mujer joven, bonita, y que no tiene más porvenir que el de su casamiento...

—No hables de esas cosas.

—Señor Antón, Consuelo debe aspirar...

—¿Qué te importa? —interrumpió el veterano.

—Porque ahora es rica...

—Mejor para ella.

Y por tercera vez guardaron silencio.

Aquella conversación era forzada.

Cañamero volvió á pasearse.

Después de algunos minutos habló de las flores y de las gallinas, y trazó los más risueños planes.

Los dos jóvenes escuchaban, ó así lo parecía; pero no contestaban.

De vez en cuando cruzaban miradas intensas.

Por fin, el veterano dió nuevo giro á la conversación, diciéndole á Leandro:

—Ahora vais á pasar la buena vida, porque nada tendréis que hacer.

—Según —respondió el joven.

—Estamos en paz con todo el mundo.

—Menos con los flamencos.

—Pero como tú no estás en Flandes.

—Puedo estar, que es lo mismo.

—Para eso sería menester que lo pidiesen.

Leandro miró rápidamente á Consuelo, y después al señor Antón.

Casi repentinamente cambió la expresión del semblante del joven.

Su mirada se tornó sombría.

Su frente se contrajo.

Nerviosa palidez cubrió sus mejillas.

—Puede suceder —dijo— que á mí se me antoje pedir la gracia de que me permitan ir á dar cuchilladas á los herejes flamencos, en cuyo caso no pasaré la vida en la dulce ociosidad de que habéis hablado.

—¿Estás en tu juicio?

—No lo sé.

—¡Cien legiones!...

Consuelo levantó la cabeza.

Con ansiedad angustiosa miró á Leandro.

Este, cuyo espíritu estaba agitado en aquellos momentos por borrasca espantosa, dijo:

—Estoy mal avenido con mi pobreza.

—Ahora salimós con que eres ambicioso.

—Y mucho, señor Antón.

—¡Mil rayos!...

—Me halaga la idea de morir en los campos de batalla.

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo con acento de terror.

—Y si no muero, haré fortuna.

—Tú no sabes lo que es eso.

—Vos tampoco lo sabíais cuando teníais mi edad.

—Y ya ves lo quo he conseguido, tener el cuerpo lleno de cicatrices.

—¿Qué he de hacer en España?

—Vivir tranquilamente como ahora vives, y dejar que los sucesos vengan á buscarnos.

—Me falta la paciencia.

—Pues te digo como lo siento, que me has dejado aturdido. Ahora que tienes amigos verdaderos...

—Ya he dicho que soy ambicioso.

—Leandro, me has respetado siempre.

—Os respetaré toda mi vida.

—Has escuchado mis consejos, y me parece que no tienes motivos para arrepentirte.

—No.

—Pues bien, yo te prohibo que cometas semejante locura, sin consultar antes conmigo. Hace mucho tiempo, y esto no lo ignoras, buscaba yo algo que á mi corazón le faltaba... ¡Vive el cielo!... Como no he tenido hijos... En fin, Leandro, tú debes entenderme. Te encontré, y... ¡Fuego de Satanás!... Después ha querido Dios depararme á esta pobre niña, que Consuelo se llama, y que mi consuelo ha de ser. Con ella ha venido la bendición divina, y la fortuna, y todo me sale á pedir de boca. Ya me consideraba dichoso, y tú, dejándote arrebatar, intentas la mayor de las locuras para que yo vuelva á sufrir. Me parece que tengo razón para quejarme.

El veterano creyó que había sido muy elocuente y había expuesto razones incontestables, y por si acaso algo faltaba, añadió:

—Figúrate que se casa Consuelo con un hombre honrado y que tenga para vivir.

Por un instante brilló en el fondo de las pupilas del joven un fulgor siniestro.

Consuelo tembló, inclinó la cabeza y enrojeció su rostro.

—Pues bien—prosiguió diciendo el veterano—, el día de la boda será un día de felicidad para mí, y me parece que para ti también, porque te has interesado por su suerte, y bien lo has demostrado así. ¿Y quieres privarte de lo que entonces gozarás?... Ahora me parece que tengo dos hijos, es decir, que sois hermanos, y por consiguiente, tú tienes un padre y una hermana, y como el padre es viejo y la hermana muy joven, y como nadie sabe lo que ha de suceder, tu obligación es estar al lado de tu familia, aunque no sea más que para proteger á tu hermana. ¿Me entiendes?

—Sí—murmuró sordamente Leandro.

—El mundo está perdido, y esto yo lo sé mejor que tú, porque soy viejo, y bien puede suceder que algún bribón... ¡Mil rayos!... Todavía me quedan fuerzas para castigar al miserable que intente ofender á Consuelo; pero, al fin, tú eres más joven, y con tus pocos años, y tu viveza, y tu entendimiento, que tienes más que yo, puedes hacer muchas cosas...

—Comprendo.

—Pues si me has entendido...

—Cumpliré mi deber—dijo Leandro con amargura—y protegeré á esta pobre niña...

—Que es tu hermana, ya lo he dicho, y como es tu hermana, os trataréis desde hoy sin ninguna ceremonia, porque yo quiero, porque lo mando así.

No es posible explicar lo que sintieron en aquellos momentos los dos jóvenes.

El señor Antón, más entusiasmado cada vez, dijo:

—Consuelo, ponte en pie.

La huérfana obedeció.

—Tú también, Leandro... Ahora mismo os abrazáis, y yo os bendeciré y os daré el nombre de hijos, y vosotros me llamaréis padre.

Y se humedecieron los ojos del veterano.

Estaba profundamente conmovido.

Consuelo y Leandro tuvieron que abrazarse.

Con desigual violencia latían sus corazones.

Ambos temblaban.

¿Qué sentían?

¡Pobres criaturas!

Como si sangre fuese á brotar, enrojeciéronse las mejillas de la joven.

Relumbraron con el fuego de su intensa pasión los ojos de Leandro.

La garra de los celos destrozaba su alma.

El vértigo de la desesperación apoderóse de su cabeza.

En aquellos momentos estaba loco.

Con fuerza convulsiva estrechó contra su pecho á la encantadora niña, y sintió latir sobre el suyo el sensible corazón de ella.

No era sangre, era fuego lo que entonces circulaba por las venas de Leandro.

Y la niña inocente sentíase ahogada.

No podía articular una sílaba.

Necesitaba llorar, y sus ojos estaban secos.

En cambio, dos lágrimas brotaban de los del señor Antón, que contemplaba á los jóvenes y gozaba como no había gozado en toda su vida.

Algunos minutos pasaron.

No podemos explicar lo que sentían aquellas criaturas.

Consuelo y Leandro sufrían horriblemente.

—¡Benditos seáis!—exclamó el veterano después de algunos minutos.

Obedeciendo, más que á su voluntad, al instinto y á la influencia misma de situación tan extraña, separáronse los dos jóvenes.

—Este es el día más feliz de mi vida—dijo el señor Antón.—Yo necesitaba hijos, y ya los tengo; y tanta es mi fortuna, que me los encuentro criados, y veo que se aman y que me respetan. Me parece, Leandro, que esta vez no te ocurrirá decir esas tonterías de irte á Flandes. Como eres joven, te sucede lo que á mí me sucedía, y crees que jamás has de morirte; pero yo tengo sesenta años, y aunque conservo bastantes fuerzas, no estoy libre de una enfermedad. Pero supón que me muero... ¡Rayos!... ¿Qué sería de tu pobre hermana?... Aunque no sea más que por esto, es preciso que estés cerca de nosotros.

—Y estaré; porque cuando tengo que cumplir mis deberes...

—¡Vive Dios!... Así te quiero, Leandro: los deberes ante todo. Deja la fortuna, que vendrá á buscarte si está de Dios que así suceda. Mira lo que le ha sucedido á nuestro alférez, que, cuando menos lo esperaba, se encuentra hecho capitán. Ni busques la ocasión, ni la dejes escapar si se te presenta. Pobre ó rico, serás feliz si tienes la conciencia tranquila.

—Me resignaré con mi pobreza.

—Has sufrido mucho, ya lo sé, puesto que algo me has dicho de tu historia; pero tras la desgracia viene siempre la fortuna, porque la vida es así.

La situación era demasiado violenta, y no podía prolongarse.

Leandro, que tenía mucho ingenio, encontró medio de terminar la conversación, y, despidiéndose, salió de la casa.

Cuando llegó junto al templo de San Martín, se detuvo, se oprimió las sienes, apretó los puños y exclamó con acento de amargura desgarradora:

—¡Mi hermana, mi hermanal... ¡Oh!... Ella es rica; yo, pobre... No puedo vivir así, no puedo.

Entre tanto, el señor Antón había ido al corral para hacer cálculos y realizar sus proyectos de tener un jardín y un gallinero.

Apenas se quedó sola Consuelo, elevó al cielo una mirada de súplica dolorosa, y exclamó con voz ahogada por los sollozos:

—¡Dios mío!... Quería irse muy lejos... ¡No me ama!

¡Pobre niña!

En abundancia corrió el llanto por sus pálidas mejillas.

Aún palpitaba su corazón como en los momentos en que abrazaba á Leandro.

No había comprendido ella que era amada, ni él había sabido apreciar la situación, á pesar de que tenía gran inteligencia.

Les esperaban grandes sufrimientos.

Una circunstancia cualquiera podía hacerlos felices; pero, desgraciadamente, no se presentaría la circunstancia favorable.

¿Cómo había de sospechar el pobre Antón que había contribuido á la desgracia de aquellas dos criaturas, á quienes amaba tanto?

No, no era posible que ni remotamente lo sospechase.

Cuando acabó de calcular, y entusiasmado siempre, llamó á Consuelo para darle á conocer sus planes.

La niña infeliz tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominarse y ocultar lo que sentía, es decir, que fingió por primera vez en su vida.

Tal era la situación de aquellas tres criaturas, y una vez que la conocemos, hemos de ocuparnos de otros sucesos de no menor interés.

CAPITULO II

LA CURIOSIDAD DE LOS CORTESANOS Y EL MIEDO
DE DON JUAN

La corte había vuelto á Madrid.

Los tristes sucesos del Escorial habían perdido su importancia, y ya nadie se ocupaba de ellos, porque todo se había reducido á qué murieron ahorcados, acuchillados ó de hambre algunos infelices que nada representaban en el mundo. No era este asunto digno de ser tomado en consideración por los grandes señores, y lo olvidaron desde que no les amenazaban aquellos desdichados.

En cambio la atención estaba fija en el crimen de que había sido víctima el amante de doña Luz, y al llegar los cortesanos á Madrid, se ocuparon ante todo en averiguar quién era el misterioso caballero herido.

No tuvieron que hacer mucho para conseguir su deseo, pues apenas preguntaron á don Luis ó al alcalde, les respondieron:

—Un hidalgo rico, muy rico, que se llama Antonio de Quirós.

Nadie lo conocía; pero todos deseaban conocerlo. Al fin era el héroe de un drama, cuyas circunstancias tenían algo de extraordinario.

Más hubieran querido saber sobre los antecedentes de aquel hombre; pero se quedaron con el deseo.

Entonces don Pedro de Carvajal, que ya había recibido sobre este punto órdenes del monarca, dijo á cuantos del herido se ocupaban:

—El señor Antonio de Quirós es mi amigo.

—¿Que es vuestro amigo—le replicaron.

—Sí.

—¿Y por qué dijisteis que no lo conocéis?

—Porque yo vine á Madrid entonces para cumplir las órdenes del rey; pero no para satisfacer la curiosidad de nadie.

—Pues ahora...

—Nada más puedo deciros, sino que Quirós es un hombre como todos, con la única diferencia de que tiene un gran talento, un gran corazón, y tantas riquezas, que comparado con él soy un pobre. En cuanto á lo que siente ó lo que siente ó lo que piensa, no es fácil saberlo, porque es muy reservado; pero indudablemente vale mucho más que cualquiera de nosotros.

Todo esto daba mayor importancia al señor Antonio, y he ahí cómo sin querer, y á pesar de

su modestia, llegó á ser muy conocido y á representar un papel de mucha importancia.

No podía suceder otra cosa, tratándose de un hombre á quien se le presentaba como extraordinario en todos sentidos, y que para que nada le faltase era tan rico que, comparado con él, se consideraba casi pobre don Pedro de Carvajal. Cuanto más grande apareciese el hidalgo, mayor debía ser el tormento de don Juan, porque la envidia había de mortificarlo como los celos y los temores.

Veinticuatro horas hacía que la corte se encontraba en Madrid cuando el amante de doña Luz solicitó ver al rey para darle las gracias por la honra que le había dispensado y el interés que mostró por la vida del pobre herido á quien nadie conocía.

No se hizo esperar la respuesta del monarca, pues inmediatamente concedió la audiencia, y como no había para qué guardar reserva sobre este asunto, que en apariencia nada tenía de particular, se supo que á las diez de la mañana del día siguiente debía presentarse en el alcázar real el señor Antonio.

Todas las colectividades son impresionables y curiosas, aunque no lo sean los individuos que las componen, y aquella mañana los individuos de la servidumbre y los que habitualmente concurrían á los salones de palacio, acudieron con anticipación á la hora marcada para la audiencia.

Llenas, pues, de cortesanos estaban las antecámaras, y todos esperaban con impaciencia para conocer al hombre que, si ya no era un misterio, tenía el interés de todo lo extraordinario.

Entre aquella curiosa multitud encontrabanse don Pedro de Carvajal y don Juan de Guevara.

Pocos minutos faltaban para las diez cuando el hidalgo se presentó.

Su aspecto era el de siempre, tranquilo y sereno, y mayor severidad le daba su ropaje, todo negro, y que si bien era de tela de mucho valor, no tenía ningún adorno.

—Ahí lo tenéis—dijo don Pedro á los que cerca de él estaban.

—Ese es—dijo Olivares, que al mismo tiempo entraba por puerta distinta que Quirós.—Ahora podéis satisfacer vuestra curiosidad.

Cesaron todas las conversaciones.

Fijáronse todas las miradas en el señor Antonio.

Apercibióse éste de que era objeto de la atención de los cortesanos; pero no cambió la expresión de su semblante y siguió avanzando con la cabeza erguida y el paso igual y firme.

Sorprendiéronse todos al ver tan sencillamente vestido á Quirós, porque esperaban que se presentase haciendo ostentación de sus riquezas.

Se habían equivocado.

El personaje que tanto había llamado la atención era un hombre como todos, según había dicho don Pedro de Carvajal, y nada tenía que llamase la atención, como no fuese su continente noble y sereno y sus ojos brillantes, expresivos y de mirada ardiente y dominadora.

A don Pedro vió, se detuvo, le alargó la diestra, le saludó tan cortés como cariñosamente y le dijo:

—A ver á su majestad vengo para manifestarle mi gratitud, y como éste es para mí terreno desconocido, como es un mundo que en nada se parece al en que siempre he vivido...

—¿Queréis que os acompañe?

—Un gran favor me haréis si me dejáis á la puerta de la cámara de su majestad.

—Y me consideraré honrado y dichoso.

A los pocos pasos encontráronse con el doctor, á quien el señor Antonio saludó con el cariño que era consiguiente saludase á quien debía la existencia y algo más tal vez que no podía sospechar nadie.

En seguida pasaron por donde se encontraba don Juan.

Por más esfuerzos que éste hizo no pudo evitar que su rostro cambiase de expresión y palideciese.

Temió que el señor Antonio hiciese alguna demostración demasiado insinuante y que podía colocarlo en una situación ridícula y comprometida. Tembló el miserable.

El astuto doctor, como si se complaciese en mortificar al señor de Guevara, detuvo y como distraídamente detuvo también á don Pedro y al hidalgo, diciéndole á éste:

—Hoy pensaba haceros una visita para ver hasta qué punto habíais recobrado las fuerzas.

—Por lo menos para una cosa tengo fuerzas sobradas—contestó el señor Antonio—, y por si acaso habláis con alguno de esos miserables que son una mancha de la sociedad, podéis decirle que tengo energía y dignidad bastante para despreciarlo y para imponerle el castigo que merece cuando llegue el momento oportuno.

En voz tan alta pronunció estas palabras el hidalgo, que las oyeron muchas personas y todas comprendieron que habían sido pronunciadas con mucha intención y quizás dirigidas á alguno de los caballeros que allí se encontraban.

Al mismo tiempo el hidalgo miró rápidamente y de pies á cabeza al traidor, volviéndole luego la espalda.

Lo que sintió don Juan no puede explicarse. Apoderóse el pavor de su espíritu.

Temía que su rival le provocase más directa y claramente ó hiciese algo mas sin miramiento al sitio en que se encontraba.

Hubiera querido que en aquellos instantes se abriese el pavimento y desaparecer como un fantasma.

—Señor de Quirós—replicó el médico—, no habéis pensado que castigar es hacer justicia.

—Ya lo sé.

—Pues bien; para hacer justicia sobra con la rectitud de nuestro amado y severo rey. Y dejando éstas consideraciones á parte, me felicito, porque en vuestros ojos veo, no solamente que habéis recobrado las fuerzas del cuerpo, sino la energía del espíritu... ¡Ah!... Perdonadme...

—¿Por qué?

—Las diez van á dar y no he pensado que esta es la hora señalada por su majestad para recibirlos.

—A tiempo llegaré si cuando sean las diez en punto le dicen á su majestad que espero sus órdenes.

—Vamos, vamos.

Se dirigieron al gentil hombre que debía dar aviso al monarca.

Los cortesanos se miraron unos á otros y dijeron algunos:

—¿Qué significa lo que acaba decir ese buen hidalgo?

—Y con mucha intención lo ha dicho.

—Bien se le conocía en el semblante.

—¿A quién aludía?

—Vos, don Juan, que sois más perspicaz que nosotros.

—No sé—murmuró el criminal.

—¿Y qué opináis del tal Quirós?

—Nada.

—Parece que estáis distraído.

—Y pálido.

—Me duele la cabeza.

Y con pretexto de respirar un aire más fresco, don Juan de Guevara salió de la antecámara.

Entretanto el gentilhombre daba el aviso á Felipe II.

A los pocos momentos volvía para decir al señor Antonio:

—Entrad.

El noble hidalgo dió algunos pasos, entró en otro aposento, lo atravesó y luego penetró en el que se encontraba el rey.

El momento terrible había llegado.

Iba á decidirse la suerte del amante de doña Luz.

Veamos cómo lo recibió el gran tirano y presenciemos la escena que iba á tener lugar, y cuyas consecuencias debían ser de muchísima importancia.

CAPITULO III

DE LA EXTRAÑA CONVERSACIÓN QUE TUVIERON EL REY Y EL SEÑOR ANTONIO

Felipe II estaba como siempre con la máscara de hielo que no permitía ver en su semblante lo que pasaba en su alma; tranquilo, indiferente, impassible.

Así debía estar el monarca, que recibía á uno de sus vasallos sin otro fin que el de escuchar palabras de gratitud.

Escasísima era la luz que daba en su semblante.

Sentado estaba junto á su mesa y doblaba unos papeles que acababa de leer.

El señor Antonio dió un paso en el interior de la cámara, se detuvo y quedó inmóvil y en actitud respetuosa.

Debía esperar á que el monarca le hablase.

A los pocos momentos levantó el rey la cabeza, miró al hidalgo y le dijo:

—Acercáos... Más... Vuestro semblante revela salud... Os felicito y doy á Dios gracias porque ha escuchado mis votos. También tenemos que agradecer mucho al doctor Olivares, porque en su afán de salvarnos la existencia, arriesgó lo que más estima, su reputación como médico... Olivares vale mucho, y lo recompensaré como merece.

No esperaba el señor Antonio que de esta manera tan extraña principiase la conversación y, por consiguiente, se sorprendió.

El don de sorprender lo tenía Felipe II.

Lo mucho que valía había de reconocerlo el hidalgo, á pesar de la prevención con que miraba al gran tirano.

—Señor—dijo el señor Antonio—, tanta honra me dispensa vuestra majestad, que no sé cómo demostrarle mi gratitud.

—Señor de Quirós—repuso gravemente el rey—, yo no tengo por vos ni más ni menos interés que el que me inspiran todos mis vasallos, aun aquéllos que desconocen sus deberes y que por desgracia se extravían; mi proceder no ha significado sino amor á la justicia; pero de ningún modo preferencias que no estoy dispuesto á conceder á nadie.

—Ello es que yo he recibido el beneficio, y que gracias á vuestra majestad conservo la vida.

—Gracias á Dios, señor Antonio.

—Todo se lo debemos al Omnipotente, y aunque no consideremos á los hombres más que como instrumentos de la misericordia divina, cuando el bien se hace...

—Quizás no apreciáis bien la situación—interrumpió el monarca.

—Tal vez—dijo el señor Antonio, por decir algo.

—Acercáos más.

Se colocó el hidalgo junto á la mesa.

Felipe II cambió de postura, y dijo después de algunos momentos:

—No sé cómo explicarme para hacerme entender bien. Por fortuna vos tenéis muy clara inteligencia.

—Señor...

—Conocéis á vuestro asesino, y yo también lo conozco; vos no os apresuráis á castigarlo, ni yo tampoco me apresuro. Os felicito, señor Antonio, y me complace vuestra cordura. El mundo no puede comprender el por qué de nuestra conducta extraña; ¿pero qué nos importa el mundo si nuestra conciencia está tranquila? No sois un hombre vulgar, y así lo habéis probado en esta ocasión. ¡Lástima que os separéis de lo que os conviene tener más cerca!... Pero si os empeñáis, será preciso dejaros, porque los hombres como vos no tienen derecho á que se les haga más de una advertencia.

¿Qué quería decir con todo esto el monarca? No era fácil comprenderlo.

El señor Antonio, á pesar de toda su calma, empezó á sentirse aturrido.

¿Qué le convenía responder?

¿En qué terreno debía colocarse?

Se acordó de la carta que estaba en poder de Felipe II, y de las palabras que había pronun-

ciado durante su delirio, y que fueron escuchadas por el alcalde.

No era posible que el hidalgo se dejase deslumbrar en un momento y que traición hiciese á sus ideas y á sus amigos.

Quizás iba á inutilizarse ó poco menos para seguir trabajando en favor de los flamencos rebeldes; pero de todas maneras cumpliría su deber, aunque arriesgase la vida.

No le dió tiempo el rey para que contestase, y como si quisiera sacarlo del apuro, cambiando de tono y desplegando una sonrisa, dijo:

—Me entendéis y me alegro, porque así podré economizar las palauras. A mí no me sorprende nada, porque todo lo espero siempre de las condiciones naturales de las criaturas, y en cuanto á las apreciaciones de la conducta de cada cual, tengo siempre en cuenta muchísimas circunstancias.

—Señor, mi torpeza...

—Sois modesto.

—Es que...

—Señor Antonio—repuso gravemente el rey—voy á deciros lo que nadie me ha oído decir, porque tal vez sea esta la última vez que habremos.

—Otra honra, señor.

—Me conviene hablaros así.

—Pero yo...

—Escuchad.

El hidalgo se inclinó respetuosamente.

—Con el tiempo, después de muchos años—añadió Felipe II—, no sé lo que sucederá, si bien lo presumo y tengo la pretensión de creer que no me equivoco; pero en cuanto á lo presente es seguro que el heredero de mi trono recibirá íntegro el territorio que bajo mi autoridad se encuentra en estos momentos, sin que falte una mísera aldea, ni aquí, ni en Alemania, ni en las Indias, ni en ninguna parte, sino que probablemente algo más ha de recibir que lo que me dejó mi augusto padre. De esto debéis deducir que los que se arriesgan en cierta clase de aventuras, pierden el tiempo y pueden perder muchas cosas. ¿Me habéis entendido?... Veo que sí... Me alegro... Lo que pensáis sobre este asunto, no me lo digáis, sino que de regla ha de servirlos para cuando os encontréis en cierta clase de situaciones. Si los que se lanzan en esas empresas, que tanto tienen de peligrosas, cuentan para que los dirijan con una cabeza verdaderamente extraordinaria, entonces...

Y Felipe II desplegó una sonrisa.

¶ [Por fin, el señor Antonio, deseando terminar aquella enojosa conversación, se arriesgó á decir:

—Señor, aunque la vida me cueste, cumpliré mi deber y no escucharé otra voz que la de mi conciencia.

—Sois hombre recto.

—Quiero serlo.

—¿Y no opináis lo mismo que yo?

—Mi opinión es enteramente la misma, porque los que se han lanzado á esas aventuras no han tenido presente que necesitaban un gigante para que con alguna ventaja pudieran luchar con el gigante que enfrente tenían. Vuestra majestad me ha honrado diciéndome lo que á nadie ha dicho, y esta honra la pagaré con leal franqueza.

—Sí, hablad, que me complace oír á los hombres de talento.

—Temo que mis palabras desagraden á vuestra majestad.

—Decid cuanto se os antoje, como si no habláseis con el rey.

Decidióse el hidalgo á jugar el todo por el todo, es decir, á jugar la vida.

Su cabeza se levantó, no con altivez, sino con el aire de dignidad que lo caracterizaba.

Sus negros ojos brillaron con el fuego de su alma impetuosa, y arrostrando por algunos momentos la mirada intensa de Felipe II, como si así quisiera dar una prueba de su valor, dijo con grave y reposado tono:

—Señor, en Flandes ha tomado asiepto el dios de las injusticias, porque la fatalidad ha querido que aquella desdichada tierra no sea gobernada por hombres que, además de una conciencia escrupulosa, estén dotados de una inteligencia verdaderamente superior. Provincias de España son aquellos territorios, poblados por nobles criaturas, y, sin embargo, se les trata como á los infelices que habitan en país conquistado. Hay una cuestión gravísima, cuestión que las entraña todas, porque es la base de todos los derechos, así como también de todos los deberes.

—La cuestión religiosa—murmuró el rey.

—La conciencia, señor, la conciencia, para la que no hay leyes posibles, ni dominación que no sea ilusoria; la conciencia, que es el espíritu del hombre.

—Pero nuestras creencias religiosas...

—Católico nací, y así moriré, y todas las religiones, excepto la mía, me parecen un tejido de absurdos.

—Entonces...

—Pero mi conciencia me manda respetar la conciencia de los demás, y no hay razón ni derecho para prohibir que cada cual sienta y piense según su organización, su manera de ser. Atacar la conciencia, es cometer un crimen... Perdóneme vuestra majestad; pero he prometido hablar con franqueza, y lo que yo prometo lo cumplo sin ningún miramiento.

—Viendo estáis que no doy muestras de enojo.

—Amargas quejas llegan todos los días á vuestra majestad, quejas exhaladas por aquellos infelices víctimas de gobernadores ambiciosos los unos, torpes los otros, y todos sin otra mira que la de dar á su persona importancia, probando que han tenido acierto para mantener á los habitantes de aquellas provincias en la obediencia que se debe al monarca. Libertad para sentir, para pensar, para rendir culto á Dios, piden allí muchos miles de criaturas. ¿Por qué esa libertad se le niega? Y cuando los hombres suplican y justicia piden, y no se les concede, no les queda más recurso que apelar á las violencias para obtener lo que injustamente se les ha negado. Ejemplo de esta verdad lo hemos tenido muy reciente y cerca de Madrid.

—El caso es distinto.

—Muchos infelices inocentes han perecido en Flandes á manos del verdugo, y poblaciones enteras han tenido que emigrar para librarse de la persecución de los españoles. Semejante situación no es sostenible. La sangre de las víctimas engendra héroes, y el amor á la libertad, y el sentimiento de la independencia se enciende más y más á medida...

—Acabáis de decirlo —interrumpió Felipe II, con tanta tranquilidad como si se tratase del asunto más indiferente.

—Sí, he dicho...

—La independencia... He ahí la cuestión, la verdadera cuestión. Lo demás es cosa del fanatismo, de los unos y de los otros, cuestión de impresiones que nacen del sentimiento que se excita... La independencia, señor Antonio. Aquellas provincias quieren separarse de España, necesitan un pretexto para dar el grito de rebelión, necesitan justificar su conducta fundándose en razones de justicia, y hablan de la conciencia. Concededles la libertad que piden y que los herejes abran sus templos y rindan culto á Dios según sus doctrinas, y cuando tengan esto, unidos ya, organizados y fuertes, veréis cómo invocan otro derecho, el que todo pueblo tiene para gobernar-

se, y entonces, no difícil, sino imposible sería someterlos, y desmembrado así el territorio español, perderíamos tanto prestigio como fuerza, y alientos cobraría una nación que no puede perdonarnos el que en este alcázar haya estado prisionero uno de sus reyes, el más valeroso que ha tenido, una nación que tiene que temblar, mal que le pese, cuando el nombre español oye pronunciar. Y esa nación, cuya soberbia no tiene límites, y raya en el delirio; esa nación, que es tan envidiosa como inquieta, acabaría por ocupar en el mundo el lugar que hoy ocupa España. Aún no conoce nadie la soberbia de ese pueblo, soberbia que representada dignamente estuvo en su rey Francisco I. Los años pasarán y los sucesos vendrán á darme la razón. No sé lo que harán mis descendientes; pero si al pueblo francés no conocen como yo lo conozco... ¡Pobre Español... En nombre de la justicia piden independencia y libertad para Flandes, y día llegará en que ellos intenten hacer con España lo que con Flandes hacen los españoles. Pero eso no sucederá, porque en esta noble tierra, antes se acepta la muerte que el yugo del extranjero vencedor. La cuestión, señor Antonio, tiene más raíces de las que el vulgo ve, y como sus consecuencias no se me ocultan, haré todos los sacrificios antes que ser cómplice para la desdicha del pueblo español. Al rebelarse los flamencos, bien saben adónde van, y los españoles que los apoyan obedecen á un sentimiento de justicia, y son instrumentos inconscientes de la ruina de España. Nos acusan de ambiciosos los que quisieran ser dueños del mundo... ¡Oh!... ¡Si al desaparecer mi cuerpo quedase en el trono español mi espíritu!

El monarca se interrumpió, entreabrieron sus labios y desplegó una leve sonrisa.

De sus ojos se escapó un relámpago que hizo temblar á Quirós.

—Continuad—dijo después de algunos momentos el rey.

—Me parece que vuestra majestad ha dicho bastante.

—No he dicho una palabra de la ambición que quiere una corona, y para satisfacer su ambición sin despertar sospechas, ha ideado servirse del nombre de un niño infeliz, por desgracia impresionable y de escaso juicio, aunque de sobrada inteligencia, y ese niño... Debéis entenderme sin decir más.

—Comprendo, señor.

—Los que en favor de los flamencos trabajáis, perderéis á esa criatura, porque justicia haré, aunque tenga que destrozarme el alma, y esa infeliz criatura, con la mejor buena fe, á todos os perderá. ¿Qué esperáis de un niño que arrebatarse se deja por lo primero que le dicen?

—Nada espero, y por eso mismo, señor, y por otras razones que á vuestra majestad no pueden ocultarse, no me he comprometido más que hasta el punto que mi razón me aconsejaba, y libre me considero mientras no se cumplan ciertas condiciones, que por desgracia de los flamencos no se cumplirán.

—Un hombre como vos no puede hacer otra cosa.

—Tal giro ha tomado la cuestión en pocos días, tales locuras se han hecho y tales desatinos se intentan, que tendré que concretarme á ser espectador y á deplorar las desgracias de las víctimas inocentes que con la mejor buena fe lo sacrifican todo en aras de la justicia.

Felipe II, volviendo á cambiar de tono y siempre con la misma calma, dijo:

—El medio á que hemos acudido para dar á conocer nuestras opiniones, es por cierto bien raro: hemos supuesto que vos conspirabais; vos habéis representado admirablemente vuestro papel de conspirador, de enemigo de vuestro rey, y así he tenido ocasión de oír todo lo que en resumen pudiera decir uno de esos desdichados que en contra de mi autoridad se rebelan; bueno será que nadie sepa cómo hemos hablado, porque como con todos no puedo hacer lo mismo, se quejarían, fundándose en que establezco diferencias y concedo distinciones que siempre son odiosas. Discurris con mucha claridad, señor Antonio, y no será la última vez que de este asunto hablemos, pues me conviene conocer las opiniones de los que valen tanto como vos.

Acababa de decir el monarca que no era más que suposición lo de que el hidalgo conspiraba en favor de los flamencos, y claro es que éste tuvo que asentir, porque no había de cometer la locura de declararse en abierta rebelión cuando hablaba con el rey.

Este, que parecía haberse propuesto no darle á Quirós tiempo á que reflexionase, le dijo:

—En lo demás estamos de acuerdo. He adoptado todas las precauciones necesarias, tengo las pruebas del crimen de que habéis sido víctima, y castigado quedará como merece el criminal.

—Señor...

—No intentéis pedir gracias para ese miserable.

—Pero...

—Justicia ante todo, señor de Quirós, y mientras llega el día, callad y disimulad, porque á la justicia le conviene así. Contad con mi apoyo, aunque en cierto asunto que interesa á vuestro corazón encontraremos siempre la dificultad de una manía extravagante. Desconfiad, porque ese hombre es capaz de todo.

—Lo conozco bien.

—¿Y habéis adelantado mucho en vuestras buenas obras de favorecer á esa pobre niña que es testimonio de una de las maldades de vuestro enemigo?

—Mi enfermedad no me ha permitido continuar las averiguaciones, y temo que esa criatura haya desaparecido para siempre.

—Buscadla.

—Tal vez ha muerto...

—No.

—Si vuestra majestad lo sabe...

—Murió su pobre abuelo, su amparo único, en el bosque del Castañar.

—¿Y ella?—preguntó ansiosamente el hidalgo.

—Me han dicho que se llama Consuelo.

—Ya lo sé; pero...

—Vive, y por consiguiente no es imposible encontrarla. Haced cuanto sea posible en su favor, y si de este asunto me dais noticias, os lo agradeceré. Entrada franca tenéis en palacio, lo mismo que todos los caballeros de mi corte... Venid á verme, á menos que os preocupéis tanto con vuestro papel de conspirador... Vuelvo á felicitaros, señor Antonio, y os deseo salud... Dios os bendiga.

Ni una sola palabra le estaba ya permitido al hidalgo decir.

Se inclinó respetuosamente, y dando gracias á Felipe II por la honra que le había dispensado, salió de la cámara, encontrándose con el doctor, que le preguntó:

—¿Qué tal el rey?

—¡Oh!...

—No lo conocíais, ¿es verdad?

—Doctor...

—¿Os arrepentís de haber venido?

—Yo no me arrepiento sino cuando olvido mis deberes.

—Señor Antonio, tendré el gusto de visitaros, según os anuncié... No me detengo, porque me

espera su majestad... Que el cielo os guarde.

Y se alejó el médico.

El hidalgo atravesó otra vez por entre la multitud de cortesanos, que lo miraban con envidia, porque se había prolongado mucho la audiencia.

Esperaban todos que el hidalgo saliese apenas entrase, puesto que no tenía que hacer más que decir al monarca algunas palabras de gratitud. ¿Qué había podido hablar el rey con aquel hombre, que aunque muy rico, no representaba ningún papel en el mundo?

Así acrecentaba rápidamente la importancia del hidalgo, á quien pocos días antes nadie conocía y todos hubieran mirado con desdén.

La conversación con el rey había tenido muchísima importancia.

¿Por qué Felipe II se había mostrado tan benévolo con un conspirador?

Porque había comprendido que le convenía conquistar aquel hombre, hacerlo suyo más bien que castigarlo, y antes que á nada atendía el gran tirano á su conveniencia y á lo que pudiera favorecer sus miras.

Todo lo esperaba el señor Antonio, menos lo que había sucedido.

Su conciencia estaba tranquila, porque había cumplido su deber, diciendo la verdad con un valor que pocos hombres hubieran tenido, y porque no se había comprometido á nada.

También el rey había dicho verdades que no admitían discusión.

Como aquellos dos hombres valían mucho, se entendían perfectamente y con muy pocas palabras.

Empero era muy difícil desde aquel día la situación del señor Antonio.

Si después de lo sucedido cometía la torpeza más leve, si un solo paso daba que pudiera calificarse de contrario á la autoridad del monarca, pagaría la torpeza con la vida.

Después de trazar la línea de conducta que le pareció más conveniente, pensó en lo que más le interesaba, en su situación con doña Luz.

Luego reflexionó sobre lo que le había dicho el rey de la hija de don Juan.

¿Sabía el monarca algo más de lo que decía? Era lo más probable.

Por de pronto le pareció al hidalgo completamente inútil hacer un viaje al Escorial, porque estaba seguro de que no había de encontrar allí á la desgraciada Consuelo.

En dos asuntos, pues, tenía que ocuparse al mismo tiempo y con igual interés, por más que el uno tuviese para su corazón mayor importancia; pero como no era egoísta, no podía olvidarse un momento de la pobre niña que abandonada quedó desde que el honrado Mateo dejó de existir.

Esta circunstancia tristísima la ignoraba el hidalgo.

—Forzosamente—dijo—el rey ha hecho averiguaciones después de haber hablado con el doctor, y así ha podido saber que la niña infeliz quedó en el desamparo más horrible. ¿Y es posible que Felipe II se haya contentado con saber que murió el infeliz auciano? Y si algo más sabe en cuanto á la suerte de Consuelo, ¿por qué no me lo ha dicho?

Caviló el señor Antonio.

Algunos minutos después se dió una palmada en la frente, brillaron sus ojos y exclamó:

—¡Ah!... Me parece que he adivinado... ¡Vive el cielo!... Lo que el rey quiere es ver si valgo bastante para encontrar á esa criatura. Quiere conocerme bien en todos sentidos, lo cual me obliga más y más, porque aparte mi deber y los deseos de mi corazón, está mi amor propio interesado.

No se equivocaba Quirós, porque efectivamente lo que podía valer para ciertas clases de intrigas quería saberlo el monarca.

Si no se reflexiona muy detenidamente, parece que un rey no debe ocupar su atención en esta clase de asuntos que ninguna importancia tienen si se comparan con los de Estado; pero téngase en cuenta que una de las cosas que para Felipe II tenían mayor importancia, era conocer á los hombres.

Así pudo encontrar ministros que tanto valían, como Antonio Pérez, á quien de la nada sacó para elevarlo y depositar en él su confianza, y capitanes como el sanguinario duque de Alba, á quien es preciso admirar al mismo tiempo que condenar enérgicamente y en nombre de los sentimientos de humanidad y de justicia.

Otra cosa había conseguido el astuto rey con lo que acababa de hacer, puesto que así ocupaba la atención del hidalgo en asuntos que tan lejos estaban del gravísimo de la conspiración.

¿Conseguiría Quirós descubrir el paradero de la huérfana?

Era muy difícil, aunque no imposible, pues se trataba de una persona desconocida, y de la

que por consiguiente nadie podía dar razón.

Cavilando y paseándose dejó el señor Antonio que transcurriesen las horas de aquel día.

Cuando llegó la noche y las once dieron, con una imprudencia en extremo peligrosa fué á la Cuesta de Santo Domingo y se detuvo frente á la casa de don Luis de Guzmán.

Lo que sentía y lo que pensaba se adivina fácilmente.

Luz se escapaba á través de los vidrios de uno de los balcones que correspondía á las habitaciones de la hija de don Luis.

—No duerme—murmuró el hidalgo.

Y con desigual violencia latió su corazón.

¿Tenía esperanza de ver aquella noche á la encantadora mujer á quien amaba tanto?

La esperanza nunca se pierde; pero aquella vez había de quedar desvanecida.

Dos horas pasaron.

Extingüíase la luz; pero al mismo tiempo una sombra se vió tras los vidrios.

¿Era doña Luz?

No lo sabemos; pero así lo creyó el hidalgo, y el nombre de su amada pronunció y suspiró lánguidamente.

Luego su mirada se perdió entre las tinieblas que envolvían el edificio, y á él lo envolvían.

A la puertecilla se acercó, dando algunos golpecitos; pero aguardó inútilmente, y tuvo al fin que alejarse, consolándose con una nueva esperanza, y haciendo propósito de volver á la siguiente noche.

CAPITULO IV

CÓMO SE DECLARÓ ABIERTAMENTE LA GUERRA ENTRE EL PADRE Y LA HIJA

Don Luis de Guzmán era severo hasta la exageración, intransigente, y por nada del mundo retrocedía cuando adoptaba una resolución, pues le parecía que retroceder ó cambiar de opiniones era una mengua para un hombre; así, todos los razonamientos eran inútiles, pues aunque escuché no se convence, y si se convence no lo confiesa.

Empero á pesar de estas cualidades, como nada tenía de cruel, como era noble y generoso y amaba muy de veras á su hija, no podía cometer ciertos actos de violencia y ni siquiera se olvidaba de ciertos detalles y fórmulas que endulzaban la dureza inquebrantable de su severidad.

Ya había dicho que el señor Antonio de Quiros no sería esposo de su hija, y una vez adoptada esta resolución, con razón ó sin ella, nada debía escuchar, y todas las influencias, lo mismo que las razones, debían ser completamente inútiles.

Doña Luz conocía demasiado bien á su padre, y por consiguiente no se tomó el trabajo de discutir, ni siquiera de suplicar.

¿Para qué había de hacer lo que ningún resultado había de producirle como no fuese hacer doblemente crítica la situación?

En la más absoluta reserva se encerró la joven, y así dió una prueba de su claro talento, de su recto juicio.

Tampoco don Luis había vuelto á pronunciar una palabra sobre aquel asunto desagradable, y los días pasaron sin que hablase con su hija más que de asuntos indiferentes.

Cualquiera que no lo conociese hubiera creído que el señor de Guzmán había cambiado de opinión ó adoptado otras resoluciones; pero no era esto lo que su silencio significaba, sino que había querido dar tiempo para que la joven recobrase alguna calma y se repusiesen sus fuerzas menguadas por las vigiliás, las conmociones, y los sufrimientos durante los días que en peligro estuvo la vida del señor Antonio.

Cuando el padre creyó que ningún peligro ofrecía volver á tratar de aquel asunto gravísimo, fué á la cámara de su hija, diciéndole en grave tono:

—Doña Luz, me parece que ha llegado el momento de ocuparnos por última vez de lo que tanto nos interesa, y si os encontrais en disposición de hablar, de discurrir, de soportar el disgusto que ha de producirnos esta conversación...

—Fuerzas me sobran, padre mío.

—Necesitáis calma también.

—La tengo, porque nunca la he perdido.

—Alguna vez os habéis dejado arrebatar.

—Sí, más de una vez he hablado con la vehemencia del que sufre mucho y tiene el alma destrozada; pero nunca se ha perturbado mi razón, y por consiguiente nunca he tenido que arrepentirme de mis resoluciones.

—Yo tampoco me arrepiento.

—Dispuesta me tenéis á escuchar y corresponder á las preguntas que me hagáis.

—Por las preguntas principiare.

—Escucho, padre y señor—dijo gravemente la joven.

—¿Habéis examinado bien vuestro corazón?
 —Hace bastante tiempo.
 —¿Y estáis segura de no haberos equivocado al apreciar vuestros sentimientos?

—Segurísima.

—Hay pasiones que rápidamente se inflaman; pero que con la misma rapidez y por efecto de una circunstancia cualquiera se extinguen.

—No conozco esas pasiones.

—El verdadero amor, ese amor que no acaba sino con la vida y que es el que puede constituir la felicidad, es más tranquilo, no produce esos arrebatos que enloquecen.

—Comprendo.

—Fácil es que una criatura sin experiencia, sin conocimiento del corazón humano, se equivoque al apreciar esos sentimientos.

—Repito que de mis apreciaciones tengo completa seguridad.

—Lo cual quiere decir...

—Que amo al señor Anronio de Quirós.

—¡Oh!...

—Y cuando de mi amor no abrigué duda, cuando me convencí de que sin su amor es imposible para mí la felicidad, y tal vez imposible la existencia pronuncié un juramento que cumpliré á costa de todos los sacrificios.

—Y ese juramento...

—Padre mío, mirad—dijo doña Luz, extendiendo un brazo y señalando hacia la imagen de la Santa Virgen.—Arrodillada ante esa imagen, mi madre virtuosísima, que en el cielo está, rogaba para que el Omnipotente me hiciese feliz.

—Es verdad.

—Y ante esa imagen de la Madre Purísima del Redentor del mundo, arrodillada también y con la diestra sobre mi corazón, el llanto en los ojos y el alma en los labios, juré ser esposa de Quirós ó no serlo de ningún hombre.

—Juramento temerario.

—Pero que pude hacer, porque su cumplimiento dependía de mi voluntad.

—Habéis olvidado lo más importante—replicó severamente don Luis.

—Me parece que nada.

—De vuestra voluntad no sois dueña, doña Luz.

—¡Que no soy dueña!...

—Sobre vuestra voluntad hay algo, mi autoridad de padre, autoridad que en este mundo representa la de Dios.

La joven fijó una mirada profunda en el caballero y le dijo:

—Una cosa deseo saber, porque después de otros encuentro dudas que no acierto á resolver.

—Preguntad.

—Si mi voluntad anuláis, si me priváis de la libertad de mis resoluciones, ¿cómo podré ser responsable de mi conducta? Si me concreto á obedecer, si mi voluntad se esclaviza y á otra voluntad obedezco fielmente, ¿quién será el responsable de mis faltas?

—Vais demasiado lejos, señora, y debéis comprender que no he venido para discutir puntos tan graves. Vuestro padre soy, y aun conservando vuestro libre albedrío, nada podéis hacer sin mi licencia, y si un juramento pronunciáis sin mi expresa autorización, ningún valor tiene, nulo es ese juramento ante el mundo y ante Dios.

—¡Que es nulo!...

—Sí.

—Si el mundo lo juzga así, no sucede lo mismo con mi conciencia. Ese juramento sin vuestra autorización pronunciado, tiene ante mi conciencia un valor que en vano intentará negarle el mundo.

—Doña Luz.

—Permitidme concluir... Aun suponiendo, no solamente que ese juramento es nulo, sino que no lo hice, ¿qué importa? ¿Acaso cambiaría por eso la situación? Si juramentos no me obligan, en cambio mi corazón exige, anhela, manda y todas las fuerzas de mi ser son impotentes para contrarrestar los impulsos de mi corazón. He hablado de mi juramento como de una circunstancia cualquiera; pero no hagáis caso de semejante cosa y hablemos de mi corazón y de vuestra autoridad.

—Lo pondréis en duda.

—Libreme Dios.

—Pues entonces...

—Pero vuestra autoridad, padre mío, como todo lo humano, tiene límites.

—Ningunos.

—Sí.

—¡Señor!—exclamó don Luis, fijando en su hija una mirada terrible.

—Viendo estáis que no pierdo la calma.

—¿Y qué importa si hacéis de modo que yo la pierda?

—Me preguntáis, y respondo.

—Desconocéis mi autoridad.

—No la desconozco, puesto que á ella me someto.

—¡Oh!... Esto me faltaba, nada más que veros en abierta rebeldía.

—No, y mil veces no.

—Sí, es una rebelión vuestra conducta.

—¿Y qué nombre merece lo que conmigo se hace? ¿Con qué derecho se me destroza el corazón?... ¡Ah!—exclamó doña Luz, que difícilmente podía dominarse.—Queréis que yo sea esposa de un hombre á quien no amo, que es lo mismo que mandarme fingir y engañar al hombre que en mi sinceridad confiado me hace depositario de su honor... Pues bien, yo no representaré jamás esa farsa indigna; jamás saldrán de mis labios palabras de una ternura que no siento... Para uno mi corazón, y para otro falsas caricias. ¿No es esto lo que queréis? Sí, esto es lo que mandáis hacer al decidir que me case con don Juan de Guevara ó con otro cualquiera, y que sea quien fuese el señor Antonio tendrá siempre mi corazón, y mi esposo no debe recibir de mí más que falsas caricias, que son un crimen.

Algo desconcertado se sintió el caballero, y no sabía cómo responder; pero no estaba dispuesto á transigir.

—Está bien—dijo después de algunos momentos—, nos encontramos lo mismo que al principiar la conversación. Os he dicho ya que no he venido para discutir, sino para conocer vuestra resolución última, y que vos conozcáis la mía.

—Herido estaba y á los bordes del sepulcro el señor Antonio de Quirós, cuando mi resolución os dí á conocer; si á nuestra unión os oponéis, á pesar de lo que habéis visto, y de que ya no puede haber duda de que el noble hidalgo es digno de mi amor, en un convento me encerraré.

—Y de Dios seréis esposa.

—Eso no, padre mío, porque á Dios no quiero ofrecerle un corazón inflamado con un amor mundano, un corazón que no es mío. En una celda lloraré mis desdichas, y la muerte esperaré con la tranquilidad del que tiene tranquila su conciencia y con el anhelo del que sufre sin esperanzas de alivio. A ser esposa de un hombre á quien no amo no podéis obligarme, ni tampoco á pronunciar votos que no puedo cumplir.

—Es decir, que abandonaréis á vuestro padre, que nada tiene en el mundo más que su

hija, que dejaréis mi alma en la más triste soledad, que...

—No, porque si de mí no queréis separaros, me quedaré en esta casa, donde nací, que aquí también puedo llorar mis desgracias lo mismo que en una celda.

—Sí, pero mientras en esta casa estéis...

—No renunciaré á la dicha inmensa de ver al hombre á quien amo.

—¡Doña Luz!...

—Y tened entendido que lo mismo haré en un convento.

—¡Horror!...

—Una vez he mentido, he disimulado, he fingido...

—Me habéis engañado...

—Sí, y á pesar de vuestra conciencia tan escrupulosa...

—No haré segunda vez lo que antes hice con la esperanza de que cambiaseis de resolución, y cuando ni remotamente pude sospechar que decidiésteis de mi suerte sin contar conmigo. La situación ha cambiado.

—Completamente.

—A todos nos conviene decir la verdad.

—Sí.

—Pruebas estoy dando de que no oculto lo que siento. Esposa de Quirós no seré si os oponéis á nuestra unión.

—Siempre.

—Pero haré cuanto es imaginable para serlo.

—¿Y no teméis que vuestro honor?...

—Eso no, padre mío.

—Si tan segura estais de poder burlar mi vigilancia...

—No hay vigilancia posible para quien ama como yo.

—¡Y esto escucho!...

—¿No queréis que diga la verdad?

—Señora, una cosa es la sinceridad, y otra la falta de respeto, la desvergüenza, el cinismo... Basta, pues, que vuestras palabras me ofenden.

—Espero vuestras órdenes.

—A un convento iréis, y cuando en una celda...

—Veré á Quirós—replicó resueltamente doña Luz.

—¡Vive el cielo!...

—Y de la vigilancia de mis guardianes me burlaré, y no tendréis derecho á decir que os he engañado.

—¿Y si aquí os quedáis?

—Lo mismo haré.
 —Despediré á todos los criados.
 —Cometeréis una injusticia.
 —Uno es traidor.
 —Ninguno.
 —Y cuando yo mismo vigile...
 —Os sucederá lo que sucedió aquella noche: dentro de esta casa estaba el hombre á quien amo, y no lo encontrásteis á pesar de que adoptásteis toda clase de precauciones y contábais con el auxilio de un hombre tan astuto como don Juan. Si á todas horas pudiésteis estar á mi lado, como ahora estáis, si nouviésteis necesidad de dormir, podríais estorbar la realización de mi deseo.

Don Juan se puso en pie y empezó á pasearse por la cámara.

No sabía qué decir, ni qué hacer. Si su voluntad era firme para mantener sus resoluciones, no menos firme era la de su hija.

Después de algunos minutos, detúvose el caballero, fijó en la joven una mirada penetrante y amenazadora, y le dijo:

—¿Y no tembláis ante mi cólera?
 —No, tiemblo, porque me llamo Guzmán, porque corre por mis venas vuestra sangre, porque tengo la energía de vuestra alma.
 —¡Vive Dios!...
 —Y me envanezco pareciéndome á mi padre.
 —No, no tembláis, ya lo sé.
 —Entonces...
 —Decid de una vez que estáis dispuesta á luchar hasta vencer ó morir.
 —Ya lo he dicho.
 —Y que la lucha la sostendréis con vuestro padre.
 —Sí.
 —¿Y nada os dice vuestra conciencia?
 —Mucho me dice, padre mío; pero no me acusa.
 —Pues bien, desde hoy conoceréis toda la fuerza de mi autoridad.
 —¿Me habéis destinado ya otro esposo?
 —Lo haré cuando bien me parezca.
 —Perderéis el tiempo, y no conseguiréis más que colocaros en un compromiso, porque no podréis cumplir lo que ofrezcáis á ningún hombre.
 —Lo veremos.
 —Para llevarme al pie del altar, medios sobrados tenéis; pero no contáis con ninguno para arrancar de mis labios una palabra que yo no quiero pronunciar.

—Si mis deseos no se cumplen...
 —Los míos tampoco, ya lo sé.
 —Y así vuestra rebeldía injustificada sería un mal para todos.
 —He perdido la última esperanza de ser feliz.
 —Pues si á la dicha habéis renunciado...
 —No renunciaré á la lucha.
 —Lucharemos, doña Luz, y no os quejéis si vencida quedáis.
 —No acostumbro á exhalar quejas para aliviar mis sufrimientos. Destrozado tengo el corazón, ya os lo he dicho, la muerte tengo en el alma, y sin embargo, nadie puede decir que ha oído mis lamentos. Silenciosamente lucharé, y moriré silenciosamente, y si de esta lucha se apercibe el mundo, no será por mis quejas. El secreto de mi amor yo lo guardaré.
 —Así lo espero, porque conviene á vuestro decoro.
 —No olvidéis que es un secreto conocido por don Juan de Guevara, ese hombre ruin capaz de todo.
 —Si la lengua mueve para ocuparse de mi hija, la lengua le arrancaré.
 —Contra los alevosos no hay defensa.
 —Señora, no olvidéis que jamás cederé, y que por consiguiente, mientras yo viva no seréis esposa de Quirós.
 —Os conozco demasiado bien, padre mío, y como vos debéis conocerme...
 —Ya habéis dicho que á mí os parecís en la firmeza de vuestras resoluciones.
 —Y es la verdad, y si dudáis, el tiempo ha de probarlo.

La conversación no podía prolongarse, porque ni el padre ni la hija habían de decir más de lo que habían dicho.

Consideraba el caballero que se rebajaba su autoridad sosteniendo aquella discusión, y por consiguiente decidió ponerle fin.

En pocos minutos había sufrido la joven lo que no es concebible.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para sostenerse con aquella energía.

¿Qué habían conseguido?
 Mortificarse y nada más.

Tenía doña Luz que esperar la resolución de su padre, puesto que el punto principal había quedado sin decidir.

¿Determinaría don Luis que su hija fuese á un convento?
 Dudoso era.

¿Conseguirían los dos enamorados burlar la vigilancia del severo padre?

También era dudoso.

Cuando sola volvió á quedar doña Luz, reflexionó.

Luego llamó á su dueña, preguntándole:

—¿Ha menguado vuestro valor para servirme?

—Mi valor no ha menguado; pero han aumentado las dificultades.

—En la situación en que nos encontramos, son grandes los peligros.

—Bien lo sé, mi noble señora.

—Verdad es que si de esta casa salís nada perderán vuestros intereses, porque el señor Antonio de Quirós es muy rico, y os daría para vivir con independencia y decoro.

—Eso me tranquiliza, no precisamente porque satisfaga mi ambición, sino porque como ya soy vieja y no puedo trabajar...

—Pues si más no necesitáis para servirme...

—Nada más.

—Hemos de principiar otra vez la lucha.

—¡Dios bendito!...

—Si tenéis miedo...

—Por vos más que por mí.

—Ya sabe mi padre que no renuncio á ver al hombre á quien amo.

—Aún no me he olvidado de aquella noche...

—Repito que lo peor que puede sucederos es que mi padre os despidiera.

—De manera que queréis que otra vez entre en esta casa el señor de Quirós.

—Sí.

—¿Y no habéis pensado que antes de acostarse registra mi noble señor toda la casa, cierra bien todas las puertas y guarda las llaves? Y como si esto fuese poco, tengo entendido que otros le ayudan á vigilar, resultando que toda la noche hay una persona despierta.

—Buscad el medio.

—Buscar no es encontrar.

—Encontradlo.

—Mi noble señora...

—Si es que os dais por vencida...

—Jamás.

—Pues entonces...

—Tengo que cavilar mucho, y habéis de concederme plazo.

—Breve será.

—¡Ayl...! Cuando querrá Dios que seáis feliz!

—No lo espero.

—Que la Virgen nos proteja.

No hablaron más.

A su aposento se fué la dueña para meditar y trazar planes como hacerlo sabia.

Ya había dado muchas pruebas de su ingenio y de su astucia.

CAPITULO V

CÓMO SE ORREGLÓ LA DUEÑA

Verdad era que don Luis guardaba todas las noches las llaves de las dos puertas por donde en la casa se podía entrar; pero al amanecer se las entregaba al criado en quien mayor confianza tenía, resultando que puestas estaban en las cerraduras hasta que otra vez llegaba la noche y era la hora de acostarse.

No tuvo que cavilar mucho la dueña, porque pronto se le ocurrió la idea feliz de que era muy fácil tener dos llaves para una misma cerradura.

De las demás dificultades no se ocupó entonces, porque eran de distinto género, y algunas debían vencerse en el momento en que se presentasen y sin ninguna preparación.

Tomó un pedazo de cera, moldeó la llave de la puertecilla y esperó á que la noche llegase, con la seguridad de que el señor Antonio, aunque ninguna esperanza tuviese, había de ir á contemplar los muros que ocultaban el objeto de su amor.

A los enamorados los conocía demasiado bien la dueña, porque ocasiones había tenido para conocerlos en las mil intrigas de esta clase en que se metió.

Con su señora tuvo una conferencia.

Cerró la noche.

Las once dieron.

El señor Antonio, impulsado por su amor, salió de su vivienda y á la Cuesta de Santo Domingo se encaminó.

Lo mismo que la noche anterior, algunos rayos de luz escapábanse á través de los vidrios del balcón que daba á una de las habitaciones de la hija de don Luis.

Inmóvil quedó el hidalgo.

Su mirada se fijó ansiosa en el balcón.

Lo que sentía no es menester decirlo.

No habían pasado diez minutos cuando una sombra se dibujó en la vidriera.

—¡Luz!—exclamó el señor Antonio.

No se equivocaba.

Era la joven, cuyo corazón latía también con desigual violencia.

Y aquella noche la luna tuvo por conveniente dejarse ver y enviar á la tierra sus argentados resplandores.

Así la hija de Guzmán pudo ver que un hombre habia frente á su casa.

No dudó que era su amante.

Separóse del balcón, fué donde estaba la dueña, que dormitaba, la despertó, y le dijo:

—En la calle está... no me engañó mi esperanza.

—¡Ah!...

—Y de seguro se acercará á la puerta.

—Pues voy corriendo, y entre tanto esperad donde no deis ocasión á sospecha, porque quizás vuestro padre esté levantado y quiera ver si dormís.

—Descuidad, que representaré mi papel hábilmente, porque me interesa demasiado.

La dueña tomó una luz, atravesó varias habitaciones, sin producir el más leve ruido, bajó y llegó á la puercecilla, deteniéndose y escuchando.

Entre tanto el señor Antonio decía:

—Se ha ido... ¿Quiere decir esto que debo acercarme?... Haré la prueba.

Y á la puerta se acercó, dando algunos golpecitos.

Inmediatamente oyó la voz comprimida de la dueña, que decía:

—Escuchad.

—Ya escucho.

—Colocaos bajo la primera ventana que se encuentra subiendo.

—¿Y después?

—Esperaréis mirando hacia arriba hasta que veais una cosa que baja pendiente de un hilo.

—Una carta...

—No puede escribir mi noble señora.

—¿Pues qué?

—Un trozo de cera.

—Comprendo.

—El molde de las guardas de una llave, la de esta puerta.

—¡Ah!...

—Os arreglaréis como sea posible...

—No necesito más explicaciones.

—Seguid escuchando.

—Decid.

—Cuando tengáis la llave, la traeréis y esperaréis bajo la ventana, y yo echaré el hilo para subirla.

—¿Y para qué ese trabajo, si yo puedo abrir?

—Conviene hacer lo que os digo.

—Se hará.

—En un día sobra tiempo para arreglar la llave.

—Mañana á la noche la tendréis.

—Después necesitamos adoptar otras muchas precauciones, porque mi señor vigila á todas horas, duerme de día más que de noche, y le ayuda uno de los criados en quien tiene completa confianza.

—De todos nos burlaremos.

—Con la ayuda de Dios.

—Si creéis que con dinero podemos ganar á ese criado...

—Me parece que no, porque es leal como un perro.

—¿Y tampoco se ablandaría á los ruegos de vuestra señora?

—Tampoco.

—Es una gran desgracia.

—Hay peligro de que á un convento vaya mi noble señora.

—¡Oh!...

—Por mi parte os prometo hacer cuanto sea posible.

—Y nada perderéis, porque si vuestro señor os despide, os daré para vivir sin buscar nuevos amos.

—Sois muy generoso.

—Decidme á doña Luz que soy la más infeliz de las criaturas desde que no la veo.

—Mañana es domingo, y quizás podremos ir á misa sin que nos acompañe nuestro señor.

—¿A qué iglesia iréis?

—Bien cerca, á Santo Domingo, según costumbre.

—¿A qué hora?

—Muy temprano.

—Al amanecer estaré en el templo.

—Quizás la circunstancia de ser domingo os presente alguna dificultad para lo de la llave.

—Con dinero todo se allana, menos los obstáculos que con su tenacidad nos pone don Luis para la realización de nuestra dicha.

—Y su resolución es firme.

—Ya lo sé.

—Si lo conociéseis como yo...

—Lo conozco bien.

—Pues colocaos ahora bajo la ventana y no os impacientéis porque tengo que andar con mucho cuidado.

—Esperaré aunque sea toda la noche.

No hablaron entonces más.

Volvió á subir la dueña.

—¿Qué te ha dicho?—preguntó ansiosamente doña Luz.

—¿No lo adivináis?

—¡Ah!...

—Le he dado las convenientes instrucciones y ahora voy á echar la cera.

—No pierdas ni un instante.

—Descuidad.

La dueña fué á un aposento solitario y donde había pocos muebles.

Abrió una ventana.

Miró á la calle y vió al hidalgo.

Sin detenerse ató la cera á un extremo del hilo y la dejó caer.

El señor Antonio, cuyo corazón seguía latiendo violentamente, cogió al fin el pedazo de cera, rompió el hilo y lo guardó como puede guardarse un tesoro.

—Vive el cielol—exclamó desesperadamente.

Entonces le ocurrió pensar que había cometido una gran torpeza, pues pudo llevar escrita una carta, que hubiera podido enviar á doña Luz.

Nada de particular tenía que decirle; pero hubiera desahogado su corazón, hablando de lo que sufría y de su amor intenso.

Quirós era un enamorado como todos, por más que no fuese un hombre vulgar.

Con la esperanza de que otra vez bajase la dueña á la puertecilla, dió un paso; pero se detuvo, porque oyó un grito que parecía exhalado por la vieja.

Con angustioso afán miró hacia la ventana.

Pocos momentos después, y confusamente, vió que asomaba una cabeza.

Luego la ventana se cerró.

—¡Oh!—murmuró sordamente el señor Antonio.—¿Qué ha sucedido?... Una nueva desgracia, sí, porque ese grito... ¡Y no puedo salir de dudas!

Inmóvil continuó.

Siguió escuchando.

Parecióle percibir vago rumor de voces.

Bien pronto reinó un silencio absoluto.

Entonces Quirós se separó de la pared.

Miró los balcones.

La luz había desaparecido.

Lo que sufría el hidalgo no puede concebirse.

¿Qué había sucedido?

Entraremos en la casa para averiguarlo.

La dueña, según hemos dicho, abrió la ventana, se asomó y empezó á dejar caer el hilo.

Terminada esta operación, y como ya nada tenía que hacer allí, volvióse para dejar el hilo sobre una silla y cerrar, pero quedó inmóvil, como si se hubiese petrificado, y exhaló un grito que revelaba el pavor de que instantáneamente se sintió poseída.

Abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Temblo convulsivo agitaba sus miembros.

¿Qué le sucedía?

¿Cuál era la causa de aquel terror que no le permitía moverse ni pronunciar una palabra?

Acababa de ver á don Luis de Guzmán, inmóvil también, con los brazos cruzados, la mirada sombría y terrible, en fin, como la estatua del comendador.

No articulaba una sílaba; pero su silencio era demasiado elocuente.

La situación no podía ser más horrible para la dueña.

La habían cogido *infraganti* delito, y no podía defenderse.

Era inútil que intentara excusarse, diciendo que se había asomado á la ventana para respirar el aire libre, pues tenía que justificar el hecho de haber dejado caer aquel hilo volviéndolo á subir.

Además, otra circunstancia hacía imposible su defensa, pues don Luis dió algunos pasos y á la ventana se asomó, viendo, á favor de la luna, al señor Antonio.

Cerró el caballero la ventana.

Eijó otra vez su mirada penetrante y terrible en la vieja.

—¡Ah!—pudo al fin exclamar ésta.

Y se dejó caer de rodillas y cruzó las manos.

—Levantad—le dijo el caballero con voz reconcentrada.

—Soy inocente...

—Silencio.

—Lo que habéis visto...

—¡Oh!...

—Las apariencias...

—¡Vive el cielol

—Mi noble señor...

—Callad os digo.

—¡Misericordia divina!

—Levantáos os digo.

La dueña obedeció.

—Venid.

Un penoso suspiro exhaló la desdichada.
 No se atrevió á replicar.
 Siguió al caballero.
 Fueron á la cámara de doña Luz.
 Esta fijó una mirada de extrañeza en su padre.
 No necesitó más que ver á la dueña para comprender lo que había sucedido.
 Sin embargo, le faltaba saber lo más interesante, es decir, si la sirviente había sido sorprendida antes ó después de dar el molde al hidalgo.
 Pronto saldremos de dudas.
 La escena que se preparaba debía ser interesante.

CAPITULO VI

CÓMO TERMINÓ LA ESCENA

Algunos minutos pasaron sin que pronunciasen una palabra.

Durante este tiempo la dueña empezó á tranquilizarse.

Ya la conocemos y debe comprenderse que no se hubiera aturcido tanto á no ser por la sorpresa. También pensó que nada tenía que temer, pues en realidad mejoraría su situación al salir de aquella casa.

¿Por qué había de apurarse, ni para qué necesitaba implorar misericordia?

Lo que acababa de suceder no era en realidad una desgracia para ella, sino fortuna, y quien sufriría las consecuencias sería doña Luz, puesto que iba á quedarse sin el único auxiliar que á su lado tenía.

Don Luis de Guzmán dominaba difícilmente los arrebatos de su cólera.

Por lo mismo que tenía mucho que decir, no decía nada, y no sabía cómo dar principio á la conversación.

A doña Luz no le tocaba hablar, debía esperar, y así lo hizo, preparándose á la lucha con la energía que la caracterizaba.

Por fin el señor de Guzmán rompió el silencio para decir con reconcentrada voz:

—Los abusos han llegado al último extremo; las traiciones y las deslealtades son inconcebibles, y á medida que es más noble mi proceder, se me paga con mayor maldad y hasta con ingratitude.

Las dos mujeres quedaron silenciosas lo mismo que antes.

—¿Nada tenéis que decir?—añadió el caballero.

—Padre mío—respondió la joven—, preguntadme y os responderé con sinceridad, ó más bien explicadme qué es lo que sucede, porque no lo entiendo. Aquí habéis entrado con mi dueña; veo la cólera pintada en vuestro semblante, y os quejáis de traiciones, deslealtades, ingratitudes...

—¿No tengo motivo?

—Lo ignoro, padre y señor, puesto que ignoro lo que pasa...

—¿Que lo ignoráis!..

—Completamente.

—Mi noble señora—dijo la dueña—, yo os explicaré...

—Callad—interrumpió severamente don Luis. Y luego añadió dirigiéndose á su hija:

—Vos me engañáis, mis criados son traidores...

—Perdonad; pero yo no os engaño.

—¿Negaréis lo que acabo de ver?

—No sé lo que habéis visto: pero si se trata del señor Antonio de Quirós, ya declaré con leal franqueza que lucharíamos y que haríamos todo lo posible para vernos. ¿En qué consiste el engaño? Anunciado tengo lo que hago y lo que haré, y si vos podéis evitarlo, lo evitaréis, y en eso consistirá mi derrota, así como mi triunfo será todo lo contrario. Ahora decidme cuál es el engaño, dónde está mi mala fe.

—Acuso á mis criados...

—A esta mujer la tenéis á mis órdenes, y si me ha obedecido no ha hecho más que cumplir sus deberes.

Como don Luis no podía discutir ventajosamente con doña Luz, se dirigió á la dueña y le dijo:

—¿Qué hacíais en la ventana?

—Me agradaba el fresco de la noche, y...

—Mentira.

—Señor...

—¿Pará qué queráis el ovillo de hilo que habéis dejado sobre una silla?

—Para cumplir una orden de mi noble señora.

—¿Y en qué consistía esa orden?

—En echar un papel á un hombre que esperaba en aquel sitio.

—¡Horror!...

—Me mandaron y obedecí, y por consiguiente no he cometido ninguna traición.

Doña Luz empezó á respirar como si se sintiese libre de un peso enorme, porque ya no le quedó duda de que el molde de la llave había llegado á manos de Quirós.

No era esto poca fortuna en medio de su desgracia.

Recobró la energía que había empezado á perder.

—Sí—dijo—, yo escribí una carta para el hombre á quien amo, y he mandado que mi dueña se la entregue. En esto consiste la lucha que hemos entablado, padre mío, haciendo yo lo posible para comunicarme con el hombre á quien amo, y vos lo posible también para estorbarlo; pues ya que sea un imposible la realización de la dicha á que aspiro, tendré siquiera este consuelo. He ahí por qué propuse irme á un convento; pero no os hagáis ilusiones, porque en el convento sucedería lo mismo que en esta casa y que en el último rincón del mundo. No seré esposa de Quirós; pero lo amaré siempre, y nos veremos, á pesar de todos los obstáculos. En realidad, la lucha no es conmigo, sino con él; y lo que ese hombre vale aún no lo sabéis.

¿Cómo había de continuar el caballero esta conversación?

Doña Luz se colocaba en el terreno más ventajoso para ella.

De todo podría acusarla su padre menos de falta de sinceridad.

¿No había anunciado su tenaz resistencia?

Siendo así, el señor de Guzmán no podía quejarse sino de su propia torpeza, porque no había sabido defenderse y evitar que su hija hiciese lo que hacía.

Con la dueña no había discusión posible.

Había sido infiel á su señor, y, siquiera fuese por el prestigio de la autoridad de éste, debía salir de la casa.

—Señora—dijo el caballero con voz alterada por la ira—, iréis á un convento ó á otra parte, según me parezca conveniente, y en cuanto á esta criada traidora, saldrá mañana mismo de mi casa.

—Lo siento, padre mío; pero...

—Lo que yo dispongo se hace.

—Está bien.

—Y en cuanto á vos, adoptaré precauciones de tal naturaleza, que eviten escándalos como el de esta noche. Anunciásteis la lucha; pero no dijísteis que pensábais olvidar vuestro decoro.

—¡Padre mío!...

—¡Sí, vuestro decoro!... ¡Una carta escrita por vos, y en manos de un hombre!...

—Un caballero.

—¿Creéis que una mujer recatada y honesta puede tomar la pluma para que sus escritos anden de mano en mano y quede comprometida su reputación? ¿Y qué decíais en esa carta? Si de vuestro amor hablábais, ¿no os detenía vuestro pudor? Y si os ocupábais de algún plan que en vuestro delirio hayáis trazado para que un hombre se introduzca en mi casa, pensad lo que cualquiera diría, lo que ha de decir, lo que ha de pensar de vuestra inocencia el señor Antonio.

—Graves ofensas son vuestras palabras, padre y señor.

—Digo la verdad.

—Mi honor no puede empañarse porque yo dirija la palabra al hombre á quien amo, hablándole de la ternura que para él guarda mi corazón. ¿Acaso el amor es un crimen? Y en cuanto á nuestras entrevistas, si vos nos ponéis estorbos, ¿qué hemos de hacer? La lucha no es, por nuestra parte, más que la defensa, y la defensa á nadie deshonra.

—Mía es la culpa, ya lo sé—replicó don Luis con amarga ironía—; sí, mía solamente, porque si yo no me hubiera empeñado en que fuésemos educada como una princesa, y si no te hubiesen enseñado á escribir, nada de esto sucedería.

Este razonamiento, estas palabras parecen una puerilidad; pero no lo eran en aquel tiempo, pues hay que tener en cuenta la grandísima importancia que se daba entonces á lo que ahora no tiene ninguna. Casi todas las mujeres de la distinguida clase de doña Luz, tan ricas como ella, y aun mucho más, no sabían escribir, y, á lo sumo, se les enseñaba á mal leer para que pudieran hacerlo en su libro de oraciones.

Además, y aunque esto parezca paradójico, había la preocupación de que era un gran peligro para la mujer saber escribir, y así se explica que como excepción, y atendida su clase y las circunstancias en que habían de encontrarse algunas de las grandes señoras, se les enseñase á firmar, es decir, que ponían su nombre sin conciencia de lo que hacían.

Si la estadística arroja en nuestro tiempo un resultado tristísimo, fácil es comprender lo que sucedería en aquel siglo de ignorancia lastimosa, y cuando muchas ciencias se miraban con horror y como cosa infernal.

No exageraríamos si dijéramos que en el siglo XVI hubiera quemado la Inquisición al que hiciese un telégrafo eléctrico; pues en nuestros días, y para vergüenza de nuestra patria, en el año 1823 el gobierno prohibía hablar hasta de magnetismo en las universidades, cuanto más explicarlo, como uno de los puntos de las ciencias exactas.

Una de las razones más poderosas que se daban entonces en favor de la ignorancia de la mujer, era la de la facilidad que tendría, sabiendo escribir, para comunicarse secretamente con sus amantes.

Hecha esta advertencia, no debe sorprender que un hombre del claro talento de don Luis de Guzmán deplorase haber permitido que su hija aprendiese á escribir, y que esto lo hiciese en aquellos momentos de trastorno y cuando ahogado estaba por la cólera.

—Desgraciadamente para vos— se atrevió á decir doña Luz—, ya no puedo olvidar lo que sé, y desgraciadamente para mí, es muy poco lo que he aprendido.

—¡Señora!...

—Recobrad la calma, padre mío; reflexionad, y os convenceréis de que vuestras reconvenciones no son justas. Mañana saldrá de esta casa mi dueña.

—Sí, sí.

—Pero, como es natural, buscaremos otros auxiliares.

—Cambiaré de servidumbre cada ocho días.

—Olvidáis que el señor Antonio de Quirós puede tirar el oro á manos llenas sin arruinarse, y cuando esto puede hacerse y se cuenta además con ingenio fecundo, con valor...

—Con audacia sin límites.

—También.

—Y los deberes se olvidan.

—Ninguno hemos olvidado.

—El respeto que me debéis, doña Luz.

—Os respeto y os amo; pero esto nada tiene que ver con los sentimientos de mi corazón.

—¡Oh!...

—Quirós me respeta, y yo sé hacerme respetar.. ¿Qué más podéis pedirme?

—Obediencia.

—Es que mandáis ser esposa de un hombre á quien no amo, que es lo mismo que mandarme engañar á un hombre que de buena fe me entrega su corazón; y como esto lo rechaza mi conciencia, no lo haré.

—Para lo que no os conviene tenéis la conciencia muy escrupulosa.

—Padre mío, la lucha á que nos obligáis no ha hecho más que principiár; y como no siempre hemos de ser afortunados, de estos disgustos ha de haber todos los días. Haréis lo que mejor os parezca, porque á mí no me toca marcar la línea de vuestra conducta; pero si bien lo pensáis, os convenceréis de que os conviene hacer lo mismo que yo, regocijándoos el día que alcancéis una ventaja, y sufriendo y callando cuando os vuelva la espalda la fortuna. Esta noche yo he sido la desgraciada, y no me quejo, porque mi desgracia quedará compensada otro día.

—Y también es posible que muy pronto se desvanezcan vuestras esperanzas.

—Me resignaré; pero cumpliré mi juramento.

—Retiraos á vuestro dormitorio—le dijo don Luis á la dueña.

Esta obedeció.

El padre y la hija se habían dicho más de lo que debían decirse, y estaban convencidos de que al continuar aquella conversación no habían de conseguir más que mortificarse.

—Señora—dijo el caballero—, á todas horas debéis estar preparada para que mis resoluciones se cumplan.

—Ningún preparativo tengo que hacer.

—Si al fin vuestra conducta me obliga á buscar en otro lugar lo que exige la seguridad de vuestro decoro...

—No pondré ningún obstáculo, y ahora mismo, si queréis, saldremos de esta casa.

—Parece que lo deseáis.

—Todo lo contrario, padre mío.

—Determinaré.

—Que Dios os ilumine y nos dé á todos la tranquilidad que nuestro espíritu necesita.

El señor de Guzmán volvió á su cámara.

Estaba profundamente agitado.

Desde luego hubiera llevado á un convento á su hija; pero le horrorizaba la idea de quedarse solo.

A pesar de cuanto estaba sucediendo, no menguaba la ternura de aquel padre amoroso.

Luchaba sin que apenas supiese por qué, impulsado por una dignidad mal entendida, pues de otro manera hubiera cedido.

Empero ceder, cambiar de resolución, le parecía una deshonra.

—Entre tanto, doña Luz sufría horriblemente. Su situación era más crítica cada vez.

—¿Qué esperaba conseguir en aquella lucha?

—Nada, ni siquiera tener el consuelo de ver á su amante, porque la constante vigilancia del caballero desbarataría los planes mejor combinados.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, don Luis salió de su cámara y dió las órdenes para que la dueña se fuese sin esperar un instante.

Además se colocó en sitio conveniente para evitar que la traidora criada pudiese ver á doña Luz con el pretexto de despedirse.

Obedeció la dueña sin hacer demostraciones de aflicción y despidiéndose alegremente de sus compañeros, á los que dijo:

—Me despide nuestro señor porque he querido favorecer á nuestra desgraciada señora, y no ha pensado que así hace mi fortuna, porque tan largamente merecompensa el hombre á quien ama doña Luz, que ya no tendré necesidad de servir.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntaron los más curiosos.

—El herido que estuvo aquí.

—¡El herido!...

—Y el que más quiera saber que lo averigüe, y el que quiera ser rico que haga lo que yo.

De la casa salió la dueña.

Apenas puso los pies en la calle exclamó:

—¡Ya soy libre!... Ahora y para probar mi gratitud favoreceré más que nunca á doña Luz. Así me conviene y voy á principiar á cumplir mi deber.

Dió algunos pasos, volvió á detenerse, miró hacia el convento de Santo Domingo y vió que en el pórtico había un hombre.

Era el señor Antonio de Quirós que aguardaba, según había prometido, con la esperanza de ver á doña Luz cuando fuese á misa.

La vieja se le acercó exhalando un suspiro y exclamando:

—¡Ay, señor caballero!...

—¡Vos aquí!...

—Por desgracia de todos.

—¿Qué sucedió anoche?...

—Cada vez que me acuerdo...

—Oí vuestra voz cuando os separásteis de la ventana, y me pareció que luego se asomaba otra persona.

—Figuraos cómo quedaría cuando al volverme me encontré con mi noble señor, que me miraba como si quisiese aniquilarme.

—¡Oh!...

—No me fué posible defenderme.

—¡Vive el cielol!...

—En seguida me llevó á la cámara de mi señora, y allí sucedió lo que os podéis figurar; pero yo tuve buen cuidado de decir que lo que había echado con el hilo era una carta.

—Muy bien.

—Mi desgraciada señora se mantuvo firme, y repitió mil veces que os amaba y que cumpliría el juramento que había hecho de no casarse con ningún otro.

—Proseguid—dijo sobriamente el hidalgo.

—Nada más, y aquí me tenéis á vuestras órdenes. Lo último que he podido hacer en vuestro favor, y para que á doña Luz le sea más fácil encontrar quien le ayude, ha sido decir á todos los criados que mi desgracia era una fortuna, y que el que quisiese ser rico, que hiciese lo mismo que yo.

—Sois previsora y estoy completamente satisfecho de vuestros servicios.

—Entonces...

—¿Creeis que vuestra señora vendrá á misa?

—Debe venir; pero en compañía de su padre.

—La veré y siquiera por algunos momentos seré dichoso.

—Pues si otra cosa no teneis que mandarme...

—Ireis á la hostería de maese Benifacio, que está en Platerías, y le direis que yo os envío para que me esperéis allí.

—Gracias, señor caballero.

—Vuestra suerte corre de mi cuenta.

La vieja se alejó y desapareció.

El señor Antonio continuó en el mismo sitio y con la mirada fija en la puerta de la casa de don Diego.

Media hora pasó.

Por fin el padre y la hija salieron.

Los seguían la doncella y otro criado.

Con el manto recatábase el semblante doña Luz, dejando apenas ver sus magníficos ojos.

Apenas dió algunos pasos distinguió al hombre á quien amaba.

Este la reconoció también y pareció que por sus negros ojos escapábase en corrientes el fuego de su amor.

Para evitar que don Luis retrocediese, volviendo á su casa, lo cual hubiera hecho si se apercibiese de que allí se encontraba el atrevido galán, entróse éste en la iglesia y se colocó en el rincón más oscuro.

Poco después entraban el padre y la hija.

Entre tanto la doncella, que era demasiado lista, le dijo en voz baja al criado:

—Me parece que cerca de nosotros anda el caballero herido.

—¿Y será verdad que tan largamente recompensa á la dueña?

—Como que es muy rico, mucho más rico que nuestro señor.

—¡Diantre!...

—Esa vieja horrible ha hecho su fortuna.

Se arrodillaron y empezaron á rezar.

Habíanse colocado en el centro de la iglesia.

Quirós, que junto al corro se encontraba, avanzó por una de las galerías laterales, se colocó tras de una de las columnas donde descansaban los arcos del templo, y fijó una mirada intensa en la hija de don Luis.

Se estremeció ésta, y aunque muy disimuladamente volvió los ojos hacia su amante.

Sos labios, que se movían para rezar, entreabrieronse para sonreír.

No necesitaban aquellas dos criaturas hablar para entenderse.

Los ojos de doña Luz iban expresando con admirable claridad todo lo que sentía.

Principió la misa.

El caballero no se apercibía de aquella conversación que silenciosamente, con miradas de fuego, sostenían los dos enamorados.

La joven inclinaba la cabeza como para leer en el libro que en las manos tenía; pero su pensamiento, muy lejos entonces de lo divino, estaba fijo en lo humano.

Aquellos momentos eran de dicha sin igual para los dos amantes.

La doncella observaba con atención profunda, calculaba y trazaba planes, porque no podía olvidar lo que había dicho la dueña.

Sin embargo, aunque se decidiese al fin á favorecer á los dos enamorados, nada le era posible hacer mientras su señora no le pidiese auxilio. La misa terminó.

Volvió el sacerdote á la sacristía.

Don Luis se puso en pie, y al volverse vió al hidalgo, que absorto en contemplar á doña Luz, no se había cuidado de ocultarse.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del caballero.

Esfuerzos sobrehumanos tuvo que hacer para dominarse y guardar la compostura debida en uel santo recinto.

—Vamos—le dijo á su hija.

Esta se puso en pie.

Salieron del templo.

—¡Oh!—exclamó entonces el señor de Guzmán.—Ni siquiera respetais el sagrado lugar donde á Dios se venera... ¡Y luego hablaréis de la escrupulosidad de vuestra conciencia.

—¿Por qué me decís eso, padre mío?

—¡Vive el cielo!... ¿Creeis que no he visto á ese hombre á quien acabaré por odiar, á pesar de ser el hijo de mi mejor amigo?... De manera que no podreis ni cumplir vuestros deberes religiosos.

—¿Qué mal os ha hecho ese hombre con oír misa al mismo tiempo que nosotros?

—¡Oír misa!... En vos y no en el altar ha estado fija su mirada, y claro es que su pensamiento estaba lejos de Dios; y como vos hacíais lo mismo, en vez de cumplir un sagrado deber, habéis cometido un gran pecado, una profanación, un sacrilegio.

—Padre mío...

—Mi paciencia apuráis, lleváis demasiado lejos los abusos, y si esta es la lucha que pensáis sostener, si así habéis de continuar, me obligaréis, no á llevaros á un convento, señora, sino á sacaros de Madrid, desapareciendo repentinamente, y adoptando tales precauciones, que no sea posible averiguar dónde os encontráis.

Doña Luz tembló.

Esta amenaza era demasiado terrible.

Entraron en su casa.

—Mirad lo que hacéis—le dijo el padre á la hija—, porque no me detendré ante ninguna clase de consideraciones.

—Haré lo que me permita mi corazón.

—Muy pronto tendréis otra dueña que os vigilará á mi satisfacción.

No quiso la joven responder, porque aquellas discusiones eran inútiles.

Convencida estaba de que había de pasar mucho tiempo sin que pudiese ver á su amante, y sufría lo que era consiguiente.

Sin embargo, no se daba por vencida, y decidió esperar aquella noche para recibir la llave por la ventana, y valiéndose del mismo medio de que se sirvió la dueña para entregar la cera al señor Antonio.

Sin otra novedad pasó aquel día.

La noche llegó.

Doña Luz contaba los instantes con creciente ansiedad.

Por fin dieron las doce.

—¡Ahl—exclamó.—¡Protegedme, Dios mío!

Tomó una palmatoria y el hilo de que había de servirse para subir la llave.

Escuchó sin percibir el más leve ruido.

Creyó que la ocasión era oportuna, y salió de la cámara, atravesando el inmediato aposento y luego otro.

CAPITULO VII

Á OSCURAS Y CON LUZ; ARREBATOS Y TERNURA

Antes de dar á conocer los extraños sucesos que aquella noche tuvieron lugar, es preciso que el lector tenga idea de las habitaciones destinadas á doña Luz.

Ocupaba ésta ordinariamente el aposento que hemos llamado su cámara, que tenía dos grandes ventanas á un patio y tres puertas: una de éstas era la del dormitorio, otra la que comunicaba con un gabinete que tenía balcón á la calle, y la tercera daba paso á lo que pudiera llamarse una antecámara. Más allá había otras habitaciones y pasillos.

Dejamos á la joven en la antecámara, y sabemos que iba á salir para ir al aposento desde cuya ventana debía recibir la llave que había de llevar el señor Antonio.

Con la llave y algunas precauciones, no necesitaba por de pronto auxilio de nadie la hija de don Luis, y podía comunicarse con el hidalgo hasta que un incidente cualquiera presentase nuevos estorbos, obligándola á trazar nuevos planes.

Le esperaba á la joven un desengaño, una sorpresa muy desagradable.

Llegó á la puerta de la antecámara, y cuando quiso abrir, no pudo, porque habían echado la llave por el otro lado.

Sintió doña Luz como si su sangre se helase en sus venas, si bien se repuso pronto y pudo reflexionar.

No tuvo que cavilar mucho para comprender lo que veía: era indudable que don Luis de Guzmán, para evitar sucesos como el de la noche anterior, sin decir nada á nadie, sin tomarse la molestia de amenazar, había echado la llave, si bien dejándola puesta para que por la mañana pudiese entrar la doncella.

La precaución era de seguro resultado mientras la joven no contase con ningún otro auxiliar, y bien sabía don Luis que entonces no lo tenía.

Con esto y alguna vigilancia á ciertas horas podía el caballero estar tranquilo.

—¡Oh!—murmuró doña Luz después de algunos momentos.—¡Me han encerrado!

Sus esperanzas no se desvanecieron completamente, y como no se daba por vencida ante el primer obstáculo, volvió á la cámara y se acercó á la puerta que comunicaba con el gabinete.

La empujó después de levantar el picaporte.

¡También habían cerrado por allí!

El señor de Guzmán no se había olvidado del balcón por donde su hija podía ver al señor Antonio y aun hablarle.

Corrió doña Luz, entró en su dormitorio.

Allí estaba la esperanza última en una puertecilla de escape que comunicaba con un pasillo; la examinó, la empujó con todas sus fuerzas, y al fin tuvo que convencerse de que tampoco le habían dejado libre aquella salida.

Tenía que resignarse.

Nada le sería posible hacer, si no contaba con el auxilio de otra persona.

Era la hora en que el señor Antonio debía estar en la calle esperando que por la ventana ó por la puerta le facilitasen el medio de entregar la llave.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer doña Luz para no entregarse á los transportes de la desesperación.

Reflexionó, caviló buscando medios para salir de aquel apuro; pero el medio no lo encontraba.

Sentóse, inclinó la cabeza sobre el pecho, cerráronse sus ojos y quedó inmóvil como si se hubiera dormido.

Nunca había estado tan despierta.

Entretanto el señor Antonio, con la nueva llave en el bolsillo, iba y venía de un lado para otro, y miraba ansiosamente la ventana, los balcones y la puertecilla por donde tantas veces había entrado en la morada del objeto de su pasión.

No hay que decir que Quirós no esperaba el auxilio de la dueña; pero sí que doña Luz, más ó menos tarde, se dejase ver, puesto que para hacerlo así, no necesitaba más que salir de su cámara.

Verdad es que se exponía á que su padre la sorprendiese como había sorprendido á la dueña; pero esto no tenía gran importancia después de la franca declaración de guerra entre el padre y la hija y cuando ya sabía cada cual de ellos que

el otro haría cuanto le fuese posible para conseguir lo que deseaba.

Más de una hora pasó, que un siglo debió parecer al apasionado galán.

A la puertecilla se acercó dando algunos golpes con la esperanza de que le respondiese doña Luz; pero ésta no se encontraba por allí.

Volvió á pasearse el hidalgo.

Ni un solo destello de luz se escapaba á través de los cristales ó de las rendijas de los balcones ó ventanas.

El silencio era absoluto en el interior del edificio.

En el exterior era también completa la calma, pues ni una sola persona transitaba por aquellos alrededores.

El cielo estaba despejado.

La luna enviaba sus blancos resplandores á la tierra.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó muchas veces el señor Antonio.

Y apretaba desesperadamente los puños y en corrientes se escapaba por sus ojos el fuego de su pasión y de su ira.

Aquella noche, bien fuese porque había visto por la mañana á doña Luz, ó por otra razón cualquiera, era más intensa la llama de su amor.

Su corazón latía violentamente, y como su imaginación trabajaba mucho, acabaron por ser confusas sus ideas.

Para que sucediese esto, contribuía muy eficazmente el silencio que reinaba y la soledad de la calle, pues allí no había nada que distrajesen al hidalgo, y por consiguiente su imaginación estaba fija en el objeto que allí lo había llevado.

La calma con que lo hemos visto en las más apuradas situaciones, nada tenía que ver con su impetuosidad, y aunque siempre se mostraba prudente, no estaba exento de cometer locuras en los momentos de arrebato de su pasión.

El buen hidalgo debió resignarse y alejarse para aguardar ocasión más oportuna; pero cuantas veces intentó hacerlo así, sus pies se negaron á obedecer su voluntad.

Era todo su ser esclavo de su corazón, de su pasión enloquecedora.

No era menester más que mirarle el rostro, mirar sus pupilas brillantes como carbunclos para comprender que su situación era borrascosa, que su cabeza se había trastornado, y que era capaz de todo en aquellos momentos terribles.

Otra hora pasó.

Siempre el mismo silencio y la misma quietud.

—¡Vive Dios!—exclamó el señor Antonio con voz reconcentrada.—¡Y he de irme sin verla? No y mil veces no, porque antes prefiero morir.

Inmóvil quedó por algunos instantes.

—¡No puedo más!—exclamó.

Y se acercó á la puertecilla, volviendo á llamar con más fuerza de lo conveniente para quien ante todo tiene la necesidad de ocultarse.

Como tampoco entonces le respondieron, y estaba trastornado, cometió la última imprudencia, la última locura.

Sacó la llave que le habían hecho.

La introdujo en la cerradura, y dando vuelta, vió que abría sin ninguna dificultad.

—¡Ah!—exclamó con acento indefinible.

Empujó.

La puerta giró sobre sus goznes, presentándosele el fondo negro del estrecho pasillo.

¿Cómo había de detenerse el hidalgo?

Era imposible que tuviese dominio bastante sobre sí para volver á cerrar y alejarse.

¿No conocía perfectamente el camino para llegar á la cámara de doña Luz?

¿Quién le estorbaba entrar?

Tal vez dormía ya la joven, y por consiguiente era un atentado á su pudor el penetrar en su dormitorio.

Empero sobre este punto son poco escrupulosos los enamorados, y casi nos atreveríamos á decir que quizás fué un incentivo más para el señor Antonio la sospecha de que podía encontrar descuidadamente dormida á la mujer á quien tanto amaba.

Nada tiene que ver esto con su honradez, con la rectitud de su severa conciencia.

Era incapaz el noble hidalgo de cometer abusos como los que había cometido don Juan de Guevava; pero no se trataba entonces de semejante cosa, sino solamente del peligro que había de que pudiese ver algo más de lo que le estaba permitido.

Si doña Luz dormía, el señor Antonio la contemplaría un momento, retrocedería y saldría de la casa silenciosamente.

Por lo menos éste era su propósito, aunque en aquella ocasión podía decirse que el hidalgo proponía y el diablo disponía.

A las criaturas no hay que exigirles más que su buena intención y la voluntad inquebrantable de cumplir su deber; pero es el caso que algunas

veces no se sabe lo que á la voluntad le pasa; parece que se esconde, que se duerme ó que tiene pereza, y entretanto las pasiones aprovechan las ocasiones, porque el diablo les da suelta, y sucede lo que no debiera suceder.

Después no queda más que un recurso, bien triste por cierto, completamente estéril para los resultados, aunque sea muy fecundo para purificar la conciencia: este recurso es el arrepentimiento.

Unas veces puede remediarse el mal, y entonces el arrepentimiento es una gran cosa; pero cuando se trata de esos males que remedio no tienen, el arrepentimiento no sirve más que para hacer sufrir, reconociendo la impotencia.

Nunca habían amenazado mayores peligros á los dos amantes.

Y sin embargo, don Luis de Guzmán dormía profundamente y no debía despertar hasta el amanecer, y lo mismo le sucedía al único criado que le era enteramente fiel.

Empero si no había que temer el peligro de una sorpresa, otros mayores, verdaderamente horribles, amenazaban á doña Luz y al hidalgo.

El peligro estaba en el mismo amor que se profesaban, en aquel fuego que abrasaba sus corazones y en los impulsos poderosísimos que los trastornaban con demasiada frecuencia.

Doña Luz era muy virtuosa, y aunque la virtud resiste mucho, no hay que hacerla pasar por cierta clase de pruebas.

Quirós dió un paso, no más que un paso, y traspasó el umbral.

Estremeciéndose como el ladrón se estremece.

Escuchó sin percibir ni el más leve ruido.

Tranquilamente, sin vacilar, había entrado muchas veces por aquella puerta; pero entonces tenía miedo. ¡Miedo el buen hidalgo!

Y mucho, sí, por más que esto parezca inverosímil.

Aún dudó; pero entre las tinieblas del pasillo debía encontrarse Satanás, y suponemos que se entretenía en tentar al señor Antonio.

El resultado fué que el hidalgo dió media vuelta, sacó la llave de la cerradura, la metió por el otro lado y volvió á cerrar.

No tenía luz; pero tampoco la necesitaba.

Muy lentamente, inclinando el cuerpo, extendiendo los brazos y palpando las paredes avanzó.

No le había ocurrido pensar que si ya dormía doña Luz; estaría á oscuras la cámara, y que, por consiguiente, no podría verla.

Este era un detalle de muchísima importancia, pues es grandísima la diferencia entre los sentidos del tacto y de la vista.

Encontró la escalera.

Subió.

Volvió á detenerse y á escuchar.

Siempre el mismo silencio, la misma calma.

Otra vez se puso en movimiento.

Poco después tropezó con una silla, que al caer produjo un ruido que al hidalgo le pareció atronador.

Inmóvil quedó como si se hubiese petrificado.

Apenas podía respirar.

Con luz hubiera podido verse su rostro lívido y desfigurado y expresando el pavor.

Transcurrieron algunos minutos, y como nadie se presentaba, el señor Antonio empezó á recobrar el aliento.

Se pasó las manos por la frente, que empapada en frío sudor tenía.

Más cuidadosamente que antes avanzó y dejando atrás un pasillo y algunas habitaciones, llegó á la puerta de la antecámara.

Allí se detuvo.

Ruido no percibía.

Quiso abrir la puerta, pero no pudo.

Entonces se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura y su frente chocó violentamente con la llave que ya hemos dicho estaba puesta.

El dolor, tan agudo como inesperado, arrancó un ¡ay! al señor Antonio.

Y aturdido por algunos momentos, no pudo apercibirse de que al otro lado de la puerta sonaron pasos, y preguntaba doña Luz:

—¿Quién es?

Ni remotamente sospechaba ella que su amante hubiera tenido atrevimiento para entrar en la casa.

Muy pronto se desaturdió el hidalgo.

Pudo mirar y vió algunos destellos de luz.

—No duerme —murmuró.

Comprendió fácilmente que por el lado por donde él se encontraba habían echado la llave, y dándole vuelta abrió y entró.

Pocos momentos después se encontraba frente á la hija de don Luis.

No pudo ésta contener un grito de sorpresa.

—¡Luz! —exclamó el hidalgo.

—¡Antoniol...

Se estrecharon las manos y se contemplaron con la ansiedad que era consiguiente, y...

Cruzaron, en fin, las frases más cariñosas.

Estos detalles debemos pasarlos en claro, porque cada uno de nuestros lectores puede figurarse lo que son estas escenas.

—¡Dios mío! —exclamó la joven después de algunos minutos y cuando ya con palabras terribísimas había expresado se amor.

—¿Tienes miedo?

—Sí, porque mi padre...

—Vigila á todas horas, ya lo sé.

—Esta noche creí que me sería posible verte por la ventana; pero me encontré con que me habían encerrado.

—Así tu padre dormirá con mayor descuido.

—Sin embargo...

—Sé cuanto sucedió anoche, porque bajo mi amparo está tu antigua dueña.

—Entonces...

—No me sorprenderá que cualquiera noche...

—Antonio, estos minutos tienen inmenso valor.

—Sí, porque nos vemos.

—Y debemos aprovecharlos para hablar de nuestra situación, que es más crítica cada vez.

—¡Oh! —murmuró sordamente el hidalgo.— Tu padre se empeña en destrozarme el corazón y en sacrificar el tuyo á sus extravagantes caprichos.

—Y no cederá.

—Ya lo sé.

—¿Qué esperanza nos queda?... Yo cumpliré mi juramento, tuya será siempre mi alma; pero...

—Seguiremos luchando.

—La lucha es estéril.

—¿Prefieres renunciar á la dicha que siquiera por algunos minutos tenemos esta noche?

—No, no.

—Pues entonces...

—¡Ah!... Tiemblo, porque más ó menos tarde mi padre acabará por encerrarme en un convento.

—Te veré en tu celda.

—Eso es imposible.

—Y si tienes valor, si me amas como yo te amo...

—¿Pones mi amor en duda?

—No.

—Salva la honra, dispón de mi vida, pídemme cuantos sacrificios quieras.

—No más que uno —dijo el hidalgo mientras su mirada profunda y abrasadora se fijaba en la joven.

Y le cogió las manos y se las estrechó fuer-

temente, y estampó en ellas un beso que revelaba el delirio.

Estremeciósese doña Luz.

Levantábase su pecho á impulsos de su respiración violenta.

El señor Antonio dijo:

—Me amas como yo te amo, ¿no es verdad?

Una mirada de fuego fué la contestación de doña Luz.

—Tu padre abusa.

—Pero es mi padre.

—Destroza tu alma, pone estorbos á tu dicha en vez de ayudarte para que seas dichosa.

—Sí.

—Pues bien, sigue su ejemplo, apela á los abusos para defenderte, porque de tu defensa se trata no más, y la defensa es legítima.

—No te comprendo.

—Sufriré, esperaré...

—No podemos hacer otra cosa.

—Haré cuanto es imaginable para que tu padre ceda; pero cuando se haya desvanecido la última esperanza y tu existencia se consuma entre los sombríos muros de un convento, bajo las bóvedas del claustro, en esa sepultura de los vivos que se llama celda, entonces...

—Esperaré la muerte con la resignación que mi deber me manda.

—¡La muertel...

—Sí —murmuró tristemente doña Luz.

—¿Y nuestro amor?

—¡Nuestro amor!... ¡Ah!...

—¿Por qué has de renunciar á la dicha inmensa que mi ternura te promete? —dijo con exaltación febril el señor Antonio.— ¿Quién tiene derecho, quién, para privarte de esa felicidad que á nadie ofende, que á nadie ha de costar ningún sacrificio? Si límites tiene la autoridad de tu padre, porque no hay en lo humano nada sin límites, tus deberes los tienen también, y ni ante Dios ni ante los hombres estás obligada á hacer el sacrificio de tu corazón, de tu dicha, de tu existencia para satisfacer un capricho condenado por la sana razón. Amas á un hombre honrado, de linaje tan ilustre como el tuyo y más rico que tu padre. ¿Por qué han de oponerse á que seas esposa del hombre que tiene condiciones tales y que te ama con frenesí?

—No me resigno, sino que me someto á una fuerza mayor que la mía.

—No hay razón que á sumisión semejante te obligue.

—Luchando estoy; pero ¿qué consigo?

—Tus deberes...

—Limitalos cuanto quieras, y siempre resultará que justa ó injustamente, con razón ó sin ella, yo no puedo ser tu esposa sin la autorización de mi padre.

—Pero si tu padre abusa de su autoridad, ¿no te autoriza implícitamente para que tú cometas también un abuso?

—Aún no te comprendo.

—Esperemos, Luz de mi alma—repuso el hidalgo con el acento de su pasión exaltada—, esperemos; pero si la última esperanza se desvanece, si nos convencemos de que no te queda más porvenir que el llanto y la muerte en una celda...

—¿Qué haré?

—Entonces, si es que me amas como yo te amo, para todo tendrás valor, y sacudiendo el arbitrario yugo que labra tu desdicha, te pondrás fuera del alcance del que más que tu protector es tu verdugo, y en extraña tierra, enteramente libre, un sacerdote bendecirá nuestra unión.

—¡Antonio!—exclamó la joven, fijando en su amante una mirada de terror.

—¿Tiemblas?

—¡Huir!

—Sustraerte de una tiranía injustificable.

—Abandonar al autor de mi existencia, al hombre que me ama con tanta ternura y que sin la mía no puede vivir, llenar de amargura su alma y que muera desesperado y maldiciéndome... ¡Ahl...

—¡Luz!

—¡Jamás, jamás!

—¡Oh!

—¡Padre mío!... Yo quiero sufrir para que él no sufra, quiero vivir para que él viva, quiero que en los instantes supremos de su agonía me mire amoroso y me bendiga, quiero cerrar sus ojos, besar su noble frente y regarla con mi llanto cuando deje de existir...

Se interrumpió la joven, porque ahogada se sentía.

El llanto brotó de sus ojos.

Profundamente conmovido se sintió el hidalgo. No se atrevió á replicar.

Silenciosos permanecieron por algunos minutos.

Preciso es reconocer que doña Luz no era una mujer vulgar.

La mayor fuerza de su virtud era su ternura.

¿Qué había de decir el hidalgo?

Momentos hubo en que avergonzado se sintió.

—Déjame—dijo por fin la joven enjugando el llanto—, que aunque mi padre se haya dormido descuidadamente porque cerró las puertas de este aposento, si llegase á despertar se levantaría.

—Sí, me iré—respondió tristemente el hidalgo.

—Valor he tenido para arrostrar la cólera de mi padre, y el valor no me faltará; pero mientras evitemos que nos sorprenda, podremos disfrutar de la dicha que esta noche disfrutamos. Seamos prudentes...

—Lo seré.

—Yo adoptaré todas las precauciones, haré lo posible para poner de mi parte á cualquiera de los criados.

—Tu doncella, y yo también la veré; y como el oro hace prodigios, no pierdo la esperanza de que nos ayude.

—Me dejarás la llave del postigo...

—¿Para qué la quieres, si de tu cámara no puedes salir?

—Es verdad.

—Yo la guardaré.

—No te detengas, que cada instante que pasa es un nuevo peligro, y para otra vez que nos veamos...

—¿Qué quieres?

—Que no olvides que me hace sufrir mucho el aconsejarme que olvide lo que una buena hija no puede olvidar.

—Perdóname, porque en mi arrebato, loco por el dolor...

—¿Qué esposa puede ser ni qué madre la que buena hija no ha sido?

—¡Alma sublime!...

—No trabajes contra tu propia felicidad, no llenes de impureza el corazón que ha de ser para ti, no enseñes el camino de la rebeldía á la que quiere ser, no solamente tu compañera, sino tu esclava.

—¿Cuánto te amol...

—Dios nos protegerá más cuantos mayores sean nuestros sacrificios y cuanto menos forzada sea nuestra resignación.

—¡Eres un angel!

—Pobre criatura, que el camino de esta vida atraviesa, y más que los goces pasajeros de este mundo anhela los eternos é inefables de la otra vida.

Otra vez, y con ternura inmensa, pero no con el frenesí de la pasión, besó el señor Antonio las

mórbidas y admirablemente modeladas manos de doña Luz.

Y otra vez de amor inextinguible cruzaron frases, y pronunciaron la última, el tristísimo adiós, si bien con el propósito de verse á la siguiente noche.

Para evitar que tropezase el hidalgo, y para que más pronto pudiera salir, dióle una bujía la joven.

Separáronse.

Con llave cerró la puerta de la antecámara el señor Antonio, y como luz llevaba, pudo avanzar rápidamente.

Bajó.

Llegó á la puertecilla.

Abrió.

Apagó la bujía, que guardó en su bolsillo como prenda que para él mucho valor tenía, porque se la había dado la mujer adorada.

Salió y volvió á cerrar.

Ya nada tenía que temer.

—¡Ahl—exclamó.—¡Cuánto la adoro!

Se separó de la pared, dió media vuelta, quedó inmóvil y contemplando el edificio.

Lánguidos suspiros se escaparon de su pecho.

Amaba á doña Luz como nunca, y á pesar de que ella se había negado á sacudir el yugo de la autoridad de su padre.

No podía suceder otra cosa, tratándose de un hombre como el señor Antonio.

También la hija de don Luis exhalaba profundos suspiros, y como sufría mucho y sin esperanza, y no tenía á quien confiar el secreto de sus penas, arrodillóse ante la imagen de la Virgen y oró fervorosamente.

¿Qué habían conseguido después de arrostrar peligros tan grandes?

Verse no más, lo cual era para ellos inmensa dicha.

¿Y su situación?

Lo mismo quedaba, y tal vez era más crítica que nunca.

¿Debían abrigar esperanzas?

Ya hemos dicho que don Luis de Guzmán no cambiaría de propósito, porque le hubiera parecido un acto de debilidad que lo deshonraba.

Ya empezaba á sonreír la aurora cuando pudo conciliar el sueño doña Luz.

Entonces el hidalgo se entregaba también al reposo.

A las siete de la mañana se levantó don Luis. Pocos minutos después se le presentó su hija

para saludarlo tan respetuosa como cariñosa-mente.

Pálida y ojerosa estaba la joven.

Su mirada era triste.

Su sonrisa era melancólica.

Cuando don Luis volvió á quedarse solo, exclamó:

—¡Pobre hija mía!... Sufre y no puedo consolarla... ¡Oh... Día desdichado aquel en que conocí á ese hombre!

Sinceramente, con la mejor buena fe del mundo, creía don Luis que no podía remediar la desgracia de su hija.

CAPITULO VIII

OTRA VEZ TRABAJA EL TRAIADOR

Nos ocuparemos otra vez de don Juan de Guevara, cuya situación era muy ambigua.

No era posible que el criminal permaneciese por mucho tiempo en la inacción y amenazado por grandes peligros.

Había meditado y se había convencido de que le era preciso luchar, hacer algo, cuyas primeras consecuencias fueran las de disminuir el número de sus enemigos.

Entre éstos se contaba don Pedro de Carvajal, que no era posible que perdonase su traición á don Juan de Guevara, y que por consiguiente más ó menos tarde había de hacer algo para vengarse.

En cuanto al señor Antonio de Quirós, no había medio de dirigirle ningún ataque entonces, y era forzoso esperar á que las circunstancias presentasen ocasión más propicia.

Ni remotamente sospechaba el traidor que don Luis de Guzmán supiese quién era el autor del crimen últimamente cometido, y, por consiguiente, no había perdido la esperanza de casarse con doña Luz cuando alcanzase el empleo solicitado.

Una vez que formase parte de la servidumbre del rey, con la influencia que en este caso debía tener, se defendería mejor de todos los ataques de sus perseguidores, y tal vez podría triunfar completamente.

¿Qué le convenía, pues, ante todo?

Alcanzar el empleo que se le había prometido en cambio de su traición.

Felipe II no se contentaba en aquel negocio con apariencias ni conjeturas, quería pruebas

evidentes, quería el documento firmado por Carvajal y por el conde de Noringens.

Que el documento se encontraba en manos de la viuda, no era dudoso para don Juan.

¿Por qué no había de dar un paso decisivo, jugando el todo por el todo?

De todas maneras se consideraba perdido y no era mucho lo que arriesgaba.

Fundándose en estas razones, decidióse al fin, y una mañana se fué al alcázar real con el propósito firme de dar el golpe.

Solicitó ver al rey, diciendo que era para hablarle de un asunto de interés, y muy pronto fué recibido por el severo monarca, que lo miró de pies á cabeza, y le dijo:

—Supongo que habréis hecho algún descubrimiento más.

—Sí, señor—contestó Guevara—; un descubrimiento que me da la clave del enigma que no me había sido posible descifrar.

—Explicaos.

—Consideraría como la más señalada merced que vuestra majestad me permitiese recordar algunos antecedentes, porque así lo exige la justificación de mi conducta.

—Dispuesto me tenéis á escuchar—dijo Felipe II, cambiando de postura y fijando su mirada penetrante en el traidor.

Este, como llevaba bien estudiado su papel, no tuvo que reflexionar, y desde luego, y con el tono de humildad y de dulzura que ya conocemos, dijo:

—Prometí á vuestra majestad la prueba de que don Pedro de Carvajal conspiraba en favor de los herejes flamencos.

—Sí, y esa prueba debía ser una declaración que asegurásteis había firmado ya el conde de Noringens, y que debía firmar don Pedro.

—Sí, señor.

—Era preciso esperar á que el conde devolviese el documento.

—Lo devolvió.

—Y entre tanto, vos, para servirme y cumplir vuestros deberes de buen vasallo fingíais ser uno de tantos conspiradores.

—Así lo hice.

—El documento llegó, según afirmásteis; lo firmó don Pedro, vos lo visteis en sus manos, convínsteis con él en que aquella noche iríais á verlo para firmar también, y en aquellos momentos precisamente, antes de que volviera á su morada, y apenas os separásteis de él, se le

vigiló, se le trajo á mi presencia, se le registró, y el papel existía. Ya veis que tengo buena memoria.

—No pueden ser más exactos esos antecedentes, señor.

—Me colocásteis en una situación muy crítica, porque después de haber registrado á don Pedro, sin encontrarle el papel que se buscaba, no tuve razones para justificar mi proceder.

—Señor...

—Ya sé que no estoy obligado á dar á mis vasallos cuenta del por qué dispongo una cosa; pero sí tengo la obligación de dar ejemplo de amor á la justicia y no quiero que nadie, ni el más infeliz de mis vasallos, tenga motivo para decir que cometo una arbitrariedad y que antepongo mis caprichos á todas las leyes de la justicia y la razón, á esas leyes que no están escritas, pero sí en la conciencia humana. No se quejó don Pedro, porque yo era el rey y él vasallo; pero si tenía sobrado motivo, razón sobrada para considerarse víctima de un atropello que le ofendía su dignidad y hasta hería su honra.

—Y, sin embargo, el papel lo ví en manos de Carvajal, y ví que en el bolsillo lo guardó. ¿Cómo había desaparecido? Esto era lo que se necesitaba averiguar.

—Quizás temeroso de una traición ó de una sorpresa lo hizo pedazos al separarse de vos.

—Señor, en eso he pensado también; pero no me parecía verosímil que rompiese un documento que tanto le interesaba, que había exigido con tanto empeño.

—Pudo en un instante pensar lo que no se le hubiese ocurrido en muchos días, y tal vez vos cometisteis alguna torpeza y en vuestro semblante conoció que lo engañábais.

—No sucedió así.

—Pues eso es lo mejor que puedo suponer, pues de otro modo me sería preciso creer que habíais mentido, que me habíais engañado.

—¡Que Dios me asista!...

—Ni siquiera con palabras os he manifestado mi disgusto.

—Las bondades de vuestra majestad...

—Tienen también su límite, porque antes que bondadoso, quiero ser justiciero.

—Ya lo sé.

—Hoy me habláis nuevamente de este asunto, decís que habéis hecho descubrimientos de muchísima importancia.

—Y puedo explicar muy claramente cómo pudo suceder que en los bolsillos de don Pedro de Carvajal no se encontrase el papel cuando yo acababa de verlo.

—Os escucho.

—Me será preciso decir á vuestra majestad que don Pedro está ciegamente enamorado de una pobre mujer que habita con su madre en una pequeña casa que hay bajando desde el monasterio y á la izquierda.

—Allí viven la viuda y la hija de don Alonso de Vargas.

—No quisiera ocuparme de este asunto, señor; pero la necesidad me obliga.

—Si está relacionado con el otro, será preciso que así lo hagáis.

—Relacionado por una casualidad. Las coincidencias son las que ponen muchas veces en claro lo que está más oscuro.

—Decíais que don Pedro está enamorado de la hija de Vargas.

—Y tan loco por ella, trastornado hasta el punto de haber apelado á todas las violencias.

—Eso es demasiado grave, don Juan.

—De estos abusos no quiero acusar á don Pedro, porque no tengo pruebas, y si los menciono es para que pueda comprenderse lo demás.

—Proseguid.

—Cuando aquel día inolvidable me separé de don Pedro, lo dejé camino de la morada de las dos infelices mujeres. Favorecido por la ocasión de estar la hija sola, y trastornado por su pasión, intentó don Pedro, según ya he dicho, hacer uso de la fuerza para conseguir lo que deseaba, y se entabló una breve lucha que ningún buen resultado dió para Carvajal. Durante aquella lucha el papel se le cayó á don Pedro, sin duda porque no lo había metido bien en el bolsillo, y como no se apercibiese de esta desgracia, se fué y debió sentirse anonadado cuando vuestra majestad dispuso que lo registrasen.

El monarca fijó una mirada escudriñadora en el criminal.

Este prosiguió diciendo:

—Las pobres mujeres encontraron el papel, comprendieron la importancia que tenía y en vez de cumplir sus deberes y entregarlo á vuestra majestad, lo guardaron como arma terrible para amenazarle á don Pedro y que en paz las dejase.

Por un solo instante, no más que por un instante, se arrugó el entrecejo de Felipe II.

Volvió á mirar á Guevara y luego, con tranquilidad perfecta, le preguntó:

—¿Estáis seguro de que el documento se encuentra en poder de la viuda de Vargas?

—Tan seguro como de que lo vi aquel día en manos de don Pedro; pero no puedo responder de las casualidades, porque la experiencia me ha enseñado que es muy peligroso hacer cierta clase de afirmaciones.

—Si como arma para defenderse guardan esas infelices el documento, no es posible que lo hayan roto.

—No les conviene hacerlo así.

—También es imposible que se lo hayan devuelto al señor de Carvajal.

—No, porque otra vez quedarían á merced del seductor que nada respeta, que es capaz de cometer todos los abusos, pues debo decir á vuestra majestad, y que Dios me perdone el mal pensamiento, que creo firmemente que estaban pagados por el señor de Carvajal los asesinos que atentaron contra la vida del señor Felipe de Maldonado.

—¿Y qué interés tiene don Pedro en que deje de existir el señor Felipe?

—Que es su rival afortunado, porque ama á la huérfana y se ve correspondido.

—Entiendo.

—Y reflexionando sobre este asunto, he sospechado también, y otra vez pido perdón á Dios, que obra de don Pedro de Carvajal fué el incendio de la era donde estaba el pan de todo el año de las dos infelices mujeres. Debe tenerse muy en cuenta que desde que el papel se perdió, don Pedro ha dejado tranquilas á esas desgraciadas, y esto no significa virtud, sino miedo.

—Discurris bien, por supuesto aceptando la suposición de que Carvajal está tan ciegamente enamorado de la hija de Vargas.

Yo visité á la viuda para explorar su ánimo; pero no pude hacerlo como deseaba, porque me encontré allí con otras personas, y me concreté á darle consejos para que se guardase del terrible seductor.

—¿Y qué opináis de la conducta de la viuda?

—Si guarda el papel...

—Eso sería un rasgo de excesiva y peligrosa generosidad.

—Para mí significa falta de celo en el cumplimiento de sus deberes.

—Es decir, que opináis que ha debido delatar

á don Pedro, presentando esa prueba irrecusable del crimen.

—Yo no hubiera vacilado, señor.

—Ya lo sé—replicó Felipe II, desplegando una muy leve sonrisa—, ya lo sé, porque conozco vuestra lealtad.

—Cuando se trata de los que contra vuestra majestad conspiran...

—No tenéis compasión.

—Ninguna.

—Bien, don Juan, muy bien.

—Tal vez alguna persona que ejerza influencia sobre esas dos infelices, les aconseje con buena ó con mala fe.

—Ignoro si tienen amigos de cierta confianza.

—Me parece...

—¿No habéis averiguado nada sobre ese punto?

—Algo he traslucido, señor, muy poco.

—Pues debíais haber fijado la atención en esas circunstancias, pues es preciso que sepáis que para conocer bien á una persona hay que principiar por conocer á sus amigos.

—Sin orden expresa de vuestra majestad no he querido...

—Decidme lo que habéis traslucido.

—Que alguna amistad tienene con esas mujeres el hidalgo que herido fué tan gravemente en la cuesta de Santo Domingo.

—Quirós.

—Creo que ése es su nombre.

—¿Y qué opináis del tal hidalgo?

—Nada, señor, porque no lo conozco. Pero como se ha presentado en la corte con tanto misterio...

—Desconfiáis, ¿no es verdad?

—Casi, porque siempre desconfío de lo que no está claro.

—Esa es muy prudente regla de conducta.

Felipe II inclinó la cabeza y quedó silencioso por algunos minutos.

No era posible que don Juan de Guevara adivinase el efecto que sus palabras habían producido. Esperaba con tanta ansiedad como temor, y para temer le sobraban razones, tratándose de Felipe II.

Por fin éste rompió el silencio para decir con la misma calma y dulzura que antes:

—Conviene que completéis las averiguaciones para que sepamos con seguridad qué amigos tiene la viuda, y muy particularmente si lo es el señor Antonio de Quirós.

—Lo intentaré.

—Iréis al Escorial, y como no os faltará un pretexto para visitar á la viuda de Vargas, procuraréis penetrar en su interior, y haréis observaciones que nos sirvan para deducir algo interesante.

—Entiendo, señor.

—Hoy partiréis, y si las circunstancias no os obligan á deteneros, volveréis mañana.

—Pues si ninguna otra orden tiene que darme vuestra majestad...

—Ninguna.

—Señor...

—Que Dios os acompañe, don Juan.

Tranquilo y satisfecho salió de la morada real el traidor.

El monarca, cuando estuvo solo, desplegó una sonrisa.

Luego mandó que fuesen en busca de Olivares. ¿Sabía el rey que el documento firmado por Carvajal se encontraba en poder de la viuda?

Ya hemos preguntado esto otra vez; pero nada podemos decir, porque lo ignoramos.

Instantáneamente salió de Madrid don Juan de Guevara.

Hacíase la ilusión de que la fortuna volvía á protegerlo...

Al Escorial llegó, dejó en la posada el caballo, y antes de detenerse para tomar alimento, se encaminó á la casita de las dos mujeres, encontrándose con que la puerta estaba cerrada.

Llamó el criminal, pero no le contestaron.

A nadie vió por allí, y volvió á la posada.

Dos horas después se encaminó nuevamente á la que había sido morada de la viuda.

Entonces un campesino que acertó á pasar por allí le dijo:

—No llaméis, caballero, porque nadie os responderá.

—Ya veo que la señora Ana salió y también su hija; pero aguardaré.

—Perderéis el tiempo.

—¿Y por qué?

—Porque ya hace días que la madre y la hija desaparecieron.

—¿Que desaparecieron!

—Y nadie sabe adónde han ido.

—¡Oh!...

—No os toméis la molestia de preguntar por ellas.

—Cosa extraña—murmuró don Juan—, cuya frente se contrajo.

—Como se quedaron arruinadas... En fin, quizás algún pariente ó amigo las haya amparado; pero no sabemos por qué se han ido sin despedirse de sus vecinos.

—¿Cuándo se fueron?

—Las echamos de menos el día que la corte se volvió á Madrid; pero no sabemos con seguridad si se fueron aquel mismo día ó el anterior.

—¿Y no habéis observado si alguna persona, algún caballero las visitó por aquellos días? Y os hago estas preguntas, buen hombre, por bien de la señora Ana y su hija.

—Lo único que puedo deciros, es que una mañana se detuvo un coche á la entrada del sendero.

—¡Un cochel...

—Y salió un caballero, y visitó á la señora Ana. Yo trabajaba allí, en aquel ribazo, y pude verlo todo.

—¿Y qué señas tenía ese caballero?

—Era joven, vestido de negro, y de estatura regular.

—Joven...

—Es decir, como de treinta años.

—¿Con los ojos negros y vivos?

—Eso no lo sé, porque desde allí no pude verlo.

—¿Estuvo aquí mucho tiempo?

—Como una media hora, y se fué, y al cabo de otra hora volvió, y al fin se metió en el coche, y... Nada más.

—Recordad bien.

—Eso es todo lo que ha sucedido.

—Y pocos días después...

—Desaparecieron la madre y la hija, y puedo aseguraros que el caballero no volvió, pues como no he dejado de trabajar por aquí, yo lo hubiera visto.

Convenciéndose don Juan de que nada más adelantaría en sus averiguaciones,

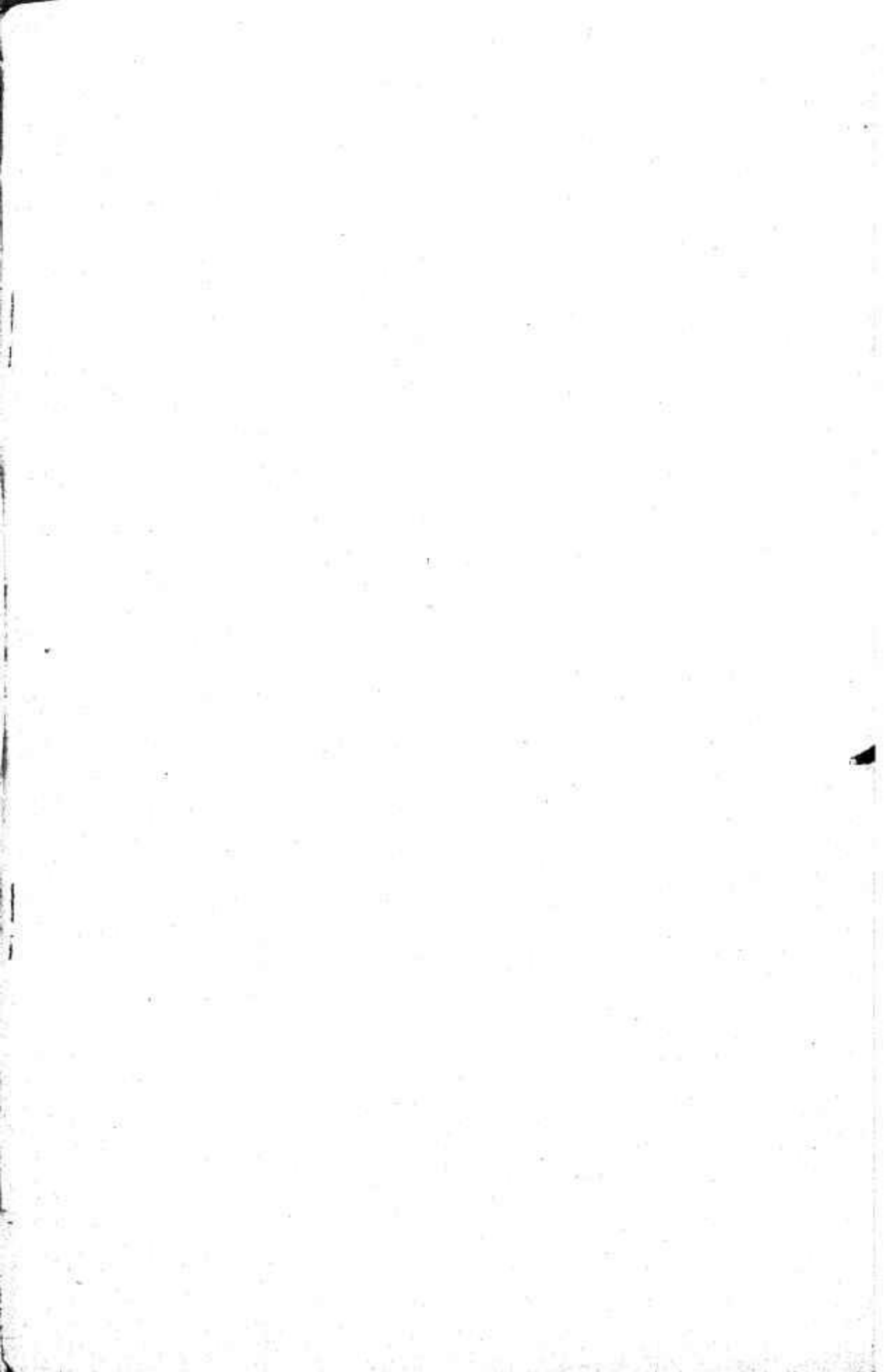
A la posada se volvió muy preocupado,

Por las dos mujeres preguntó á otras muchas personas; pero nadie pudo decirle más, ni siquiera tanto como el campesino.

¿Quién era el caballero que había ido en el coche?

Don Juan pensó en el noble hidalgo; pero no tenía ninguna prueba.

FIN DEL TOMO TERCERO



PROLOGO DE EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, una de las obras más hermosas que se han publicado recientemente y que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

"Se lee demasiado poco—decía Voltaire—; y, aun entre los que lo hacen para instruirse, la mayoría lee muy mal."

También un epigramista desconocido—al menos yo le desconozco—decía á principios del siglo XIX:

*He aquí la suerte de los hombres:
Muchos los llamados y pocos los elegidos.
He aquí la suerte de los libros:
Muchos los deletreados y pocos los leídos⁽¹⁾.*

De aquí se deduce que el saber leer constituye un verdadero arte. Pensando en ello escribió Sainte-Beuve que "la crítica no es más que un hombre que sabe leer y enseña á leer á los demás".

Pero ¿en qué consiste este arte?

He aquí una pregunta difícil de contestar.

Puesto que todo arte ha de definirse según el objeto que aspira á conseguir, debemos, antes de nada, preguntarnos por qué y para qué leemos.

¿Es para instruirnos? ¿Es para juzgar las obras? ¿O es, por el contrario, para simple deleite ó regocijo?

En el primer caso debemos leer lentamente; con la pluma en la mano, anotando todo cuanto nos enseñe el libro, todo lo que haya en él de desconocido para nosotros. Después debemos releer muy despacio cuanto hayamos escrito.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo serio y grave, donde no hay otro placer que el de sentirse cada vez más instruido.

En el segundo caso, cuando se leen las obras para juzgarlas ó, dicho en otros términos, cuando se lee en crítico; también hay que leer lentamente tomando notas á cada momento é incluso sobre fichas ó tarjetas de índice.

Fichas relativas á la invención, á las ideas nuevas; referentes á la disposición, al plan ó especial manera con que el autor desarrolla su tema, é intercala en éste los pensamientos y las imágenes; fichas acerca del estilo y dominio del idioma; y fichas, por último, que se refieran á la diferencia ideológica entre el autor y el lector, acerca de su criterio comparado con el nuestro y el de su generación frente al de la nuestra.

De todas estas notas surge el concepto en que

debemos tener al autor, y ya sólo nos resta reunir, generalizándolas, las ideas particulares que hemos ido observando y anotando para hacer, si no un buen artículo, por lo menos un artículo que se pueda leer.

Sin embargo, hay que reconocer que este sistema tiene el inconveniente de enseñar á leer como crítico y no sirve para gozar con la lectura. Pero no por eso debemos destruir la afirmación de Sainte-Beuve. El crítico que no lee gozando con la lectura, es incapaz de enseñar á los demás ese placer.

Podrá enseñar á leer como crítico y, por lo tanto, no enseñará sino un placer muy relativo, algo seco y árido.

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte, me decía Sarcey: "Estoy ya cansado de leer los libros para hablar de ellos. Esto no es leer, no es abandonarse á la lectura. Es reaccionar, leer uno en si mismo en vez de leer al autor."

Tenia razón.

¿Para qué sirve la crítica? Para hacernos leer desde un punto de vista determinado.

Los artículos críticos son como introducciones ó prólogos de la obra criticada. Y algunos hasta sirven de algo.

Según que el lector haya leído ó no al autor, el crítico ejerce sobre él una influencia distinta, instándole á leer en la misma disposición ó á releer en otra nueva y desconocida.

En el primer caso dice: "¿Piense usted sobre esto?"; y en el segundo: "¿Ha pensado usted sobre esto?"

Del mismo modo que Bonald veía siempre las cosas y los seres bajo un triple aspecto y para el cual toda triada tenía siempre un agente intermediario, toda lectura se compone de tres personajes: el lector, el autor y el crítico.

El crítico es el intermediario; es un hombre que no sabe leer más que como crítico y sólo sabe enseñar, por lo tanto, lectura crítica.

Nada más lejos de mi ánimo que censurar esa clase de enseñanza; pero no obstante, al escribir esta obra me propuse todo lo contrario.

Es decir: enseñar el placer de la lectura. Que el lector aprenda el arte de leer como se aprende otro arte cualquiera, el de tocar un instrumento musical, por ejemplo, para obtener con ello la mayor cantidad de espiritual goce.

(1) *Beaucoup d'appelés, peu d'élus.*

Beaucoup d'appelés, peu de élus.

Pedidos á la EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, Mesonero Romáños, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.